



VIUDA, AL FIN

*Minna
Lindgren*

SUMA
de Letras



VIUDA, AL FIN

*Minna
Lindgren*

SUMA
de Terra

Minna Lindgren

Viuda, al fin

Traducción de
Laura Pascual



1

Dulce embustera! ¡La maldita primavera!» —bramó alguien en mi oído sin ninguna consideración ni por sus propias cuerdas vocales ni por mi tímpano. Me giré hacia la voz, indignada, esperando que mi mirada le quitara las ganas de cantar. Detrás de mí se mecía una voluminosa mujer pelirroja a la que no conocía. No me prestó ninguna atención, pero se agarró a Valtonen, que pasaba por allí, con tanto brío que este estuvo a punto de caer—. «Y, aunque no quiera, sin quererlo pienso en ti» —continuó la pelirroja, abrazando apasionadamente a Valtonen, que no opuso resistencia.

La copa de vino que tenía la mujer en la mano derecha salió volando por los aires y su contenido salpicó mi blusa. Dos explosiones sucedieron al mismo tiempo ante mis ojos: el ardiente amor entre Valtonen y la pelirroja, y la copa que se rompió en pedazos sobre el suelo del restaurante. Sentí cómo el frío vino se extendía por mi camisa formando una desagradable mancha y se pegaba a mi piel.

—No te preocupes, no pasa nada —farfulló un hombre flaco con una chaqueta de cuero, y apretó la mancha con la mano como si su agrietada piel fuera a absorber el líquido de la tela—. Tienes unos pechos muy bonitos y firmes —continuó el hombre, mirando a la lejanía, a la barra llena de gente peleando para conseguir algo de beber.

Me dieron ganas de golpear al hombre de la cazadora de cuero, pero sabía que no era algo adecuado en estas fiestas en las que cualquier tipo de acercamiento era más que deseable. Tenía que mostrarme relajada y abierta, desenfadada y lanzada, como siempre me repetía Pike sin parar. «Si no, no te vas a comer ni

un roscó».

Le agradecí su amabilidad al hombre flaco, cuyas manos desconocían toda la verdad sobre mis bonitos pechos.

—Pero deja de sobarme —añadí, quitándole la mano de mi escote como una experimentada cuidadora de guardería retirando las garras de un niño de cinco años de la pelota de su amigo.

Mi admirador se frotó el audífono y pasó a los siguientes senos.

Busqué con la mirada a Pike y a Hellu: las había perdido. La noche del miércoles iba a toda mecha. Había demasiada gente en el restaurante y todos estaban medio achispados. Los éxitos musicales sonaban a tal volumen que la gente se gritaba al oído elevando cada vez más la voz. Apenas oían lo que gritaba el otro, algo que, en esta fase, ya no tenía importancia. Buscaban contacto, se toqueteaban y se abrazaban, sin restricción, como si fuera el fin de los días, literalmente.

Una semana antes me había despertado en Kerava. Fue una gran conmoción. Claro que Valtonen era un viejo conocido, pero acostarme con un amigo no entraba en mis planes. Solo tenía vagos recuerdos de aquella noche, cada cual más embarazoso que el anterior, que me hacían sudar de forma tan agonizante como la menopausia. Estuve en vela las siete noches siguientes, preguntándome por qué no podía olvidar un par de flashbacks aleatorios y hacer que esa noche desapareciera de mi vida. Ahora contemplaba aliviada el creciente entusiasmo entre la pelirroja y Valtonen. Esta vez no necesitaría resistirme a las intenciones de mi amigo. La semana pasada también había adoptado una política defensiva hasta la mañana, o eso intenté recordar.

Después, cuando Pike volvió a la ciudad, la vida había sido una fiesta. O un caos como este. Pike dijo que había estado en dique seco todo el verano y presentó su celibato como una enfermedad cuando se rodeó de gente tras los cuatro meses de temporada de cabañas.

Hoy también había empezado todo con un inocente vino espumoso en una terraza de Esplanadi. El plan era sentarse al sol y observar la caterva de turistas, pero Pike estaba frenética, fumaba como un carretero y no paraba de

decir obscenidades. No entendía en absoluto mi resaca moral tras la noche en Kerava. Para ella era «cojonudo», en su forma tosca de expresar las cosas, que yo también empezara a participar en la alegría que ofrecía el centro de Helsinki las noches de diario.

—¡Los restaurantes están llenos de hombres solteros! Halleluja, it's raining men!

Según Pike, ahora más que nunca el mercado favorecía a las mujeres solteras, como nosotras.

—¡Estamos en la flor de la vida, somos inteligentes, guapas, sanas y libres! Somos reinas, ¿entiendes?

No había más que zambullirse entre ellos y elegir al mejor. Valtonen.

No obtuve comprensión, aunque expliqué cuánto me odiaba a mí misma mientras bajaba del tren K en Kerava; me odiaba tanto que habría podido vomitar, si hubiera habido un baño en el tren de cercanías. Pike afirmó que esos trenes tenían baños. Y tampoco había visto nada malo en el bueno y viejo de Valtonen.

—Es incuestionablemente viril. Claro que tiene algo de sobrepeso, pero es una buena persona en la que puedes confiar. ¿Qué más quieres? —cacareó Pike con su risa afónica de fumadora, golpeándome en el brazo de forma innecesariamente fuerte.

Para ella era fantástico ser irresponsable y libre. Esas eran sus palabras: irresponsable y libre. Ambos conceptos eran completamente nuevos para mí. Me llevaría un tiempo adaptarme a aquello.

—No somos adolescentes —continuó Pike—. No tenemos nada que perder. Podemos disfrutar y follar, ji, ji, ji... Valtonen está bien para empezar, ¡pero no te quedes estancada!

Ni que decir tiene que Pike conocía el tren K.

El sol ya no brillaba sobre la terraza de Esplanadi. Nos habíamos bebido una

botella de vino espumoso y habíamos llamado a Hellu para que viniera a compartir otra. En algún momento, nos dirigimos entre risas al Evergreen, que entonces todavía estaba desierto. Pero ya no sabía qué hora era y, en el abatimiento de la fase de decadencia de mi borrachera, sentí que era la única solitaria en medio de una densa muchedumbre. Había perdido a mis amigas: Hellu había dicho que iba otra vez al baño y después no había vuelto a verla por ninguna parte. Pike hacía tiempo que había salido a fumar.

Un montón de gente borracha se mecía y tropezaba como un gran enjambre de abejas, aunque de forma más torpe e impredecible. Pensé en la charla que me había echado Olli hacía tiempo sobre la inteligencia de enjambre y su lógica físicamente interesante. ¿O acaso la inteligencia de enjambre era en realidad otra cosa, algo relacionado con la informática? En cualquier caso, la inteligencia estaba lejos de esa masa que oscilaba a mi alrededor.

La vestimenta era muy dispar en estas fiestas. Muchos se habían puesto sus mejores galas; las mujeres llevaban generosos escotes y joyas voluminosas. No habían escatimado laca y espuma en esos peinados, y sus labios pintados destacaban por encima de todo. Faldas cortas, colores claros, vestidos de tubo y zapatos de tacón. Pero la mayoría de los hombres llevaban esos eternos trajes grises, como aquel barbudo en esa mesa, hacia la que me empujó de forma incontrolable el enjambre de abejas.

Caí en brazos del hombre, que recogió tranquilamente el regalo caído del cielo como si llevara esperándome toda la tarde o toda la vida, y yo sentí como sus fuertes brazos me rodeaban. Estaba horrorizada; tiré del dobladillo del vestido hacia abajo y pedí perdón, aunque el hombre apenas me oía.

Los demás clientes del restaurante se desgañitaban al son de Lea Laven: «No hay, ni habrá, no baja la temperatura ni digo que sí». Vislumbré a Hellu a lo lejos, al otro lado de la sala. Bailaba y cantaba: parecía estar divirtiéndose. Su corte bob giraba en un gran remolino mientras ella se meneaba como si fuera veinte kilos más delgada y cincuenta años más joven. Yo seguía retorciéndome en brazos del hombre barbudo, que sonreía divertido mientras me ayudaba a ponerme en pie. Entonces, él también se levantó y me ofreció una silla a su lado.

—Siéntate, por favor.

—«A mí los donjuanes no me seducen: nou, cenquiu» —cantó Pike, apareciendo repentinamente delante de mí y plantando todo su peso sobre la mesa. Chorreaba saliva mientras terminaba su cacareo entre risas—. Tú tienes un donjuán entre manos —farfulló, hurgando en el pelo del hombre con sus dedos pegajosos.

Percibí olor a tabaco fresco, que solo cubría débilmente el olor del alcohol. Pike se levantó, se tiró de la falda, que se le había enganchado en la superficie de la mesa, se dio la vuelta y dijo a voces:

—Mucha suerte, beibi. ¡Mañana hablamos!

Valtonen estaba más atrás; había terminado su ardiente encuentro con la mujer pelirroja y ahora jugaba sobre seguro mientras se arrastraba detrás de Pike fuera del restaurante.

—Lo siento —exclamé.

Era, probablemente, la séptima vez que me disculpaba con este desconocido de gris, y eso le pareció divertido. Me sentí tonta. Me arrepentí de todo. Me arrepentí de haber llamado a Pike y a Hellu. Me arrepentí de haber dejado que me engatusaran en la etapa de euforia de mi pequeña borrachera hacia el mercado de la carne de las noches de diario, como Valtonen llamaba a este evento.

«Claro que deberías saber lo que buscamos los hombres allí. ¡Alcohol y diversión!», había explicado aquella noche de Kerava mientras pedía sexo. Negarse significaba romper el acuerdo. En su desesperación, había apelado a asuntos económicos y me había contado lo que costaba una pastilla para la impotencia. «No las cubre la seguridad social. Aunque debería».

Solo por mí, se había tragado su medicamento más caro.

Me arrepentí de no haber vuelto hoy tampoco a casa a tiempo: en lugar de eso, me había quedado a desgana con las demás como una adolescente tonta. Me arrepentí de haber acabado sentada en esta silla al lado de un hombre desconocido con una blusa que apestaba a vino espumoso. Me avergoncé de mí misma.

—Me tiraron una copa en la blusa. Era una mujer grande...

Miré al hombre y se interrumpió mi pensamiento, si es que tenía alguno. Vi esos ojos grises y esa sonrisa extrañamente eficaz y sentí cómo, poco a poco, me atrapaba la risa. No pude controlarme: me reí de mi confusión, de mi vergüenza y de mi arrepentimiento, seguramente también de mi borrachera, y de lo cómico de la situación. ¿Qué otra cosa podía hacer? El hombre también se rio, y puede que la risa nunca hubiera terminado si no hubiese derivado en un beso. Uno de esos besos sobre los que solo había leído en novelas malas, y que se prolongó un poco más de lo que habría sido apropiado, pero que terminó antes de volverse molesto. Solo un gesto de la mano separaba el beso del taxi y de todo lo demás, que acabaría a la mañana siguiente conmigo familiarizándome de nuevo con el transporte público de un barrio desconocido.

Pero no ocurrió así. El hombre terminó de forma tan repentina como había empezado, dijo su nombre y nos presentamos, como era costumbre antiguamente. Nos dimos la mano; casi hice una genuflexión. Entonces dijo que se marchaba a casa a dormir y se fue para no perder el último autobús. Me quedé estupefacta al lado de la mesa, y seguramente me habría quedado allí hasta la hora del cierre si Hellu no me hubiese despertado.

—¡Qué horror, tienes el pintalabios hecho un desastre!

Hellu me arrastró vigorosamente hasta el baño de mujeres para arreglarme. No podía encontrar el pintalabios, por mucho que rebuscara en mi bolso. Me temblaban las manos y el corazón me latía frenéticamente. Intenté concentrarme en lo sustancial, el pintalabios, ya que de eso se trataba. Seguro que lo había traído: recordaba bien que me había puesto carmín por última vez mientras venía desde la terraza de Esplanadi.

Se llamaba Kari Kirjosiipi.

—Eso no es un nombre de verdad —dijo Hellu, mirándose airadamente en el espejo—. ¿Cómo pueden los pelos sobresalir así en todas direcciones?

Pike también entró ruidosamente en el baño de mujeres. Por algún motivo, ella tampoco se había ido con Valtonen.

—Todavía —aclaró mientras se ahuecaba el pelo con la punta del mango de su peine sin mirar al espejo—. Valtonen me sirve. No me voy a quedar a dos velas.

Pike y Hellu estaban enfadadas conmigo por haber huido de un hombre tan bueno, ese Kari Kirjosiipi, si es que era su verdadero nombre.

—Escasean los hombres que saben besar —señaló Pike, y me explicó como había que agarrarse con uñas y dientes a todo el que pasara del siete.

Les daba a los hombres una puntuación y examinaba sus manos, ya que tenía una teoría basada en «una gran cantidad de pruebas empíricas» sobre la relación entre el tamaño de las manos y el órgano sexual de los hombres.

La cabeza me zumbaba, estaba conteniendo un persistente hipo y me resultaba extraño que Pike y Hellu no parecieran haber bebido nada.

—Estoy como una cuba —mintió Pike, soltando una carcajada ronca.

—A nuestra edad no estamos como cubas —replicó Hellu riendo entre dientes—. Solo estamos achispadas o borrachas.

Entonces Pike se enfadó. «A nuestra edad» era un pensamiento que nunca se podía verbalizar.

—Es tan malo como «Yo a tu edad...». Nunca digáis eso si no queréis sonar centenarias. O como vuestra madre.

Pike se puso hecha una furia. ¡La edad solo era un número! ¡Un estúpido número! Hellu sabía lo que venía ahora y se alejó sigilosamente sin decir nada; solo me echó una mirada furtiva a través del espejo y me guiñó un ojo. Era una pena que yo no supiera desaparecer de ese modo. Estaba atrapada en el ataque de furia de Pike.

Observé su pelo, teñido en tres colores: tenía mechas y tonos marrones y estaba hábilmente cortado, de tal modo que ocultaba la frente y parte de las mejillas. Se había cubierto las bolsas de los ojos con unas gruesas gafas turquesas, y llevaba un pañuelo colocado de cualquier manera que le cubría

las huellas de la edad en el cuello. La ropa la había comprado en Hysteria, o en alguna otra tienda de hippies jubilados; llevaba diferentes flecos y colgantes, colores y botines. El conjunto era un engaño de considerable éxito. De un vistazo rápido con gafas mal graduadas era imposible decir qué edad tenía Pike; parecía una persona esbelta y con buena presencia.

—Siete y cinco, ¿qué significa? Nada en absoluto. Da igual que yo tenga cinco y tres o nueve y dos. O no, y un cuerno, nunca voy a tener noventa y dos. Antes me tomo una pastilla. Voy a la tumba a toda leche, me entretengo un poco allí también y descorcho una botella de champán ante san Pedro... A las puertas del infierno, donde ese Pedro nos espera... En el cielo, diablos.

Pike se rio demasiado fuerte ante el nudo de su monólogo, y comprendí que estaba bastante borracha. Perdió el equilibrio de forma espantosa mientras hurgaba en su bolso de mano y se regodeaba en sus palabras.

—En el cielo, diablos... Ay, el infierno, porque el diablo está en el infierno y en el cielo... No, hostias. —Hurgó y hurgó en su bolso, hasta que encontró lo que buscaba. La petaca, por supuesto—. Toma esto, para que no estés tan tensa.

Lo tomé. Bebí de verdad, algo muy fuerte y agrio de la petaca caliente de Pike. Dijo que era una bebida estimulante, algún tipo de bebida energética, que era al mismo tiempo refrescante y con efecto restaurador. No quise saber más. Hoy no iba a ser una persona estirada sin sentido del humor, el freno a la diversión ajena. Un trago más, de perdidos al río.

—Es un lubricante bastante decente —sucumbí para complacer a Pike, balbuceando de forma vulgar, y le devolví la petaca.

Pike sacudió la botella encima del lavabo y pareció contenta de que me lo hubiera bebido todo.

—Tengo más lubricantes para ti —murmuró sonriendo mientras daba golpecitos a su ayudante, su bolsa de primeros auxilios—. Todo un arsenal, ji, ji, ji... Pero ahora vamos a buscar a tu Viklajalka.

—Kirjosiipi —corregí.

—Ese nombre no existe. Te ha mentido, ese besuqueador. Y eso que parecía de confianza.

No encontramos a Kari Kirjosiipi; se había ido, como ya me había dicho. El trago estimulante de Pike me estaba haciendo efecto. Bailé frenéticamente conmigo misma, cosa que nunca antes había hecho. Hellu vino en algún momento a recordarme la clase de italiano de mañana y se fue a casa pálida. Pero yo bailé, giré y me meneé, y Pike estaba muy exaltada, tan exaltada que olvidó su infructuosa búsqueda de hombres y se concentró en pasárselo bien con las chicas.

—¡Ullis, somos la leche! ¡Dos pechos y tres cánceres en total, joder! —me gritó mientras giraba con las manos estiradas hacia el techo como en un trance pagano de los pueblos antiguos.

Solo intenté detenerla cuando trató de subirse a la mesa. Parecía peligroso.

—¡La jodida cadera! —maldijo Pike, y pidió una cerveza—. Hay que pasarse al titanio. Estoy en la cola.

También había una larga cola en la barra. Le sugerí a Pike que se pasara a la cola del taxi, pero no fue fácil conseguir que saliera. Mientras tiraba de Pike, empujé sin querer a un hombre detrás de mí, que perdió el equilibrio y cayó al suelo. Una fila de dientes salió volando de su boca: la prótesis parcial de plástico de la mandíbula superior. Intenté ayudar a levantarse al hombre, que se agitaba en el suelo. Se me iba a dislocar la columna, quizá a los dos, pero, al final, él se levantó valientemente como un resorte para darse cuenta de que la parte superior de su dentadura descansaba a mis pies. De repente, estaba otra vez en el suelo. Pike seguía bailando, o eso creo, aunque iba dando tumbos que no tenían ninguna relación con la música que tronaba por los altavoces.

—Chicas, ¿no vais a dormir? —preguntó el hombre en cuanto se puso de pie con todos los dientes en la boca.

Se apoyaba con las dos manos en un bastón de tres patas y preguntaba en qué residencia estábamos las chicas.

—¡En ninguna! —contestó Pike, airada y ofendida.

El hombre dijo que era uno de los chicos de la residencia El Largo Camino, pero Pike entendió mal. Quería saber más sobre El Trago de Vino, hasta que yo interrumpí el disparate.

—Vámonos ya. Compartimos un taxi y te dejo primero en casa.

—¡La cola del taxi! ¡Última oportunidad! —chilló Pike, dirigiéndose ágilmente hacia el guardarropa.

Tiró de una manta multicolor que llegaba hasta el suelo; puede que fuera algún tipo de abrigo. No había mangas en ninguna parte. Pike dio vueltas, atareada, y rio con su peligrosa risa de hiena sin lograr decir nada coherente. Me quedé un momento de pie a su lado como una boba, con mi formal chaqueta gris de entretiempo con los botones mal abrochados, hasta que no me quedó más remedio que salir al fresco de la noche. Los clientes del Evergreen aguardaban un taxi en un sinuoso e interminable pelotón tambaleante a lo largo de Esplanadi.

—Esta cola es más larga que la del laboratorio del centro de salud —dijo un enfermo de cáncer con peluca que estaba delante de mí.

Le dio tiempo a contarme una parte de sus complicaciones. Mientras buscaba desesperadamente a Pike entre la gente, una mano tiró de mí con firmeza hacia el asiento trasero de un Mercedes negro. En el taxi oscuro oí una voz grave que decía:

—¡A Kerava!

Me giré para mirar a mi caballero nocturno. Su grueso cabello blanco atado en una cola de caballo brillaba en la noche. La puerta se cerró de un portazo y el coche se puso en marcha hacia una dirección que ya me resultaba conocida. Valtonen se sacó del bolsillo de la camisa una tableta, sonrió seductoramente y se tragó una pastilla de viagra.

2

Mi nueva vida empezó de verdad cuando encontré, en el fondo de una caja, una vieja lista de felicitaciones navideñas y una agenda telefónica de la época en la que los teléfonos aún no recordaban los números. La ojeé, perpleja: las páginas estaban llenas de una cantidad enorme de personas lejanas, amigos y familiares, de los que hacía mucho que no había vuelto a oír nada. ¿De verdad había tenido tantos amigos?

Llevaba ya algún tiempo merodeando por las redes sociales, ya que eran mi única ventana al mundo exterior. Era una observadora pasiva; ni siquiera tenía foto de perfil. Ojeaba las vacaciones ostentosas de famosillos y medio conocidos, sus hijos y sus comidas, curioseaba los «me gusta» al esplendor floral de un jardín y a la puesta de sol frente a una casa de verano. Pero la mayoría de las personas de mi listín telefónico no estaban en las redes sociales. Supongo que solo habíamos mantenido contacto hablando por teléfono y enviándonos tarjetas de Navidad.

Sabía que algunos habían muerto: había puesto en la agenda una pequeña cruz a su lado, para no enviar por error una tarjeta de Navidad a un difunto. Otros me parecían poco interesantes y algunos ni siquiera recordaba quiénes eran. Pero, cuando investigué de verdad, recopilé una corta lista de personas a las que todavía quería ver. Escribí los nombres ordenándolos alfabéticamente por el apellido, busqué en internet su nueva información de contacto, a algunos les pedí amistad en Facebook y decidí llamar directamente a los más importantes.

Estaba aterrada. Me empezaron a sudar las axilas y me palpitaba el corazón. Hacía muchísimo tiempo desde la última vez que me había comunicado con

esas personas. Tendría que hablarles de la muerte de Olli, a lo que seguiría el inevitable aluvión de condolencias. En los últimos años, mi contacto con adultos se había limitado a los trabajadores de la asistencia sanitaria a domicilio, los funcionarios de los servicios sociales, los vendedores de las tiendas del barrio y los conductores de los taxis para discapacitados. Muchos de ellos no sabían finés, por lo que la conversación se había limitado a un par de frases. ¿De qué charlaríamos? ¿Qué pensarían de mí mis viejos amigos después de todos estos años? ¿Seguían siendo mis amigos?

¡Mierda! Olli había estado enfermo tanto tiempo que todo el mundo se había alejado de nuestro entorno. El funeral también fue un evento pequeño y desolado; no fue ningún éxito de masas. Vino algún que otro familiar aplicado y un vecino curioso. Entonces tuve que soportar interminables condolencias por todas partes. «Fuerza», repetían esos mojigatos, hasta que recordaban que a su vecino se le había muerto el perro y me lo contaban conteniendo el llanto, porque se imaginaban que estábamos juntos a merced del oleaje de la vida. La más vomitiva de todas las condolencias era, de lejos, este satanismo: «Te acompaño en el sentimiento». Joder, como si alguien pudiera saber lo que yo sentía cuando Olli enfermó y murió.

Empecé por la A. Al número de teléfono de mi prima Ritva Aaltonen no respondió una persona viva, sino la grabación de un operador. El número ya no estaba en uso. Ritva probablemente había muerto o estaba gravemente enferma: lo averiguaría más tarde. Marqué débilmente una cruz en la lista. Ahora había que seguir adelante, antes de que me flaqueara el valor.

—Residencia Clímax, le habla Harusha Aramduti.

Aramduti, que respondió al número de mi antigua compañera de natación Raija Erkkilä, no entendía lo que le decía, pero me contó que Raija estaba en gimnasia con bastón. No quedó claro cuál era la situación de Raija. Una mujer de setenta años en excelentes condiciones no era muy probable que participara en una clase de gimnasia de una residencia. Escribí un signo de interrogación detrás de su nombre.

La madrina de Marko, Riitta-Leena Haapanen, era un cadáver tan reciente que su número aún no había sido dado de baja y el teléfono todavía estaba operativo. Es decir, una firme e inequívoca cruz. Respondió su marido, Risto. Por supuesto, Risto y yo nos deseamos mutuamente fuerzas y otras tonterías, aunque bien podríamos habernos ido directamente a tomar un café de viudos. Risto me contó que Riitta-Leena había muerto de forma bastante apacible, de un agresivo cáncer de hígado que se había extendido hasta el cerebro.

—Esa es la parte misericordiosa: cuando el cerebro no funciona, el paciente no siente dolor —dijo Risto de forma rutinaria, consiguiendo así ver la luz en su propia oscuridad.

Hablamos durante un tiempo como expertos sobre la asistencia sanitaria a domicilio y los analgésicos, hasta que mentí para acabar la conversación y le dije que había sonado el timbre. ¡Vaya idea! Mi timbre no había vuelto a sonar desde que me deshice de todos los enfermeros y trabajadores sociales.

Mi prima Kirsti Hirvonen no recordaba quién era. Durante la conversación, quedó claro que, en realidad, tampoco recordaba quién era ella misma.

—Tengo que irme; me esperan mis alumnos —dijo, y colgó el teléfono.

Kirsti no era profesora, sino fisioterapeuta, y yo no entendía de dónde se había sacado esa excusa para deshacerse de mí.

A mi antigua vecina, Liisa Hulkkonen, la desperté en Tailandia. La llamada fue corta. Le pedí disculpas y le conté las noticias frescas de la muerte de Olli. Liisa no me acompañó en el sentimiento.

—¡Ay, qué maravilla! ¡Ahora puedes volver a vivir!

Me quedé sin palabras. No sabía qué contestar a eso. Liisa prometió volver a hablar conmigo en cuanto regresara de Tailandia, aunque no sabía cuándo sería. Llevaba tres años de viaje.

—Me fui para dos semanas, pero encontré a un hombre maravilloso en la playa, quince años más joven —dijo—. Gracias por la llamada; ya que estamos, ¡voy a despertar a Jimmy!

Detrás del nombre de Liisa dibujé un sol, que recordaba extrañamente al órgano sexual de una mujer.

Había hecho la mitad de las llamadas y me sentía como si tuviera al menos cien años. Puede que Liisa fuera la excepción. Había derrochado doce años de mi vida como cuidadora familiar y, durante ese tiempo, mis amigos se habían deteriorado, habían enfermado y habían perdido la memoria. ¿De verdad tenían mi edad estos difuntos y huéspedes de residencias?

Desfilé delante del espejo. Me puse las gafas de leer en la nariz y miré a la verdad a los ojos, es decir, a mí misma, impávidamente a través de los cristales de aumento. Nunca antes había hecho algo así. Cuando cuidaba de Olli, no me preocupaba por mi aspecto. Además, el cuarto de baño tenía una iluminación lóbrega y el vistazo apresurado de mi propia cara cada mañana sin gafas había sido un puro engaño... Ahora lo entendí. De pronto, en mi rostro habían surgido numerosos pliegues, incluso arrugas, además de los habituales surcos y líneas. ¡La vida vivida! ¡Qué bellos recuerdos!

Una máquina. ¡Joder, soy una máquina! No vivo la vida, sino que la ejecuto como una máquina, una maldita máquina eficaz. Es decir, supero todo lo que me echa la vida, el cáncer de pecho y la esclavitud de los cuidados familiares. Corro a través de citostáticos y operaciones, y entonces me arremango y empiezo a alimentar, lavar, cambiar pañales y girar a un hombre marchito como una flor. Diablos, hago lo que hay que hacer, así es la vida.

Cuando Olli vivía, yo estaba muerta en vida; ahora que Olli ha muerto, quiero despertar, pero no sé cómo hacerlo, maldita sea. Soy libre... por primera vez en mi vida. ¿Libre para hacer qué? ¿Y con quién, joder?

Mi cabello era abundante y estaba en buen estado, aunque se veía innecesariamente largo y extrañamente gris. Siempre había admirado a las mujeres con bonitos cabellos grises, aunque, en mi propia cabeza, el gris no parecía elegante en absoluto. Tenía algunas manchas en las mejillas y en la sien que, por supuesto, eran parte de todo esto. Una marca de nacimiento en la

frente me pareció por un momento un evidente melanoma, hasta que recordé que ese lunar oscuro había estado siempre ahí. Mi cuello era repugnante, parecía eso que le cuelga a los pavos, pero seguro que aquello también era algo totalmente normal. Los ojos todavía veían, aunque eso no duraría mucho. Me levanté los párpados y pensé si la seguridad social cubriría la cirugía plástica. Al fin y al cabo, los párpados que obstruían el campo de visión eran peligrosos. Si fuera conduciendo, podría atropellar sin darme cuenta a un niño de seis años que cruzara corriendo.

La edad no era solo un número, ni mucho menos: era todo esto que veía en el espejo. Para otros, ese mismo número significaba pérdidas de memoria, diagnósticos de cáncer y enfermedades incurables; para muchos, también gota, desgaste y operaciones de cataratas. Cuanto más me observaba a mí misma, más segura estaba, sin embargo, de que yo era ese tipo de personas que solo mejoran con la edad. Estaba sana y salva, sobre mis propios pies, y recordaba de quién era el baño en cuyo espejo me miraba.

Pedí cita por internet en una peluquería de Helsinki para un par de semanas después y continué con mis llamadas de forma desafiante. La siguiente en la lista era Hellu, Helena Kaakkuri, una amiga de la infancia del pueblo. Con Hellu había ido de aventuras a la ciudad en cuanto terminamos el instituto.

—¡Qué bien que has llamado! ¡Tengo muy mala conciencia!

Hellu quiso disculparse por el hecho de que, como todos los demás, se había alejado de mi vida cuando Olli enfermó. Me apliqué en aliviar su mala conciencia: no era culpa suya que no hubiéramos mantenido el contacto, había sido yo quien había cortado con todo. No había llamado ni había ido a la reunión de antiguos alumnos, aunque hacía cinco años que había sido nuestra «graduación de oro».

—Poco brillo tuvo, la verdad. Qué grotesco llamar graduación de oro al hecho de que nuestro momento de gloria fue hace cincuenta años.

Hellu era ella misma, habladora y alegre. Solo quedaban siete graduados de oro del colegio mixto de Koutua. El colegio había sido demolido y la celebración había tenido lugar en algún instituto moderno de la ciudad vecina, al que habían sido invitados los vejestorios de otros colegios desaparecidos.

Por la tarde, nuestra clase se había apiñado en dos coches y habían dado una vuelta de honor por el pueblo, que en realidad ya no existía.

—Se han unificado cinco municipios empobrecidos, y el nombre de Koutua ahora es Gran Muukkola. El antiguo bibliotecario de Muukkola Menor ganó el concurso de nombres.

En el terreno de los colegios se construyó en los años noventa un ayuntamiento, que también había acabado resultando innecesario. Según Hellu, en el edificio desierto solo había una oficina de la seguridad social y grafitis. Tras la vuelta de honor, habían circulado por el centro de Gran Muukkola y disfrutado de un triste menú festivo en la pizzería Correos.

—No había otras opciones.

Hellu dijo que las demás estudiantes de oro parecían abuelas: iban vestidas de gris, dos tenían un andador y una iba en silla de ruedas. También había un hombre vivo, pero Hellu no recordaba su nombre.

—Era ese chico cuyo padre murió en la guerra y que se meó en los pantalones cuando tuvo que señalar los montes Urales en el mapa.

—¡Pertti Korhonen!

—Sí, ese. Vive en Vantaa y es aficionado a la genealogía.

Después de hablar durante una hora, mi teléfono estaba caliente y lleno de sudor. Me enteré de todas las artroscopias y de los valores tiroideos de Hellu, de sus muchas aficiones y de los divorcios de sus vecinos. La propia Hellu se había divorciado hacía tiempo, cuando su marido, Esko, encontró una mujer más joven. Pero la cosa no había quedado ahí. La mujer más joven también superó la edad y, cuando pasó la fecha de consumo preferente, Esko buscó una aún más joven; en medio de ese jaleo, Hellu y la exmujer de su exmarido se habían hecho buenas amigas.

—Los enemigos de mi enemigo son mis amigos. Tuula y yo hacíamos todo tipo de cosas divertidas: íbamos al cine y a exposiciones de arte.

—¿Pero ya no?

—No, porque entonces Tuula murió.

La conversación se cortó de forma súbita. Probablemente, al móvil de Hellu se le había acabado la batería, ya que, cuando lo intenté de nuevo, una voz masculina me informó de que no era posible contactar con el número al que estaba llamando. El mismo mensaje se repitió en sueco; al parecer, en algunos lugares todavía se hablaba la segunda lengua.

Tras una pequeña pausa, continué. El único hombre al que había incluido era Heikki Kukkonen, compañero de clase de Olli. Siempre me había gustado, pero le desconcertó mi llamada. Puede que le sorprendiera pensar que su mejor amigo había muerto y que no había sido nada trágico ni prematuro. O quizá pensó que le estaba proponiendo algo inadecuado. Quizá recordaba aquel San Juan de hacía cien años en el que nos apoyamos el uno en el otro cuando los demás estaban ya durmiendo.

—¡Sirkka-Liisa acaba de llegar a casa! Mi querida esposa va al coro los miércoles —dijo en un tono de voz forzosamente alto—. ¿Sabes? Todos los días voy a nadar con mi querida esposa y después damos un breve paseo de la piscina a casa. Y los viernes tenemos club de teatro en el centro para mayores.

Quedaba un nombre más: Pirkko Suikkari, una vieja amiga de mis tiempos de estudiante. Fue fácil reconocer a Pike por la foto de su perfil de Facebook, ya que era de hacía al menos veinte años. Siempre quisimos ser así: adultas, pero no viejas todavía.

—¡Me cago en la leche, Ullis!

Pike escribía mensajes por la noche y los decoraba con pequeños dibujos. Estaba en la casa de verano, adonde se había mudado el 1 de mayo. «Siempre estoy aquí hasta bien entrado el otoño (cara horrorizada, jabalí, águila volando). Me voy cuando cae la primera nevada (tractor, cara burlona). Vuelvo a casa por Navidad (Papá Noel, cara sonriente con lágrimas), ¡o cuando tengo ganas de follar (berenjena, cara riendo)!». No podía soportar esos emoticonos.

«Por fin ha muerto Olli y voy a empezar mi vida», le escribí de forma innecesariamente corta y literaria. Pike sabía usar las redes sociales. Casi podía oírla mientras leía sus mensajes: «Es la hostia esto de la cabaña, hablo con los topos y los tejones (cara de risa con un ojo guiñado). Una vez a la semana voy al pueblo a por vino y salchichas (tres corazones), si no ni me visto (cara con aureola). Hellu se pasó por aquí una vez en julio, no era lo suyo (cara llorando, mono tapándose los ojos)».

Es decir, que Hellu y Pike habían mantenido el contacto mientras yo controlaba que Olli no se cayera de la cama ni se ahogara en sus propias secreciones. Me entró un mal sentimiento, como de celos, al pensar en todo lo que me había perdido. Hellu y Pike ni siquiera se habrían conocido de no haber sido por mí. Las dos eran amigas mías, a las que yo había presentado de forma superficial.

Pike continuó con su cháchara, aunque yo no había reaccionado al mensaje anterior. «Pero, Ullis, si has vuelto a la acción, regreso a la ciudad ahora mismo (varias caras y un taxi). ¡Tenemos que salir por ahí (un par de copas de vino, una botella descorchándose, una cara riendo con gafas de sol)! Hay un mercado increíble (tacones, beso). No eres la única viuda o divorciada en la ciudad (pareja bailando, cinco corazones latiendo). Esta es la mejor época de la vida (un montón de caras riendo variadas, entremedias un pingüino, seguramente por error)».

3

Salí desde Kerava hacia la escuela popular de Taka-Töölö con una prisa innecesaria. Fui la única que llegó a tiempo a clase. Pike envió un mensaje diciendo que no podía venir. Hellu llegó un poco tarde y parecía cansada; se quejó de que todas las indicaciones de su pulsera médica digital eran alarmantemente malas e intentó interrogarme sobre Pike y el final de la noche. No respondí, sino que fingí centrarme en la clase.

La profesora era todavía una niña, tan por debajo de la edad esperable como lo son ahora los médicos del centro de salud. Su nombre también me resultaba extraño, o, lo que es lo mismo, habitual entre los jóvenes: Miisa o Yannika, no me acuerdo. Se mostraba tremendamente enérgica y simpática y vestía de forma extraña, como corresponde a las profesoras de idiomas.

A Hellu le encantaban las clases de idiomas, de todos los idiomas posibles. Decía que había que estudiar para mantener el ingenio. Por el mismo motivo, Pike iba por quinto año a español para viajeros y, además, ese otoño había empezado italiano con nosotras, porque todavía tenía la intención de hacer realidad su sueño de una ruta del vino por la Toscana. El aprendizaje de lenguas románicas para esas veteranas seguía unos principios muy estrictos.

—El subjuntivo no merece la pena tocarlo. Siempre se puede volver a empezar desde el principio —me dijo Hellu.

La profesora se peleaba con el ordenador. Afortunadamente, no consiguió sacar el ejercicio que quería, por lo que tuvimos un momento de respiro tras el sudor inicial. Habíamos repasado los saludos y habíamos dicho qué tal

estábamos.

—Es bueno desentumecer el cerebro —comentó Hellu—. A esta edad, uno decae si no está continuamente activo. Te conviertes en una abuela que no se entera de nada.

¡«Te conviertes en una abuela»! Joder, yo me convertí en abuela cuando los primeros sofocos pusieron la nota de angustia al apogeo de mi vida. El amor de adolescencia de Marko evolucionó a un embarazo inesperado y, solo dos meses después de una boda de cuento, nació mi nieta. Me quedé tan conmocionada por mi condición de abuela y por la adultez prematura de mi hijo que no me metí de lleno en el asunto con la misma profesionalidad que mi consuegra, la madre de mi nuera: inmediatamente después de ver el test de embarazo, informó a todo el mundo de que era yaya y, a partir de entonces, empezó a presentarse en todas partes bajo el nombre de Yaya, como si su propio nombre se hubiera eliminado del registro por el nacimiento de su nieta. A mí empezó a llamarme abuela, aunque aún no había cumplido los putos cincuenta años.

Como la profesora no conseguía que funcionara el ordenador, se le ocurrió, como alternativa de emergencia, que podíamos presentarnos todos de forma relajada, con tan solo un par de palabras en nuestro propio idioma. ¡Qué idea más horrible! Escuché por encima lo que decían los demás, ya que estaba demasiado nerviosa con mi propia presentación. El único hombre del grupo llevaba un jersey de lana y tartamudeaba malamente. Me quedé pensando a qué se debería.

—Soy una anciana activa y se me dan mal los idiomas —empezó Hellu.

Habló durante mucho tiempo, fue graciosa y se burló de sí misma mientras enumeraba sus interminables aficiones, que incluían pintar porcelana, el yoga, el flamenco, la Orquesta Filarmónica de Helsinki, las películas de ciencia ficción y nuevos idiomas básicos.

—¿En serio he dicho idiomas básicos? Qué idiota. Me refería, por supuesto, a cursos básicos de idiomas —concluyó, riendo alegremente.

La profesora y todos los miembros del grupo sonrieron a Hellu. Fui la única que permaneció seria, porque mi turno venía justo después.

—Me llamo Ulla-Riitta Rauskio —empecé con voz débil, y me arrepentí inmediatamente.

Nunca nadie me ha llamado Ulla-Riitta.

—Podéis llamarla Ullis —afirmó Hellu, y habló sobre nuestra larga amistad, que empezó cuando su hermano pequeño me robó el trineo—. Me encargaron cerciorarme de que mi hermano devolvía el trineo, pero de esto hace cien años. Fue antes de ir juntas a la escuela primaria, hace noventa y ocho.

Todos rieron de nuevo. Después, me miraron. ¿Cómo podía seguir? No iba a revelar mi edad: eso lo había decidido antes de la anécdota antediluviana de Hellu. Debía dar algún otro dato sin importancia.

—Tengo dos hijos adultos —me oí decir a mí misma, y me quedé rígida por el horror.

¿Era posible presentarse de una forma más absurda? Seguro que nadie se había imaginado que mis hijos no fueran adultos. ¿Acaso ahora la maternidad era importante en mi identidad, a estas alturas de la vida? ¿Qué importancia tenía el número de hijos, si estábamos aquí para estudiar italiano?

—Siempre me ha encantado el italiano —logré balbucir al fin.

Me puse roja como una niña pequeña y miré a la señora de cabello gris que estaba sentada a mi izquierda para darle a entender que había terminado. ¿Cómo que siempre me había encantado el italiano? Vaya mentira más sosa. Intenté escuchar cómo seguía la ronda. Muchas otras también eran madres de hijos adultos y les encantaba el italiano.

—No has dicho que eres viuda —me susurró Hellu al oído.

Viuda, joder, no sé cómo asumir ese papel. ¿Acaso la puta viudedad no está ligada a una tristeza abismal y al fin del mundo, a una soledad infinita y a todas esas cosas que despiertan compasión en los demás? Maldita sea, ya no necesitaba lástima. Pero en el funeral de Olli había estado aceptablemente taciturna y cansada, en mi perfecto disfraz de viuda. En los elogios se habían contado cosas incomprensibles sobre un pescador, un caballero y un compañero agradable, sobre un Olli completamente desconocido para mí. Nadie habló de ese puto egoísta que se metía silencioso y malhumorado en la biblioteca, con un vaso de whisky en la mano, hasta que sufrió un infarto cerebral. Por mi mente circulaba un solo pensamiento durante la ceremonia: ¡por fin!

—No puedo seguir en esa clase —gemí a la salida, cuando nos dirigíamos al centro. Estaba extenuada. Durante la clase había sudado por completo la camiseta, presa de un temor constante a que me tocara responder a algo que no supiera o no entendiera. Como íbamos por orden de asiento, calculaba con nerviosismo qué ejercicio me tocaba, sin escuchar a los demás. Cuando la señora del cabello gris se saltó una línea y dijo mi frase, entré en pánico. El estrés me resultó insoportable.

Hellu opinaba que me las había arreglado bien y que podía cambiar un poco esa obsesión por ser siempre la mejor.

—En el colegio ya eras así, una empollona espantosa. Tenías que sobresalir como fuera y hacerlo todo perfecto.

Entonces empezó a hablar del hombre del jersey de lana, que una vez empezaba ya no tartamudeaba de forma tan horrible. El hombre ya sabía italiano, y yo no podía entender por qué estaba en el curso básico.

—Anda que no eres boba —exclamó Hellu—. Porque hay mujeres libres y solitarias de su edad. ¡Como tú! Quítate esa alianza y ataca antes de que otra se lo lleve.

No había duda de que el hombre era demasiado viejo para mí, al menos diez

años mayor. Para Hellu, eso era una nimiedad.

—Cuanto más viejas nos hacemos, menor es la diferencia de edad —afirmó.

Se equivocaba. La diferencia de edad crecía al principio y al final de la vida. De niños, una persona un año mayor era alguien totalmente diferente; cinco años más era algo tan lejano como treinta años más. Un adulto total. En la larga y gris mediana edad, esta no tenía importancia. En realidad, se trataba de ese número que tanto odiaba Pike. ¿A quién le importaba si tenías treinta y dos o cuarenta y seis años?

—Entonces, cuando llegamos a la última curva antes de la recta final, la edad vuelve a tener importancia —le expliqué a Hellu.

Me miró con la boca abierta, como si hubiera empezado a hablar fluidamente en ruso.

—Sesenta y siete es diferente a setenta y cinco. Y ochenta y tres es diferente a setenta y cinco. Y todo lo que esté por encima de noventa es también diferente. ¿Acaso no es obvio?

Hablé y hablé. Conté cómo me sentí cuando leí en una revista un artículo sobre voluntarios que iban a pasear con personas mayores en el que entrevistaban a una señora de setenta y dos años. No, no era una de las voluntarias que te llevaban de paseo, como yo había pensado, sino una de las personas mayores. Le di un sermón sobre cómo el Centro de Estadística metía a todos los jubilados en el mismo grupo: personas que esperan a la muerte. En nuestro rango de edad ni siquiera había un límite, era solo un guion: 65-.

—¿Eso es lo que somos, sesenta y cinco guion? ¿Esa es nuestra identidad? —pregunté con insistencia.

Hellu estaba callada. Yo también me callé. Caminamos en un profundo y horripilante silencio hacia la esquina de Hellu, desde donde a mí aún me quedaban un par de manzanas hasta la parada de autobús de Mannerheimintie. Pensé con desasosiego si podía haber ofendido a Hellu. No había sido mi intención. Pero ya me había dado cuenta de que, pasados los setenta, a más tardar, todo lo relacionado con la edad era un tema delicado. Hellu era mi

mejor amiga de la infancia y nunca la había mirado bajo el prisma de la edad, pues ambas avanzábamos al mismo paso.

Y aquí estábamos ahora: Hellu taciturna en su esquina, tratando de descifrar los datos de su pulsera digital con una arruga en la frente. Entonces empezó a buscar las llaves, que llevaba colgadas del cuello. Tras una larga búsqueda, reparó en las llaves, se burló de sí misma y empezó a buscar las gafas para ver qué llave tenía que usar en la puerta de abajo. Llevaba las gafas en la frente. La observé desde un lado; cuando por fin se dio cuenta, se rio y se puso las gafas sobre la nariz.

—Conque la última curva antes de la recta final —dijo, y dejó de reír—. La curva de la muerte, ¿de eso se trata? ¿Esa es nuestra vida a partir de ahora?

Nos despedimos con un abrazo, una costumbre que adoptamos en algún momento a los cincuenta años. Hellu se metió en el portal y yo me fui a la parada de autobús. Al día siguiente nos llamaríamos otra vez.

4

Maravillosamente amplio! —exclamó Susanna, girando por el parque como una prima ballerina assoluta.

Los enfermeros de la asistencia a domicilio habían recogido sus pertenencias casi al mismo tiempo que el coche fúnebre se llevaba a Olli, y en los primeros metros de mi carrera como viuda no supe qué hacer con la habitación desierta. Los pasos retumbaban como en la iglesia cuando la cama de hospital, el orinal, la bomba de morfina y los diferentes elevadores y cajas de pañales hubieron desaparecido.

—¡Esto son muchos metros cuadrados para una persona!

Susanna y Marko habían venido juntos a casa a poner las cosas en orden, como llamaron ellos a esa invasión inesperada. Marko sacó de su mochila un interminable montón de papeles y los puso sobre la mesa de la cocina, mientras Susanna empezaba a vaciar los armarios con excesiva energía. Sacó la ropa de su padre y eliminó con mano recia también mis recuerdos.

—Qué horror, ¡qué de trastos habéis acumulado!

Esta hiperactividad satánica era un rasgo completamente nuevo en mis hijos. Había empezado en el funeral. Antes de eso, solo habían mostrado una pasividad endiablada. A Susanna se le ocurrió que yo tenía que llevar sombrero al funeral. Estuvo dando por saco con su perro a la búsqueda del

maldito sombrero durante días. También había encontrado un velo en alguna parte, que habría tenido que tapar mi cara de viuda, como en las películas americanas. Y una mierda.

Marko dice que su vida ha tenido dos temporadas, como las series de televisión. Al menos en lo que se refiere a los niños, y quizá también a sus esposas. Nunca los veo, pero, en el funeral, Marko desplegó a toda la manada ante el ataúd. Observé con total tranquilidad cómo las mujeres competían por deshacerse en un falso llanto. Solo los mellizos de cuatro años gimoteaban con auténtica pena, sin terminar de comprender de qué iba la cosa. Gota y Musgo, joder, vaya nombres que ha buscado mi hijo para su, por el momento, último lote. No habría reconocido a la primera temporada si me los hubiera encontrado por la calle. Aada y Justus, de la edad de su madrastra.

Susanna tuvo que venir conmigo al ataúd; pobrecilla, que no ha encontrado quien le haga compañía, con cuarenta y dos años, soltera, sin hijos y educando a un perro. Joder, cuando mi hija me arrastró del brazo para aproximarse al ataúd de su padre, yo no sabía aún qué intención tenía respecto a mis cuidados.

—¿A qué residencia me vais a mandar? —pregunté, en un intento de bromear, cuando en realidad estaba ya bastante irritada por la operación de gestión de residuos de mi hija.

Susanna cogió mi bata, mientras con la otra mano sostenía los chismes de pesca de Olli y una tostadora bastante buena, aunque vieja, por supuesto. Antes hacían cosas que duraban.

—¡Pero qué tonterías dices! —exclamó Susanna entre risas, arrojando las cosas al cubo de la basura.

La bata cogió un poco de impulso y, por un momento, pareció que iba a ponerse a volar como un ave de presa de grandes alas para abatirse sobre la tostadora.

—Es inútil ponerse nerviosa. Todo va a salir bien —añadió, dándome

golpecitos en la mejilla.

Marko, en cambio, se había convertido en un aguafiestas: sabía hablar hasta de las cosas más desagradables, como los detalles del inventario de los bienes de la herencia, y, en consecuencia, de mi sustento. Con la de años que me había tirado en casa de sirvienta sin que a mis hijos les importara que mi pensión no fuera muy grande.

—También tienes una pequeña pensión de viudedad —me reconfortó Marko mientras explicaba qué tipo de nivel de vida podría permitirme en mis últimos años.

No podría viajar. Tendría que aprender a calcular lo que comía y lo que compraba: eso me dijo mi hijo, él, que llevaba a sus dos temporadas cuatro veces al año de vacaciones al otro lado del globo y flambeaba un asado de castor con calvados. Pero Marko no conocía toda la verdad. Por supuesto, yo había ido metiendo ahorros a mi nombre durante todos esos años, y mi consulta privada de dentista había sido productiva.

—He pensado en vender la casa de verano; así tendré dinero para mis cosas —informé alegremente.

—¡No hablas en serio! —gritó Marko.

—¿Para qué cosas? —aulló Susanna.

Estaban absolutamente horrorizados por la simple idea de que algo tan permanente y tan sagrado como la casa de verano familiar desapareciese de sus beneficios gratuitos.

—¡Pero, mamá, eso es un paraíso!

No me gustan las putas cabañas. La última vez que fui allí fue por Olli, obligada por los niños. Fue una idea de mierda. Susanna creía que su padre estaría encantado allí, en su pequeño chamizo. Pero Olli no se enteró de nada en todo el viaje. Fue difícil de cojones meter la silla de ruedas en el coche de

Marko: todos se gritaban unos a otros, Olli se asustó y empezó a temblar. Eso horrorizó a Marko y a Susanna, que no estaban acostumbrados a los putos ataques de su padre. Y eso fue solo el principio. No estábamos ni a medio camino cuando Olli empezó a sentirse mal y vomitó a su alrededor en los asientos de cuero del coche de Marko.

Joder, fui yo quien lo limpió mientras mis hijos lamían café con leche de un vaso de cartón ecológico en el patio del centro comercial. Cuando llegamos, aparcamos a Olli en el jardín de la cabaña muerto de frío y Susanna se puso a hacer fotos con los ojos llenos de lágrimas.

Esa cabaña era una mísera chabola de madera que el propio padre de Olli había construido en un trozo de tierra que le había cedido su hermano agricultor a la orilla cubierta de alisos de un pantano. Joder, si es que no había ni electricidad ni agua corriente, era un puto infierno primitivo. En ese antro idílico acabé yo, una joven madre de familia, como blanco perfecto de las críticas de mi suegra. No hacía nada bien, ni siquiera lavaba las putas patatas en el hueco correcto de la piedra.

—Sin nuestro consentimiento no puedes venderla —me informó Marko—. La mitad nos pertenece a nosotros. Te puedes apañar, si vives de forma ahorradora. Quizá podamos organizarlo como reserva para alguna mala época.

—¿Una mala época? ¿Te refieres a la asistencia a enfermos terminales o a una residencia para dementes?

Marko carraspeó y apretó el puño. Por supuesto que pensaba en la asistencia a enfermos terminales y en las residencias para dementes, con lo realista y responsable que era él. Probablemente, también pensaba en mi tutela, en un infarto cerebral, en la voluntad vital anticipada y en el testamento de donación de órganos. Visualizaba el final de mi vida, con todas sus ventajas.

—Ay, qué boba —contestó Susanna.

Estaba hurgando en nuestras cajas de zapatos. Las sandalias buenas de verano volaron hacia la bolsa de basura por puros motivos de seguridad, ya que, a mi

edad, no convenía caminar con tacones.

—Te puedes caer.

—Ahora vamos a estudiar esos papeles —dijo Marko con sarcasmo, y empezó a presentar el inventario de los bienes de la herencia que había redactado.

Como jurista avaricioso que era, había conseguido reducir el número de propiedades de Olli hasta hacerlas casi inexistentes, para pagar la menor cantidad posible por el impuesto de sucesiones.

—Siempre he considerado que pagar impuestos es importante —alegué.

Marko y Susanna empezaron una competición de gritos. Al parecer, los dos estaban hasta el cuello de impuestos y hartos de la sociedad y, en ese momento, el impuesto de sucesiones era casi lo más inútil que se les podía venir a la mente. Un residuo de la sociedad de clases.

—¡Esta es nuestra propiedad! —clamó Susanna con un gimoteo, y yo no entendí a qué se refería exactamente.

Desde luego, no a mis esbeltos zapatos de fiesta rojos, que hacían compañía a las sandalias en la bolsa de la basura. Marko todavía dio una charla apresurada sobre lo egoístas y tontos que habíamos sido Olli y yo, ya que no habíamos traspasado a tiempo todas las propiedades para ponerlas a nombre de nuestros hijos. Eso era lo que hacían los demás. Así se habría evitado ese tejemaneje, como se refería a las mentiras incluidas en el inventario de los bienes de la herencia.

—Ahora todo es más o menos correcto y lo más favorable posible para nosotros.

Presentó ese cúmulo de papeles para el fisco como si fuera su primera novela. Susanna estaba llena de admiración y firmó los papeles sin leerlos. Cogí el montón y le prometí leerlo tranquilamente por la noche y volver a ello más tarde.

—Pero... —empezó Marko—. No necesitas paladearlo. Firma ahí y ya está.

—Cariño, si no entiendes nada de eso —farfulló Susanna al lado de su hermano.

5

En la peluquería, pedí el tratamiento completo, con todos los suplementos. Incluía lavado, acondicionado con aceite, masaje y sesión de psicología, tinte multicolor, corte, secado y acabado con laca como si de la restauración de un mueble antiguo se tratara.

—Voy a aplicar un aceite con base de aguacate como tratamiento para la raíz; es bueno para los may..., para su cabello.

La peluquera tenía la edad adecuada: era una de esas cuarentonas que todavía se creen jóvenes, aunque la menopausia ya estuviera a la vuelta de la esquina, de lo que no se había dado cuenta porque evitaba las revisiones para la vista cansada. Esa chica estonia no se jubilaría antes de mi muerte, por lo que podría teñirme y manosearme el pelo alegremente hasta el fin de mis días.

—Están un poco quebradizas... o secas, estas raíces, así que las voy a tratar con un bálsamo con base de aceite de oliva, que contiene avena, almendras y bellotas.

Pensé en la cantidad de comida desperdiciada en atiborrar los ajados cabellos de las jubiladas y me sumí en un pequeño trance, ya que la peluquera tenía unos dedos fuertes con los que me masajeaba de la forma más bella y suave que había experimentado en mi vida. Qué agradecidas estábamos las clientas por todos aquellos mimos, mimos no incluidos en los servicios profesionales que habían ofrecido mis propias manos. ¿Entendía mi peluquera que era una excelente benefactora, que me producía felicidad?

Todavía, cuando cierro los ojos, a veces veo la mirada del paciente. Cada día, en el trabajo, unos ojos horrorizados que gritaban de angustia me miraban, alarmados. Los hacía callar llenándoles la boca de cosas y poniendo el taladro en marcha. Los pacientes gemían y lloraban, se agitaban y se sacudían. Los hombres adultos llamaban a su madre.

Hablaba con mi ayudante de esto y de aquello. Era un día de trabajo normal.

—Puede que el invierno llegue antes de tiempo —dije—. Pásame el disco de diamante.

—Jaakko ya le ha puesto los neumáticos de invierno al coche —respondió mi ayudante mientras me pasaba el disco.

El paciente, que se estaba recuperando de la anestesia local, empezó a temblar.

—¿Tenéis planes para las vacaciones de invierno? —le pregunté a mi ayudante.

El sonido chirriante hizo que el paciente apretara los puños.

—Después de Navidad, vamos a las islas Canarias, al mismo sitio que el año pasado —dijo mi ayudante, y aspiró la saliva sucia de la boca del paciente con el aspirador, que graznaba como si siempre estuviera atascado.

Llegué con mi taladro a la zona cariada y el paciente sacudió las piernas. La anestesia no había surtido efecto.

—¡Qué bien!

—¿Son suyos estos rizos?

La peluquera levantó mi pelo mojado y lo puso delante de un gran espejo con una terrible luz macilenta. ¿Cuándo había perdido mi pelo su vigor? Ahora que

había pasado por un menú de seis platos de tratamientos y masajes, mi pelo holgazaneaba en pequeños mechones sobre mi cabeza y yo no lograba entender cómo la peluquera había sido capaz de pronosticar que tenía ondas, a las que también se podía llamar rizos.

—Después del cáncer... —empecé, pero no supe continuar.

Yo no era el tipo de mujer que le contaba su vida a la peluquera. La de la silla de al lado ya había repasado la infidelidad de su marido y las competiciones de hockey sobre hielo de su hijo en voz tan alta que sentí vergüenza ajena en nombre de todos.

—¿Cuándo? ¿Cáncer de mama?

La voz de la peluquera se volvió extrañamente elevada y reconfortante al hacer su apuesta salvaje. La traicionada madre del jugador de hockey sobre hielo, que estaba sentada al lado, giró la cabeza tan rápidamente que a punto estuvieron de clavarle las tijeras en el ojo. Pareció que todo se detenía en la peluquería por un instante. Como si la radio que sonaba como música de fondo también se hubiera apagado en ese momento, cuando los sentidos de todos los presentes se aguzaron para comprender qué tipo de víctima de cáncer era aquella mujer que solo tenía en la cabeza algunos cabellos grises demasiado largos.

—Sí, eso. Hace tiempo.

Pensé que ese tipo de respuesta corta transmitiría el mensaje a una psicoterapeuta hábil, como son las peluqueras, de que el paciente no quería hablar de ello. Pero quizá habría tenido que imaginar, también, que la madre de la peluquera había tenido cáncer de mama. Y que la hija de la mujer sentada en la silla de al lado se había recuperado recientemente de un tratamiento de cáncer de mama. Y que a la compañera de trabajo de la mujer sentada al otro lado del salón le habían diagnosticado un tipo raro y agresivo de cáncer de mama que se había extendido a los ganglios linfáticos y a saber dónde más. Se adentró de lleno en la historia, que contó con pelos y señales. De pronto, el momento de mimos se había convertido en una tortura, un infierno casi igual a la consulta del dentista. Todas hablaban de cáncer de mama, excepto yo. Citostáticos, cirugías correctivas, carcinomas

canaliculares, genes HER2 y estadificaciones TNM, ablaciones y tratamientos adicionales llovían por los aires como el granizo fustigador de noviembre en Helsinki. Eché un vistazo a mi pálido rostro en decadencia.

—Había pensado en color castaño —le dije de pronto a la peluquera, que interrumpió su historia sobre la extracción del intestino grueso de su suegro.

Puede que el color de mi pelo estuviera relacionado con su historia. Lo más probable es que el color que estaba buscando fuera color mierda.

—Sí, ese está bien —respondió la chica, y me propuso algunas mechas claras aquí y allá, de forma aleatoria, para realzar el color castaño de base—. Así le daremos vida —explicó.

Realmente usó el plural, como si estuviéramos las dos juntas aplicando con el pincel el elixir de la vida a mis cabellos grises con trocitos de papel de aluminio.

—¿Quiere café? ¿Algo para leer? Aquí tengo Salud para mayores, Jubilados alegres y un par más que le pueden interesar.

Me quedé mirando, aturdida, las revistas que me podían interesar. Claro que debería haberme sentido agradecida de que la peluquera no me hubiera ofrecido un cómic del Pato Donald. Su lectura se habría interpretado como algo adecuado para dementes. A las personas de mi edad se nos ofrecía ejercicio, actividad física y enérgicas actividades al aire libre, pesas rusas y bolas chinas, lubricantes y dispositivos antideslizantes, ropa con un corte elegante que disimula astutamente y, por supuesto, deporte, deporte, deporte, sin olvidar los sencillos ejercicios gimnásticos que había que repetir tres veces al día. Evidentemente, queríamos leer sobre artrosis, cataratas, insomnio, nutrientes y una dieta variada que desatascaba el estreñimiento más engorroso (¡fibra!, ¡fruta!, ¡agua!, ¡ejercicio!, ¡enemas!), y nos moríamos de ganas por leer acerca de la antigua Viipuri y las reglas de las parejas de famosos de cincuenta y dos años para el florecimiento de una relación duradera.

Ajá. Así que a esta maldita edad es cuando miramos hacia atrás. ¿Qué veo? Primero fui una niña de la guerra malamente alimentada y una joven en tiempos de crisis en un pequeño pueblo de campesinos, en el que no había más incentivo que los cambios atmosféricos. Durante mis años de estudiante viví en Helsinki, en Meilahti, como subalquilada de la hermana de mi madrina, y no hice ninguna fiesta. Joder, es que ni siquiera sabía lo que era eso. Tampoco me enteré de la liberación sexual, como ahora se recuerda. En algún momento conocí a Olli. Nos casamos en el registro civil durante la pausa de la comida.

Nuestra primera vivienda fue un piso de una habitación en Etelä-Haaga, muy pequeño, oscuro y caro. Cuando nació Marko, yo tenía veintiocho años y ya estaba decrépita. Susanna nació cuatro años más tarde. Cuidé a los niños en casa. Yo, joder, la primera mujer con estudios de la familia.

Compramos un chalé pareado en Keijumäki, en Espoo. Allí fui prisionera del inexistente transporte público. El autobús 439 pasaba una vez cada hora. Olli se escabullía hacia su bufete de abogados en su Escarabajo antes de que los niños se levantaran a dar guerra. Daban guerra cuando se despertaban, cuando jugaban y cuando comían. Yo me tiraba toda la puta mañana esperando a que saliéramos, aunque odiaba las actividades al aire libre. Una vez en el parque, deseaba que fueran las doce para ir a comer. Cuando estábamos a la mesa, los niños daban guerra y yo miraba el puto reloj y esperaba la hora de la siesta. Era la primera en quedarme dormida y la última en despertar, en el sofá con la baba colgando, esperando a que Olli volviera del trabajo. Hacía la cena y los niños daban guerra en la cocina para que su padre pudiera estar en paz en la biblioteca. Entonces, esperaba a que empezaran las noticias vespertinas y los niños dejaran de dar guerra y se fueran a dormir. Finalmente, esperaba quedarme dormida antes de que Olli empezase a roncar. Esto todos los putos días.

—Vamos al lavabo.

La peluquera me despertó de mi letargo. Quería saber si había encontrado algo interesante en las revistas.

—Estreñimiento y... nada más. Estaba sumida en mis pensamientos —

respondí de forma sincera, y la chica no comprendió lo que quería decir.

El lavabo hacía un ruido agradable mientras la peluquera retiraba las horquillas y los demás artilugios que colgaban de mi cabeza, me lavaba y me enjuagaba, y me volvía a masajear de forma intolerablemente seductora. ¿Se podía pedir cita en la peluquería solo para que te masajearan la cabeza?

—Por dinero hacemos lo que sea —contestó la chica, sin darse cuenta de lo que decía.

Sonreí maternalmente, y volvimos a la silla delante del espejo. Ahora había que decidir qué hacer con el cabello castaño. La peluquera me levantó poco a poco el pelo con la mano y pareció pensativa. Tenía profundas arrugas en la frente, que mi malvada mirada leyó, a pesar del corrector, como un despiadado veredicto: la muchacha estaba metida de lleno en la mediana edad. Pronto estaría jubilada y, después, muerta. ¡Pero yo llegaría antes!

—¿Qué estaba usted pensando? —preguntó, y no me cupo la menor duda de que no deseaba oír lo que acababa de pensar.

—Si lo cortamos muy corto...

Quería que la peluquera cortara la mayor cantidad posible de mi antigua vida. Me sentí como una idiota, ya que primero había pedido que me aplicaran en el pelo un tinte muy caro y ahora proponía que cortaran dos terceras partes de esa vitalidad castaña.

—Siempre hacemos así. Primero el tinte, después el corte. ¿Lo quiere corto por la nuca?

—Vale. Y por los lados. Quizá por arriba también. Pero de modo que no se pegue a la cabeza, sino que quede ahuecado —dije.

La chica me miró como si fuera a romper en llanto.

—Vamos a ver —murmuró, y empezó a cortar con movimientos rápidos y continuos.

Las afiladas tijeras destellaban alegremente mientras mi triste vida gris

revoloteaba por el suelo de plástico blanco y negro de la peluquería. Ese suelo de tablero de ajedrez era un símbolo de lucha. Un rato después, salí del salón de belleza sintiéndome como una mujer fuerte que se había encontrado a sí misma, renovada y espléndida, lista para afrontar los desafíos que se les presentan a todas las mujeres de setenta y cuatro años.

6

Oí de lejos los ladridos sordos del perro antes de que Susanna abriera la puerta de mi casa con sus propias llaves. Me levanté rápidamente de la cama, donde había estado tumbada leyendo el periódico en pelotas con toda tranquilidad. Me puse por encima la bata que mis hijos no habían arrojado al vertedero y fui descalza, sin zapatillas, a recibir a los visitantes sorpresa.

—¡He venido con Jerkku a ver qué tal le va a mi querida madre!

El perro sacudió barro, pulgas y suciedad en mi vestíbulo. Susanna alentó al chucho dándole animados golpecitos en la espalda.

—¿Estás demasiado entusiasmado? Ay, nuestro pequeño Jerkku... ¿Qué hace ahora nuestro tontito...? Perrito, perrito, da la patita... Muy bien, ¿no es genial venir a casa de la abuela?

El perro mordió a Susanna en la mano y arañó durante un rato mi parque, hasta que salió corriendo hacia la habitación para esparcir su olor a algodón mojado por mi cama. Miré con horror cómo ensuciaba fervorosamente mis sábanas. A Susanna no le preocupaba el jaleo que estaba armando su montón de barro; se había quedado petrificada mirándome como si tuviese un repugnante sarpullido o una purulenta quemadura de tercer grado en la mejilla.

—¡Qué horror! ¿Qué te has hecho?

Me miré en el espejo del pasillo. Nada de sarpullidos, ni manchas visibles..., al menos sin gafas. Ajá, en el espejo se veía a una mujer pletórica y elegante

en su mejor edad. Yo, de castaña.

—He ido a la peluquería —respondí alegremente, pavoneándome con mi peinado.

Por supuesto que no esperaba que mi metamorfosis tuviera una acogida más cálida por parte de mi hija. Los hijos, por muy adultos que sean, esperan que sus padres no cambien nunca. Debíamos tener siempre el mismo aspecto, mantenernos tal y como éramos en su imaginación. Si no registran los cambios del transcurso del tiempo ni siquiera en sí mismos, mucho menos en sus padres. La madre de Susanna siempre había sido una mujer pálida, inexpresiva, hacía tiempo marchita, que no prestaba atención a su aspecto, al contrario que su hija, que a veces tampoco prestaba atención a los demás.

—Te has teñido. ¡Eso sale muy caro!

Ella misma estaba en su época rubia.

—No lo sé; no he preguntado.

—Deberías haberlo consultado. Dentro de un mes te saldrán unas raíces horribles y tendrás que volver a teñirte. O dentro de dos meses; puede que a tu edad el pelo ya no crezca. No te puedes permitir estas tonterías. Y, oye, ¿para quién te arreglas en realidad?

Susanna meneó la cabeza como si estuviera tratando de razonar con una retrasada mental. A los ojos de mis hijos de mediana edad, yo era una anciana merodeando los límites de la chochez, y se fundaban en el hecho de que una viuda de setenta y cuatro años, sin aficiones ni amigos, era una bomba de relojería a punto de explotar. Temían encontrarse en medio de un horrible y maloliente proceso que rompiera con su actividad rutinaria. Tenían miedo a la vejez, a mi vejez, ya que ellos mismos no habían envejecido en absoluto.

El perro correteaba entre el salón y la cocina, extrañamente inquieto. Tenía algo en la boca, aunque no pude averiguar el qué. De vez en cuando, parecía mi zapatilla.

—Jerkku te hará algo de compañía —dijo Susanna—. Cariño, te hará bien un

poco de ejercicio.

Alto ahí. ¿En qué puto momento me he convertido en el cariño de mi hija? Ese farfulleo muestra que alguien no se ha enterado de qué va la cosa. Ahora que ha muerto su padre, Susanna se quiere subir a un escenario en el que ha brillado por su ausencia durante los últimos quince años, desplazando mi vida a un segundo plano. Entra en mi puta casa a revolver mis cosas y mostrarme el maldito andador llamándome con apelativos cariñosos para niños pequeños y retrasados. En esta maldita familia nunca nos hemos llamado cariño unos a otros, y no voy a aceptar caer en ello ahora tampoco.

—¿Pero no acabas de dar un paseo con él, mientras veníais?

—No, hemos venido en coche. Hoy hace un día precioso; os vendrá bien estar fuera. Te animarás, mamá querida.

Intenté negarme a la terapia de Susanna. No necesitaba a un perro malcriado del tamaño de un caballo para animarme el día. Pero Susanna ya había tomado su decisión. Primero trató de engatusarme, luego masculló y, finalmente, gritó con todas sus fuerzas. Su ira se transformó rápidamente en un llanto que pretendía despertar lástima. Era tanto lo que se le había ido acumulando a esta pobre mujer de mediana edad: el trabajo extra, los horribles compañeros de trabajo, un supervisor incompetente, los problemas de la comunidad y los odiosos vecinos, el lumbago y muchas otras cosas de las que ella no era culpable.

—Si al menos pasaras un par de días con Jerkku... De verdad que te va a venir muy bien.

Por fin pude averiguar la verdad. Susanna se iba de viaje a alguna parte; no me dijo dónde, pero, tras cierta presión, admitió que la intención era irse con algún hombre a relajarse un poco. El problema era que el perro suponía un obstáculo.

—Todos son ventajas. Tú tienes compañía y puedes hacer ejercicio y yo... recibo lo que necesito. Y la verdad es que me lo merezco. ¡Lo pasarás genial con Jerkku!

El perro había dejado mi zapatilla en el sofá del cuarto de estar y llevaba ya más de la cuenta lamiéndome los dedos de los pies. Lo aparté de una patada. Susanna arrastró hacia la cocina un saco de pienso, puso al lado de mi cama una maloliente almohada para perros, a la que llamaba «la cama de Jerkku», y arrojó aquí y allá, por el cuarto de estar, pegajosos huesos mordisqueados y otros trastos que harían que el perro se sintiera como en casa.

Entonces volvió a la cocina y echó un vistazo a la nevera, abrió un par de envases, los olfateó, comprobó la fecha de caducidad de la leche y tiró una lata de nata abierta a la basura. Se estaba asegurando de que yo no ingiriera comida estropeada y de que no conservara olvidado en la nevera algún lácteo con seis semanas de antigüedad. Lo hacía con total desvergüenza delante de mis ojos, al mismo tiempo que soltaba una retahíla de mantras empáticos sobre mi miserable vida, vida que iba a salvar momentáneamente esa criatura repugnante que ahora mordisqueaba huesos en mi mejor alfombra.

—Por la mañana le gusta dar un paseo corto, preferiblemente antes de las ocho
—dijo Susanna mientras tiraba algo más de la nevera a la basura.

—¿Los fines de semana también?

—Sí, y después otro paseo por la tarde, sobre las cuatro. Jerkku puede tirarse una hora correteando. Y por la noche también es bueno salir un poco antes de ir a dormir; unos veinte minutos son suficientes.

Había llegado al pasillo y pasaba el dedo por la cómoda para ver cuánto polvo había.

¡Polvo, joder! Mi madre era una metomentodo; cuando era pequeña me ponía a limpiar y venía detrás criticando y corrigiendo. Ese maldito martilleo y ese olor a trapo. Al irme de casa, fue mi suegra quien ocupó su lugar en nuestro hogar. Le bastaron unos trucos ingeniosos. Primero nos encasquetó sus chismes

viejos, como un horrible y apolillado abrigo infantil para el invierno, en su opinión magnífico, que podría usarse para ir al teatro, como si yo tuviera tiempo de llevar a los mocosos al teatro, joder, y, mientras las polillas revoloteaban a su alrededor, cacareaba en voz alta que su nuera no era más decente que una rusa. Cuando, finalmente, el alma de mi suegra echó a volar a los noventa y ocho años de edad, va y me sale esta víbora del pecho, mi propia hija, y viene aquí con sus «cariños», a abrir armarios y a pasar el dedo por mis superficies polvorientas. Nunca me he metido en los problemas de Susanna. La dejé vivir en su propia pocilga, cerré las puertas y me alegré de tener una habitación menos por la que pasar la aspiradora. Nunca me ha invitado a su casa. Nunca, joder. Aquí entra con sus propias llaves.

—La verdad es que se me ha quedado completamente a medias el paseo matutino; solo saqué a Jerkku un poco al patio.

Susanna estaba de pie, maquillándose frente al espejo. Se aplicó el pintalabios rápidamente, solo para sí misma, y entonces fue el turno de las pestañas y la raya del ojo. No dejaba de hablar.

—Y, encima, mi horrible vecino se ha pillado un berrinche tremendo, por lo que creo que os vendría bien salir ahora mismo.

Y allá que se fue Susanna, libre y enérgica hacia su más reciente aventura. Apenas hubo cerrado la puerta cuando el perro empezó a gemir, babear y escarbar a mi alrededor. Joder, qué mal huele el aliento de perro. No tuve más remedio que vestirme y sacarlo a pasear.

Por supuesto, Jerkku tiraba de tal modo que su tráquea silbaba y ronqueaba. Tenía un ansia inagotable y constante por ir hacia delante. No entendía nada sobre semáforos, aunque uno de sus padres era un perro guía. En cuanto llegamos al parque, empecé a recibir consejo de otros dueños de perros.

—¿Ha pensado en comprarle un collar diferente?

—¿No es suyo el perro?

Cuando Jerkku se colocó como si fuera a olfatearle el trasero a un perro seis veces más pequeño que él, decidí que había socializado lo suficiente con los dueños de esos animales y empecé a tirar yo de él.

—Pues sí que es grande. ¿Qué mezcla de razas tiene?

Jerkku no me obedecía, al igual que no obedecía a Susanna. El dueño de dos caniches se mostró intolerablemente firme: no me dejaba marchar, me sermoneó con sus principios y se plantó como un tapón en las puertas del parque para perros con una bolsa de cacas en la mano que humeaba en el frescor de la mañana de otoño.

—Es que este perro no es mío. Es mi hija quien lo ha criado así —expliqué.

—Y usted ha criado a su hija —dijo una mujer.

Eso ya fue demasiado.

Maldita sea, ¿qué se supone que es criar a un hijo? Nada más que estúpidas corrientes de moda. Quienes no saben estar sin reproducirse culpan a los métodos cambiantes. En mi niñez, esos métodos eran el agua fría y el endurecimiento, el trabajo forzado y la mala comida, la veneración a los padres y el aprender de memoria, la pura disciplina y la obediencia a través del miedo. Una formación en términos de adultos. Mis hijos, en cambio, vivieron la edad de oro de la educación libre, es decir, una formación en términos infantiles. Joder, las criaturas podían correr con sus camisetas de rayas y realizarse. Yo estaba tan hecha polvo durante todos esos años que no podía ni educar. Preparaba algo de comer y los mandaba a dormir, ese fue mi método. ¡Y el perro, joder! ¿Estaba Susanna obligada a adquirir, para una vida por lo demás incontrolable, una hembra del tamaño de un elefante que ningún encantador de fieras habría podido reeducar ni tan siquiera en una academia de policía? No. Ni hablar. Ay, no, joder, si es un macho.

7

Las bacterias, siempre te he dicho que las bacterias son lo principal. Tenemos un kilo y medio de bacterias en la barriga, ¿entiendes? Pesan más que tu cerebro y tienen más relevancia en la salud que tu cerebro —me explicó Hellu mientras caminaba rápidamente por la calle Porthaninkatu, dejando atrás la biblioteca.

Me pregunté que por qué precisamente mi cerebro, pero esperaba que Hellu estuviera utilizando el tú impersonal. Debería haber sido más firme y no hacer siempre lo que ella proponía. El restaurante vegetariano y las clases de italiano eran divertidos; los alegres y coloridos zapatos saludables que habíamos comprado juntas, una extravagancia graciosa; pero las velas perfumadas las tiré al día siguiente y aún no podía entender por qué iba con Hellu a hot yoga. Creía que era una versión pornográfica de la acción pastoral hindú, pero Hellu me explicó que era adecuado para adultas maduras como nosotras, ya que en la habitación cálida los músculos se fundían de algún modo y el estiramiento era más fácil y agradable.

La clase había recibido en broma el nombre de «gimnasia del sótano» y se centraba en ejercitar los músculos inferiores del abdomen. Hellu estaba muy entusiasmada con eso y me prometió que esta clase en concreto era bastante formal. También sabía que la enseñanza se basaba en el método de una mujer danesa, aunque había olvidado su nombre.

—Se parece un poco a Jane Fonda, pero más joven, muy en forma y agradable, con una buenísima formación. La he buscado en Google.

Lo de gimnasia del sótano hacía referencia a la planta baja de las mujeres maduras, ya que había que mantenerla activa. Nuestra profesora, una mujer de sesenta años de vientre plano llamada Pipsa, utilizaba, además de bajo vientre y suelo pélvico, un montón de términos sobre los músculos sexuales, lo que hacía que Hellu me mirase con una sonrisa triunfal. Era lo que había dicho: ahí se llamaba a las cosas por su nombre, en lugar de esas tonterías hindúes.

Pipsa contó que el músculo más importante de la mujer se compone de fibras lentas y rápidas y se asienta en la zona inferior del abdomen con una forma un poco como de hamaca. Sonreía de forma burlona al contar que, cuando mejoráramos la condición física de nuestra hamaca, obtendríamos una nueva vida. El vientre se apretaría y los dolores de espalda y los problemas de incontinencia desaparecerían. O se reducirían: Pipsa tampoco prometía demasiado.

—Hay otras ventajas, cosas geniales. El sexo será más divertido que antes. Conozco a mujeres de vuestra edad que solo llegan al orgasmo tocándose a sí mismas.

Sexo, sexo otra vez, constantemente sexo. Esta es mi vida sexual: conocí a Olli, nos casamos y empezamos a hacer hijos. En serio, a hacer hijos, joder. Era un trabajo, ni fácil ni divertido. Mirábamos en el reloj y en el termómetro cuándo había que follar. Tuvimos que soportar muchas indirectas de mi suegra antes de que naciera Marko. Y ahí terminó el sexo, en un cólico, en pañales de tela y en las prisas de Olli por trabajar horas extra, hasta que llegó la hora de hacer el segundo hijo, la niña de papá, Susanna, quien llegó tras una experiencia aún más violenta que su hermano. ¿Habría tenido que disfrutar de todo eso?

—¡Vamos a empezar con el ejercicio de la cremallera!

Pipsa nos observaba de forma tan natural como los instructores sexuales en los programas infantiles de la época de la televisión en blanco y negro. Intenté por todos los medios no pensar en el orgasmo que se producía frotando. Era

difícil. Me imaginé qué pasaría si una tarde de diario, en el autobús o en el mercado, intentase comprimir discretamente el espacio de aire y tuviese un orgasmo. «Huy, perdón, solo estoy jadeando». Observé a Hellu, que estaba sentada con la espalda recta en la posición del loto y escuchaba con concentración a Pipsa, porque había decidido que era magnífico que se trataran las cosas del sótano de forma tan natural.

Miré a mi alrededor para ver si las demás eran de nuestra edad. Puede que lo fueran, pero era difícil saberlo. A nuestra edad se puede ser tanto una vieja canosa encorvada como una extravagante reina de la noche como Pike. O enérgica y exuberante como Hellu. Puede que ella y yo fuéramos las ancianas solteras del grupo de hot yoga, y solo yo llevaba unos horribles pantalones de velur de los años noventa, sueltos y suaves. Las demás habían ido el día anterior a comprar ropa técnica, un rígido caparazón negro con elasticidad y refuerzos y patrones fosforitos.

—Acordaos de dividir el suelo pélvico en tres partes: ¡el ano, el perineo y el clítoris! Vamos a levantarlos por turnos. Empezamos por el ano, tres, cuatro, y MANTENEMOS ARRIBA, tres, cuatro, y bajamos, tres, cuatro.

Pipsa resplandecía delante de nosotras y Hellu hizo tanta fuerza con el ano que se le formaron hoyuelos en las mejillas. Yo no le veía el sentido al ejercicio. Eché un vistazo al espejo para ver mi horrible postura desgarbada; para parecer efectiva, empecé a mecarme un poco.

—¡Nada de balanceos! ¡Todo el trabajo es interior!

Pipsa hizo un movimiento con la mano derecha, como si abriese y cerrase la cremallera de los pantalones.

—¡Continuamos desde el perineo y levantamos el clítoris! ¡Acordaos de respirar!

Cerré los ojos. No era capaz de mirar a mi alrededor cómo veintiuna señoras mayores competían por levantar el clítoris en la sala de espejos, en la que se oía una música que pretendía ser relajante, una incesante agitación que sonaba al compás de las olas del océano. Repetimos lo mismo en varias posturas. Era un ejercicio de velocidad y un ejercicio de fuerza, tumbadas de espaldas y

aguantando a cuatro patas.

—¡Y ahora, el ascensor! Eso significa fortalecer todos los músculos del canal vaginal, desarrollar su resistencia y su fuerza —dijo Pipsa.

¿Qué otra cosa puede desear una viuda de setenta y cuatro años si no es resistencia y fuerza en el canal vaginal?

¡Joder, fuerza es lo que habría necesitado! Yo, para quien la gimnasia matutina diaria había consistido en levantar malamente pesas de dos kilos y hacer estiramientos en brazos y tronco para que mi espalda resistiera y pudiera aguantar al levantar a Olli. Vaya, y la zona de mi vagina había quedado relegada a un segundo plano. Maldita sea, todo en esta nueva vida de viuda apunta a esa costura de la hamaca. Olli tampoco había oído hablar nunca de ella. Yo misma no había leído hasta principios de los noventa, en una revista femenina en la consulta del dentista, que se había encontrado un punto mágico en el interior de la mujer. Esa hazaña científica no cambió mi mundo.

El último polvo..., en eso también pensaba cuando giraba a Olli. Pero no lo recordaba. Sería genial tener una imaginación excelente. Sobre el último polvo había un artículo en el periódico: se trataba de ese maldito periodismo participativo en el que se le pide al lector que cuente sus experiencias para que el periodista no necesite levantar el culo de la silla. Esperé con curiosidad, pues pensé que algunas parejas habrían sabido tratar ese mismo asunto de puta madre al ritmo de los candelabros y la pasión barroca. ¡Pero no! Los que compartían su experiencia eran jóvenes que tenían algún tipo de motivo artificial para rechazar el sexo. ¡No cuidadoras familiares! No una viuda entre las viudas, joder. Un poco como si preguntaran qué se siente al pasar hambre y la gente contara que un día habían tomado únicamente zumo de la mañana a la noche y había sido una experiencia tremenda.

Hice lo que se me pedía en la sobrecalentada sala de espejos. Eso había hecho toda mi vida, ser siempre obediente. Ahora me imaginaba que mi perineo era un ascensor que subía un piso con cada inspiración. En el tercer piso estuve a

punto de desmayarme porque tenía miedo de que se tratase de un rascacielos. Con un jadeo del perineo bajé hasta la planta baja y ya no tuve fuerzas para intentarlo.

—Muy bien. La próxima vez algo un poco menos íntimo —dijo Hellu mientras se frotaba en la ducha con algún organismo extraído del fondo del océano.

Yo estaba en el vestuario y ella gritaba de tal modo que todos oían su desaprobación porque no me entusiasmaba la reforma del sótano. Yo no me duchaba en sitios públicos; no se me ocurriría ofrecer mi propia verdad desnuda a miradas críticas ajenas. Alguna desinhibida hotyogui tántrica podría reparar en el pecho que me falta y empezar una conversación de apoyo grupal sobre el cáncer. Me limpié el sudor de las axilas, el cuello y la nuca con la toalla.

—El viernes hay flamenco para jubilados en Kamppi a las diez de la mañana. ¡Nos vemos allí a menos cuarto! —dijo Hellu mientras salía del vestuario, ya que tenía prisa por ir al círculo de lectura.

Me levanté del banco y me miré en el espejo. Tenía mal aspecto y mi hamaca estaba deshilachada. Pero tenía el pelo castaño y estaba viva. Nadie me esperaba en ninguna parte. Y el hot yoga me había activado de tal forma que, en un arrebató, llamé a Valtonen.

8

Fantástico! ¡Genial! —Valtonen no escatimó en palabras cuando vio mi esponjoso pelo castaño—. ¡Tremendamente sexi, sencillamente radiante!

Sus alegres ojos azul claro se humedecieron de alegría al ver algo tan maravilloso como mi nuevo pelo. A su cabello despeinado tampoco se le podían poner pegas. Con la edad, se había vuelto blanco como la nieve, su denso cabello brillaba de limpio y estaba atado en una cola de caballo, como era habitual. Una auténtica melena de león, su carta ganadora.

Estábamos en el edificio Sähkötalo de Kamppi tomando un café. Muchas otras personas mayores lo habían elegido como lugar tranquilo de encuentro. Convenientemente, la tienda de productos ortopédicos estaba justo al lado.

—Le he comprado a Pike un bastón floreado, muy divertido, pero no la he visto usarlo —contó Valtonen.

Estaba preocupado por los problemas de cadera de Pike y temía que tuviera una mala caída, ya que a veces caminaba de forma muy insegura, especialmente cuando hacía algo de viento.

—Yo creo que estaba totalmente segura de sí misma mientras bailaba en el Evergreen —recordé, y Valtonen rio, dejando al descubierto su dentadura perfecta—. ¿Fuiste a Estonia a ponerte la dentadura? —pregunté, aventurando una estimación profesional.

—¿Cómo lo has sabido? ¡De paso, me compré unas nuevas gafas de leer y un

montón de botellas de aguardiente! Todo el viaje fue puro ahorro.

Valtonen rio de forma irresistible, lo que me hizo ronronear de forma extraña. Su compañía era muy agradable, y en esa cafetería ya no me arrepentía de los viajes nocturnos a Kerava, o de lo poco que recordaba de ellos. Le hablé de nuestras clases de italiano y, como Valtonen reía entre dientes, embelesado con todo lo que decía, mencioné también el hot yoga con Hellu. Casi se atraganta con su pastel careliano.

—Nunca me habría imaginado a mi hermana haciendo algo así —dijo finalmente, al tiempo que se secaba los ojos. Entonces, de pronto, se puso extrañamente serio—. Oye, Ullis. Siento una gran admiración por ti —añadió, y yo noté cómo se me enrojecían las mejillas.

¿Ahora sucedería? ¿Así de fácilmente pasaba todo en la vida de una persona? Valtonen no era para mí un sueño hecho realidad, en absoluto, pero ya había escuchado suficientes quejas de Pike y Hellu sobre cuánto escaseaban los hombres. Si alguien estaba totalmente en sus cabales, más o menos sano y no estaba alcoholizado, se trataba de un hombre deseable por el que merecía la pena competir. ¿Pero Valtonen? ¿Se debía esto a la gimnasia del sótano? Claro que era un viejo amigo, al que conocía desde la infancia. El hermano pequeño de Hellu, el ladrón de trineos que siempre había estado a nuestro alrededor. Era como el hermano que nunca había tenido. Y ahora todo había cambiado. Aquí estábamos sentados, dos personas de más de setenta años preparados para una nueva vida. Los mismos valores, los mismos intereses y un humor común: seguro que lo pasaríamos bien juntos.

Valtonen buscaba las palabras, carraspeaba y se aclaraba la voz, y su mirada vagaba por las lámparas del techo. ¿Se había conmovido? ¿Debería ayudarlo, alentarle un poco?

—Oye, en los últimos tiempos yo también... —empecé, sonriendo afectuosamente.

—Quiero decir, has cuidado muy bien a Olli. Lo estuviste cuidando durante muchos años.

¿De eso se trataba? Qué horrible malentendido.

Tampoco estoy tan loca como para haber decidido sin más dedicar doce años de mi vida a cuidar a un familiar, joder. Al principio, parecía que mi marido solo iba a necesitar un poco de tiempo para rehabilitarse antes de volver a estar en pie. Y, cuando la situación se volvió desesperada, ya estaba metida en la mierda hasta el cuello, literalmente, sin prever que aún me esperaban diez años de lo mismo.

Solo una persona egoísta lleva a sus seres queridos a una residencia, eso es lo que siempre se dice. El amor a los seres queridos, maldita sea. Una estrategia de ahorro, joder, apelar al amor a los seres queridos cuando la sociedad ya no se preocupa por los débiles.

No entendí que yo era una cuidadora familiar hasta que ya llevaba seis años cuidando a mi vegetal las veinticuatro horas del día. Hice un acuerdo con la sociedad para hacer trabajos forzados sin fecha límite. «Vayamos día a día», había dicho la orientadora social. ¡Remuneración económica y derecho al descanso! Creo recordar que recibía trescientos euros al mes (menos impuestos) por el hecho de no meter a Olli en una residencia, donde habría tenido que ir después de su segundo infarto cerebral. De ese modo, la sociedad se ahorraba setenta y cinco mil euros al año.

No tuve ningún suplente por vacaciones en todos esos años. Habría podido dejar a Olli durante dos días al mes en alguna residencia municipal para poder descansar, pero nunca tuve fuerzas para hacer algo así.

—Mira, ¿sabes que...? —Valtonen continuó con su palabrería.

Empecé a perder la paciencia: uno no iba a tomar un café para esto. Valtonen había perdido por completo ese coqueteo natural que, en algunas ocasiones, era difícil de soportar, y que ahora, como nueva persona-ascensor con pelo castaño, echaba de menos.

—Ullis, yo no puedo.

¿Hablabas de sus problemas de erección? No, estaba equivocada, me había confundido. Las palabras de Valtonen fluían como un torrente y ya no carraspeaba. El nudo se había deshecho y lo vomitó todo. Yo era la primera a la que se atrevía a hablarle de su mala conciencia, de su continuo sentimiento de culpa y de las interminables contradicciones que lo hostigaban desde que su mujer, Seija, se había hundido en su propio mundo imaginario y Valtonen había cerrado las puertas de la residencia para dementes tras de sí.

—Tiene el corazón fuerte —concluyó Valtonen con un fuerte suspiro.

Sabía que yo entendía que esta característica sobrevalorada era, en semejante situación, una horrible prolongación de los problemas.

—Olli también lo tenía. Frío, duro y fuerte.

Eso hizo reír a Valtonen, que levantó la mirada de su taza de café hacia la mía. Sus ojos, que tanto parpadeaban hacía un momento, estaban llenos de angustia. Pobre hombre, sentía remordimientos por no haber arruinado su vida cuidando a su mujer cuando esta enfermó, por no haberse convertido en un héroe de los servicios sociales y del sistema sanitario haciendo su propio servicio por el estado de bienestar.

—Ni siquiera voy muy a menudo —dijo Valtonen en voz baja—. No puedo..., no soy capaz de tratarla con naturalidad. Seija no me reconoce.

El último giro en el largo matrimonio de Valtonen había sucedido hacía algunos años, cuando su mujer, tomándolo por un enfermero, le había presentado a su prometido, un tal Raimo. El novio estaba tan perdido como la novia y su amor era apasionado. Pero Seija no estuvo prometida con Raimo durante mucho tiempo, ya que lo olvidó tan rápidamente como se había comprometido con él.

—Ha tenido muchos amores de estos, pero el actual, un tal Erkki, lleva en escena ya más de seis meses. Les he prometido que estamos buscando una vivienda para que se vayan a vivir juntos.

Nos reímos los dos a carcajadas. Valtonen había permitido generosamente la relación de su mujer. Seija era inaccesible, y él ya ni siquiera sentía celos por

una persona que se había convertido en una completa desconocida.

—Raimo, el primero, me dolió bastante, pero, poco a poco, comprendí que, si Seija no tiene ninguna imagen de nuestra vida en común, yo también debo comportarme al respecto como si..., como si la hubiera perdido. Solo es un recuerdo, un recuerdo bonito.

—Precioso —dije agriamente, y Valtonen me miró con asombro.

No me tomé la molestia de abrirme del mismo modo que él. Solo declaré que lo primero que se me venía a la mente no eran precisamente recuerdos bonitos. Valtonen fue muy comprensivo y me aseguró que, algún día, recordaría todas las cosas buenas de Olli. No tenía ni idea.

Joder, y yo que había creído que Olli bebía porque su trabajo como abogado era muy duro. Relacionarse con criminales insensibles consume al hombre de tal forma que este empieza a beber. Me avergüenza haber sido tan ingenua como para engañarme a mí misma. «Mi marido, al parecer, es tan terriblemente sensible que no soporta el mal en el mundo».

Al principio, Olli bebía de forma civilizada todas las noches, para relajarse, como en las series inglesas de la tele. Todos los días borracho, maldita sea.

Empezó a parecer un desconocido cuando estaba sobrio. El mundo se encogía. Olli volvía de trabajar, no decía una palabra, no me dirigía la mirada y vaciaba la primera cerveza en la cocina, con el abrigo puesto delante de la nevera. Abría la segunda botella y colgaba el abrigo en el perchero. Joder, dejó de hablar conmigo mucho antes de que el infarto cerebral afectara a su capacidad de habla.

Pero se ocupaba de su puto trabajo, salía cada mañana hacia la oficina oliendo a aftershave y con la camisa que yo le había planchado. ¡En coche, joder! ¡Y nunca fue descubierto! Para mí, mantener su reputación era también un infierno. Siempre había alguien diciendo lo encantador y maravilloso que era Olli. Podría haberles dado un puñetazo a esas mujeres, porque siempre eran mujeres.

—Hiciste bien en no dedicarte a cuidar a Seija —le dije a Valtonen cogiéndole la mano, que parecía indefensa al lado de la taza de café. Era una mano grande y cálida.

—No sé, no sé —respondió Valtonen, con algo de afonía en su voz grave—. No tenía la naturaleza que ello exige. No sabía amar de esa forma.

—No se trata de eso. Los cuidados familiares son esclavitud. Son bondad e ignorancia. Porque no sabes dónde te estás metiendo ni qué opciones tienes. Porque no sabes tomar decisiones difíciles, ya que tienes mala conciencia, angustia y una preocupación constante. Y acabas así.

Valtonen me miró con ternura y me apretó la mano. Era una buena sensación: me apretaba con una fuerza masculina de un modo que no recordaba haber experimentado nunca.

—¡No puede ser cierto! Apenas se ha enfriado el cadáver, ¡y ya le estás quitando los hombres a otras!

Pike estaba de pie junto a la puerta de la tienda ortopédica, pero su voz retumbó en un radio de un kilómetro. La gente volvió la cabeza e inclinó la espalda para escuchar los susurros de las mesas de la cafetería. Valtonen retiró rápidamente la mano de la mesa y yo me quedé petrificada. ¿Cómo era posible que la obscena y maleducada de Pike siempre consiguiera hacerme sentir culpable? ¿Por qué narices se presentaba ahora a interrumpir nuestro café? Joder, cuando apenas nos habíamos abierto tímidamente al infierno de nuestras vidas, del que Pike ni siquiera entendería lo celestial.

Atravesó la cafetería llamando la atención con su ropa estridente, con su pelo de tonos otoñales meciéndose de un lado a otro. No había huella alguna de sus problemas de cadera cuando caminaba mirando a su alrededor como si fuera la estrella de un desfile de moda.

—He devuelto el bastón, ¿quieres el dinero? —le dijo a Valtonen, que agachó la mirada como si lo acabaran de pillar en su mayor pecado. Además de la compra del bastón.

—Quédatelo —respondió con resignación.

Pike se dejó caer en una silla y miró a su alrededor, preguntándose por qué nadie venía a atenderla.

—Autoservicio. ¿Qué quieres? —preguntó Valtonen, y salió con tal predisposición a buscar un capuchino y un coñac que pareció que estaba huyendo.

—¿Qué? ¿Cómo te va la vida de viuda? —preguntó Pike con una sonrisa—. Me gusta tu pelo.

Entonces hablamos de las peluqueras y de las clases de italiano, de la pulsera médica digital de Hellu, de las series policiacas británicas de la televisión y de películas nuevas, durante tanto tiempo que Pike quiso ir a un restaurante de verdad. Valtonen fue con ella, pero a mí ya no me apetecía. El café de esa tarde no había cumplido con mis expectativas, y la decepción hizo que me sintiera cansada y vieja. Era culpa mía, por imaginarme cosas que no existían.

9

Marko y Susanna me hablaban de forma más lenta y clara cada semana. A veces, su pánico producía también arrebatos extraños. Me acariciaban las mejillas y me daban palmaditas aquí y allá. ¿Era por lástima? ¿Por compasión hacia mí, que caminaba tambaleante hacia la muerte, una anciana solitaria sin la compañía diaria de su magnífico padre?

Me llamaban con angustiosa frecuencia. Empecé a sospechar que habían acordado turnos para telefonar y controlar que no me fuera debilitando y convirtiéndome, sin que ellos se dieran cuenta, en una paciente de alzhéimer que abría las puertas y las cuentas bancarias a los timadores como una boba. Durante dos semanas, llevé un registro de las llamadas, hasta que me quedó claro el sistema. Susanna llamaba los lunes, miércoles, viernes y sábados, y alguno de mis nietos se encargaba de los martes y los jueves; las llamadas eran cortas y fastidiosas. Marko se ocupaba solo de los domingos, ya que los cuidados, al fin y al cabo, no eran un trabajo adecuado para un hombre.

—VETE A DORMIR, CARIÑO —gritó Susanna al teléfono por la noche, a las ocho—. Mañana hemos quedado con Marko. ¿TE ACUERDAS?

No se debe comprobar la puta memoria de alguien. Especialmente, la de una persona con problemas de memoria. Es puro sadismo eso, preguntar si te acuerdas y mirar de forma burlona: «Qué estará diciendo, si no se acuerda...».

Cuando Marko olvida el teléfono sobre la mesa, la lista de la compra en casa,

las llaves del coche en la taquilla del gimnasio y el cumpleaños de su mujer, todo el mismo día, solo es un hombre de éxito. Ni una palabra de la puta memoria. Es muy importante ese hombre que tiene un reloj de pulsera con brújula y un micrófono en la oreja, se pasa la vida de reunión en reunión y no tiene en la cabeza más que las visiones estratégicas de los próximos cuatro años.

¡Y Susanna! Siempre ha querido ser un poco artista y científica a la vez, y por eso admira los síntomas de la falta de desarrollo, como el olvido, los sentimientos volubles y la egolatría. Cuando Susanna olvida que hemos quedado, me dedica un infernal torrente de gritos. Apela a la urgencia de su trabajo y a las horas extra no remuneradas, a la exigente rutina como criadora de un perro, a sus dificultades para conciliar el sueño y a la última pelea con su vieja madre, es decir, yo, que no olvido nada, joder, ni siquiera todo aquello que me gustaría olvidar.

Marko y Susanna querían quedar conmigo «en el centro tranquilamente», lo que significaba que íbamos a comer una horrible ensalada en el centro comercial sin perros ni niños. Susanna llegó tarde porque había olvidado que habíamos quedado y se había ido al masajista.

—Se me va la cabeza; tengo muchas cosas en mente. Tengo el cuello entumecido.

El teléfono de Marko destellaba y vibraba de un lado a otro de la mesa, pero como mis hijos querían hablar en serio, Marko reaccionaba al artilugio únicamente una de cada tres veces, cuando se daba cuenta de que alguien seguía tratando de ponerse en contacto con él.

—Así son las cosas —dijo, y Susanna y yo nos quedamos mirando fijamente nuestros platos de verduras ralladas—. Así es como funciona. Más o menos dentro de una hora en el trabajo. Así es. Au revoir.

Me quedé totalmente horrorizada.

—¿Has dicho «au revoir»? ¿Te crees que estás en Francia?

—¿Eh? —Marko tenía la mirada vacía.

Si hubiera tenido setenta y cuatro años, habría sospechado que sufría demencia.

—Mamá, no te burles de Marko —dijo Susanna.

Mi hija y yo habíamos intercambiado los papeles. Mis hijos de mediana edad creían que eran responsables de mí, de adoptar las tareas de mi cuidado; a veces, incluso, de mi educación.

—No me quiero enrollar demasiado. —Marko acababa de lanzar su tercer au revoir a algún subcontratista con un sueldo excesivo—. Pero la cuestión es que hay que arreglar tus asuntos.

¿Mis asuntos? ¿Estaba mi hijo hablando de dinero y, por lo tanto, de sus propios asuntos? ¡La herencia, de qué si no!

—¿Qué medicación tomas? —preguntó Marko, y se mostró orgulloso de su propia valentía al sacar esa carta.

—No tomo ninguna medicación —respondí honestamente.

O sea, que no hablábamos de la herencia. Intenté reír despreocupadamente, pero sonaba como una anciana insegura con problemas de memoria.

—CARIÑO, ¿cómo que no? ¿Y las pastillas para dormir con las que siempre estás dando la lata? —gritó Susanna.

—Eran para vuestro padre —contesté fríamente. Le recordé a Marko su medicación para el colesterol y le pregunté maternalmente a Susanna por su tensión alta—: ¿Has considerado la medicación?

—AY, QUERIDA. No te preocupes por nosotros. Ahora vamos a hablar de ti —respondió Susanna enfadada.

Vi cómo su tensión se elevaba hasta niveles peligrosos. Eran los genes de Olli.

—Mamá, tienes que relajarte —dijo Marko, ajustándose la corbata—. Vamos

a poner tu vida en orden. Últimamente has estado un poco como fuera de tu zona de confort.

Se trataba, per se, de una buena noticia, que Marko y Susanna no hubieran estado organizando ponerme bajo custodia de los servicios sociales para echar mano de la herencia. Solo querían que tuviera un final de vida agradable, y consideraban que eso se conseguiría con la medicación adecuada. Pregunté bromeando hasta qué edad creían que viviría. Mis hijos se pusieron visiblemente nerviosos, porque el cambio de tema era un síntoma de confusión, puede que hasta de estar agotando las ganas de vivir. Por suerte para ellos, existían productos químicos para solucionarlo.

—Eh, oye... ¿La abuela no vivió hasta muy vieja? —comentó Susanna riendo nerviosamente.

Mi madre había muerto a los setenta y dos años, algo más joven que yo ahora. Tuvo un ataque al corazón mientras iba en trineo a comprar; no hubo tiempo de llegar al hospital central para arreglar un problema de desgaste. Ya no se muere uno de un ataque al corazón. Se vigila a la gente y se le instala una pieza de repuesto tras otra, hasta que nos empezamos a preguntar qué hacer con todos los que pasan de los noventa y cinco años. Puede que Pike también tuviera un marcapasos; de Valtonen solo sabía que sus rodillas eran de plástico y su cadera de titanio. Hellu era naturalmente orgánica pura, ya que había empezado a preocuparse por su salud cuando todavía no estaba de moda.

Pero mis hijos recordaban a su abuela como una vieja decrepita. Se quedaron azorados cuando les conté la verdad: que la abuelita, cuando murió, tenía dos años menos que yo ahora. Tras un momento de silencio, Marko volvió, con los puños apretados, al orden del día.

—Y también queremos saber si tienes un testamento vital.

—No. Tampoco tengo voluntad vital anticipada —respondí despreocupadamente—. Así es como se llama.

—Deberíamos ocuparnos de eso también... —comentó Marko suspirando, como si fuera un enfermero enterrado bajo un montón de tareas pesadas.

—¡Ay, yo no necesito una voluntad vital! Confío en el hecho de tener hijos sabios —dije riendo sin proponérmelo.

Mis sabios hijos empezaron a sermonearme sobre las realidades de la vida, todo lo que habían encontrado en internet al buscar la palabra «anciana». Me pintaron un futuro de lo más horrible, empezando por la demencia, que te atacaba repentinamente, pasando por diferentes enfermedades degenerativas para las que la medicina no tenía cura, y terminaron con la socialmente costosa vigilancia intensiva y la infrahumana alimentación forzada, sin olvidar la muerte cerebral, que en Finlandia no se consideraba defunción.

—... para que no tengamos que tomar decisiones difíciles...

—... el ángulo de incidencia social, ya que es extremadamente costoso...

—... estamos pensando en ti, para que no tengas que sufrir de forma innecesaria...

—... es pan comido; en internet hay formularios...

—... puedes poner tus deseos: si quieres, por ejemplo, que coloquen nuestras fotos en la mesilla...

—... y firmas ahí.

Mis hijos no tienen ni puta idea de cómo se organizan estas cosas, qué hace falta, por ejemplo, para que un cuidador familiar obtenga la mísera ayuda social a la que tiene derecho. Por cada puto somnífero, silla con orinal, pijama-pañal y recibo del taxi hay que luchar con comprobantes, formularios, copias y dictámenes médicos. Maldita sea, me siguen dando escalofríos cuando pienso en cómo pudo Olli estar dos semanas sin somníferos, porque su médico de cabecera se había ido de vacaciones y a la licenciada inmadura del centro de salud que lo sustituía se le metió en la cabeza que a los ancianos no hay que recetarles somníferos para consumo a largo plazo.

Joder, cómo le grité a la niñata cuando, por fin, conseguí contactar con ella por

teléfono.

—¡Ven tú misma a velar mientras otra persona se pasa toda la noche gritando sin parar!

Así solucioné el asunto: un minuto después, la receta estaba en la base de datos electrónica de la farmacia.

Miré el papel de Marko. Mi hijo, un hombre aplicado, había encontrado en algún sitio hasta mi número del documento de identidad y había escrito la voluntad vital libremente, con sus propias palabras, en lugar de conformarse con el formulario preparado, que era pan comido. ¿Era esto el amor por los seres queridos? Saqué con deliberada lentitud mis gafas de leer; hice como que buscaba, aunque sabía que estaban en el bolsillo lateral, cerrado con cremallera. Durante ese tiempo, Marko tamborileó sobre la mesa y Susanna fingió toser.

—Ay, no sé qué me ha dado alergia para toser de esta manera. Cof, cof.

Me puse las gafas sobre la nariz, me recliné hacia atrás y empecé a leer la muestra de amor de mis hijos hacia su anciana madre. Deseaban que yo determinara que, durante mis cuidados, no se utilizaran tratamientos para prolongar la vida de forma artificial. Querían que permitiera el uso temporal de los medios anteriormente mencionados para mitigar, o incluso eliminar, los síntomas graves. Daban por supuesto que solo acabaría en cuidados terminales si tras una evaluación razonada se podía estimar que tendrían un mejor resultado que la prolongación de la vida.

«Si un tratamiento iniciado con esperanza resulta no tener efecto, deberá cesarse inmediatamente», terminaba esta desgarradora redacción.

Intenté sonreír ante esa chapuza de forma tan lisonjera como si fuera un guante de cocina, una escultura de pasta de papel, unos ejercicios de matemáticas o una función infantil de Navidad.

—Ay, qué monos —dije, subiéndome las gafas a la cabeza, de modo que los

mechones castaños salieron por los bordes de forma sexi hacia la frente—. ¿Tanto miedo os da que os toque decidir por mí cuándo voy a morir?

A Marko se le hinchó tanto la vena de la frente que temí que él fuera el primero de nosotros en probar la eficacia de la voluntad vital en una situación de emergencia. Por supuesto, Susanna no fue capaz de guardarse sus sentimientos, sino que empezó a gritar y a agitarse, por lo que tuvo que levantarse y su plato de zanahoria rallada voló hacia el suelo. La familia con niños que acababa de llegar al mostrador de la comida se hizo horrorizada a un lado, contempló la pataleta de mi hija y salió del restaurante. Sin pensárselo, dejaron las semillas, acompañamientos y condimentos que ya se habían servido en el plato.

—¿Tienes que hacer esto aún más difícil?

Mi hija pensaba que estaba haciendo una gran obra de caridad al ofrecerme la oportunidad de negarme a los tratamientos cuando estuviera en estado de decrepitud, y no podía entender por qué yo nunca pensaba ni un poquito en alguien que no fuera yo misma. Marko hizo callar hábilmente a su hermana.

—¡Siéntate!

Susanna se dejó caer sobre la silla, impotente, y empezó a llorar. Marko no le prestó atención, y yo no sabía qué hacer con mi hija adulta.

—Muy bien —acabé diciendo, ya que había que solucionar esto de alguna manera.

Prometí redactar mi voluntad vital anticipada a condición de que Marko y Susanna hicieran la suya. Me resultaba absurdo imaginar que alguien tuviera que decidir por ellos sobre cosas tan difíciles. Además, no podía dejar de mencionar un par de incidencias en su escrito.

—Este papel es jurídicamente muy impreciso.

Esto iba para Marko, que se lo tomó como una gran ofensa. «El uso temporal», «una evaluación razonada» y «un mejor resultado que la prolongación de la vida» eran expresiones espantosamente ambiguas. Si el objetivo de esta

declaración era liberar a alguien de la responsabilidad total en decisiones difíciles y el caso desembocaba en una discusión, habría dificultades.

—Y esto del «tratamiento iniciado con esperanza» es una expresión risible.

Eso se lo dije a Susanna, que se puso roja al reconocer su propia frase.

—Di «optimista», si quieres poner algo así en tu propio testamento vital.

Como colofón, prometí renunciar a mi derecho egoísta de no pensar en mi propia muerte y liberar a mis desinteresados hijos de la responsabilidad general de cualquiera de los asuntos relacionados con mi vida. Podríamos reunirnos para comparar las voluntades vitales incluso mañana, si les venía bien.

—Ah, no, mañana no. Mañana tengo hot yoga —dije, solo para que se sorprendieran—. Ya sabéis, agilizar los músculos sexuales y esas cosas.

Susanna me miró como si estuviera tragándose el vómito, y Marko metió con una prisa horrible los papeles en su mochila de montañero mientras se ponía el teléfono en la oreja. Era imposible saber si me estaba hablando a mí o a algún subordinado.

—Así es como funciona, sí. Au revoir.

10

Las tardes ya eran oscuras cuando fui con Pike al concierto en la Casa de la Música de Helsinki. Pike también era experta en esto. Yo no sabía cuándo había estado por última vez en un concierto. Con Olli no teníamos la costumbre de ir nunca a ningún sitio, y, cuando quedó a mi cargo, me resultó imposible. Hellu hacía tiempo que tenía el abono, y Pike había empezado en algún momento a ir con ella. Pero ese día Hellu tenía otra compañía. Un hombre, por supuesto, ya que no nos había contado exactamente quién era. Así que a Pike y a mí nos entró un repentino interés por la música orquestal rusa del siglo XX. Acordamos encontrarnos en el mostrador de información de la Casa de la Música, en la parte de abajo de las escaleras.

«No es tan fácil entrar. Justo en la puerta empieza un juego de caídas, cuando miles de personas se empujan al mismo tiempo para pasar por las puertas giratorias», me había indicado Pike. «Y entonces vienen las endiabladas escaleras. Allí se dislocan muchas rodillas y caderas».

Sí que había atasco en la Casa de la Música. Algunos hacían cola para comprar entradas, otros estaban dejando los abrigos en el ropero, y ambas manadas chocaron entre sí, provocando una marejada. Estuve bastante tiempo haciendo cola para el ropero y, cuando al fin llegó mi turno, ni siquiera pude dejar el abrigo porque no tenía una moneda de dos euros. ¿Por qué narices tenía que pagar por dejar el abrigo? No recordaba haber tenido nunca que pagar en el teatro por ese servicio. ¿No lo podían haber sumado al precio de la entrada? El vigilante de seguridad había oído esas preguntas antes y me aconsejó amablemente que fuera al otro lado de la sala, donde había una

máquina y el pago de dos euros podía hacerse con tarjeta. Así que allí fui, abriéndome paso entre la muchedumbre. Pero resultó que la máquina estaba temporalmente fuera de servicio. «Actualización en marcha», se leía en la pantalla. Éramos muchas personas las que estábamos allí enfadadas gritando con el abrigo puesto, y un joven vigilante nos dijo que el ropero se podía pagar por teléfono llamando a un número, del que recibiríamos un mensaje de texto. Ese mensaje servía de recibo para el ropero. Llamé. La llamada costó tres euros y veinte céntimos. Volví a la cola de los abrigos con el teléfono en la mano. Pero, cuando llegó mi turno de dejar el abrigo, no había ni rastro del mensaje de texto. El vigilante me miró, desconcertado.

—Igual si llama otra vez... —propuso.

Llamé. Detrás de mí se formó una cola más larga y más ruidosa que la anterior. Pagué por segunda vez tres euros y veinte céntimos por la posibilidad de dejar mi abrigo en el ropero. El tono de aviso para ir accediendo al interior de la sala sonó por encima de la multitud y supuse que Pike, al no verme llegar, ya se estaría poniendo nerviosa delante del mostrador de información. ¿Por qué no me había advertido sobre el ropero? Las escaleras y las puertas giratorias las había superado sin problema.

Ni rastro del mensaje de texto. Aunque el vigilante había visto cómo llamaba al servicio de pago, no podía coger mi abrigo sin el mensaje de texto.

—Es la política de la empresa.

Estaba a punto de romper a llorar cuando una agradable voz masculina detrás de mí se ofreció a pagar el ropero a la señora. Miré sorprendida hacia la voz. Allí estaba un hombre con aspecto extrañamente familiar, con cabello gris y buena presencia, pero no conseguía recordar quién era. No me atreví a preguntar, no fuera a ser algún aburrido colega de Olli o bien un antiguo locutor del telediario o el primer ministro, en cuyo caso habría revelado mi completa estupidez al imaginarme que era un conocido. Le di las gracias humildemente y seguí a lo mío.

La cara de Pike brillaba de sudor cuando, finalmente, aparecí donde habíamos quedado. Ya le había dado tiempo a pensar que había sufrido un ataque y estaba tirada en el suelo de Keijumäki.

—¿No es un pensamiento terrible, morir así, sufriendo sola?

En mi opinión, no lo era. Prefería morir en casa, con toda tranquilidad, a tener que ir en ambulancia a urgencias, de vuelta a casa, de vuelta a urgencias, de urgencias al hospital y, de ahí, a la sala de camas del centro de salud.

—Así es la muerte actualmente —terminé mi visión—. Llevar al paciente de un lado a otro hasta que muere.

Pike se rio alegremente. Sus pasos sonaban con estruendo, ya que se había puesto los tacos antideslizantes con mucha antelación, antes de que helara. Aunque tampoco era la única asistente al concierto que utilizaba las trampas para osos antes de temporada.

—Es una medida de seguridad, ¿entiendes? No tiene nada que ver con la edad. Todos deberíamos utilizarlos en condiciones peligrosas. Al fin y al cabo, los huesos jóvenes también se rompen cuando acaban en el asfalto.

Viajamos con el resto de la masa hacia el interior de la sala. La gente se congestionaba y un vigilante con auriculares urgía a los canosos espectadores asiduos a la orquesta a entrar con rapidez. Seguramente obraba según la política de la empresa.

—¡Vamos, gente, entrando, que es gerundio!

En mi opinión, nuestros asientos estaban demasiado arriba, pero Pike aseguró que estábamos, oficialmente, en el patio de butacas. Era algún tipo de saliente estrecho. Estaba contenta de no haberme puesto una falda, como Pike, ya que desde la tribuna inferior había una vista magnífica de nuestra entrepierna.

—Me he puesto unas bragas de satén rosa. Que miren las abuelas con envidia y los abuelos con deseo, jji, ji, ji! —Pike buscó con la mirada a Hellu en su sitio habitual—: Joder, Hellu tiene un hombre a cada lado. ¿Cuál de ellos es su elegido? ¿El de gafas o el gordo calvo?

Hellu no nos veía ni por casualidad, pero tampoco hablaba con ninguno de sus vecinos de asiento. Podía deberse a que el director de la orquesta ya estaba en el escenario, inclinándose en todas direcciones. Pike no dejó que el silencio

que reinaba en la sala influyese en su valoración pericial sobre las opciones de Hellu.

—El cuatro ojos es un siete y medio, no tiene ninguna tara en especial —dijo elevando innecesariamente la voz. La pareja sentada a mi lado nos miró con indignación—. El gordito es solo un seis. Tiene algo que no me gusta; parece muy tenso.

Nuestros vecinos empezaron a chistar con el dedo en los labios, como si fuéramos niñas. Puede que lo fuéramos.

La sala era un agujero oscuro y profundo que recordaba a una mina de carbón. Al fondo brillaba un escenario de un antinatural color blanco en el que los músicos parecían una colonia de hormigas. Los contrabajos y los violonchelos sonaban a lo loco, sin ningún otro indicio de estar trabajando. Los instrumentos de metal barritaban de forma tan fuerte que tapaban el sonido de todos los demás. Primero tocaron un conocido y breve preludio de ópera; después fue el turno de la joven violinista solista. Su forma de tocar parecía muy agradable, y me llamó especialmente la atención que tocara descalza. Pike dijo que era una moda.

En el intermedio, hicimos cola con otros jubilados que se daban codazos unos a otros en la complicada escalera para salir, acompañados por los gritos del vigilante hasta la cola del bar. Justo cuando nos tocaba pedir, el timbre de aviso empezó a llamar a la multitud para que volviera a entrar. Cogimos dos copas de vino blanco, que costaron más que dos botellas en el Alko, y solo tuve tiempo de beber un sorbo. Pero Pike opinaba que el vino no podía quedarse sin beber.

—¡De un trago, Ullis!

Pike ya se había bebido el suyo y me miraba impaciente. Tragué el vino rápidamente, sin pararme a respirar. Fuimos tambaleándonos hasta nuestros asientos y el concierto continuó. Me entró hipo, un horrible y ruidoso hipo que me sacudía todo el cuerpo; cuando se me pasó, empecé a quedarme dormida. Alguna sinfonía sonaba desde el fondo del pozo. Me despertaban los timbales, lo cual era agradable, puesto que siempre me habían gustado los tambores. Pike empezó a roncar en mitad de una parte lenta y no se despertó ni con los

aplausos. Le di golpecitos hasta despertarla y las dos aplaudimos con entusiasmo hasta que terminó todo. El director de orquesta corría de un lado para otro haciendo reverencias. De pronto, me di cuenta de que Hellu se había girado hacia la izquierda.

—Uh, uh, el caballero es el gafotas —informé aliviada.

Los jóvenes susurradores sentados a mi lado menearon censuradoramente la cabeza.

Pike quería ir a un bar después del concierto, pero yo no tenía ganas. El autobús se iría enseguida, y, si no llegaba a tiempo, tendría que esperar una hora.

—¡Buena mujer, a ver si dejas ese lugar perdido de la mano de Dios y te vienes a la ciudad! —dijo Pike con voz ronca, y expresó su deseo de que perdiera el autobús. Entonces, ella tendría compañía para ir de bares—. Valtonen también está por ahí: me llegó un mensaje suyo en medio de esa sinfonía interminable.

—¡Así que eso es lo que sonaba! —dije mordazmente.

Nos despedimos; al día siguiente nos veríamos otra vez en clase de italiano. A Hellu solo la vislumbramos fugazmente en la distancia, saliendo de forma apresurada agarrada del brazo del hombre con gafas, sin mirar a los lados, para no tener que vernos.

Cuando el vigilante me dio mi abrigo, faltaba la bufanda que había metido en la manga, una preciosa bufanda de cachemira que había comprado hacía poco. Seguro que se había caído al suelo o se había quedado en la estantería de los sombreros, pero eso al vigilante no le interesaba, ya que la política de la empresa dictaba otras órdenes.

—Los objetos perdidos están en el mostrador de información; puede dirigirse allí.

—Pero ¿cómo va a haber tenido tiempo la bufanda de ir desde el ropero hasta la oficina de objetos perdidos en una tarde? —pregunté, aunque sabía lo que

respondería el vigilante.

—Es la política de la empresa.

Me abrí camino entre los adultos maduritos hacia el mostrador de información, al otro lado de la sala. Allí había una chica con aspecto aburrido mascando chicle, que se había maquillado hasta parecer un cadáver. Se mostró extremadamente sorprendida cuando le hablé de mi bufanda.

—¿Cómo? ¿Gris? Aquí no hay nada —dijo, y sacó de una caja de cartón bufandas rojas, guantes negros y unos enormes pantalones de lana.

Le di las gracias a la chica y volví a abrirme paso hacia el chico del ropero. Estaba ya bastante enojada y le grité abiertamente al vigilante. También le habían dado instrucciones para estas situaciones.

—Un momento; voy a buscar al encargado.

Todo el mundo me miraba. Estaba obstruyendo toda una cola que ya avanzaba de forma muy lenta por una risible bufanda. El encargado era aún más joven que el vigilante, y ahora estaban de pie, delante de mí, como chavales ante una reprimenda del director del colegio. Grité y exigí mis derechos, y me acordé de mencionar que había pagado por ese chapucero servicio un total de seis euros y cuarenta céntimos con las llamadas.

—Puede venir mañana a preguntar por la bufanda —propuso el encargado cuando tuvo oportunidad de hablar.

No acepté, desde luego. Y una mierda iba yo a viajar desde Keijumäki otra vez, con un billete de dos zonas, y otro de vuelta, solo para ver cómo un nuevo vigilante me ofrecía unos pantalones de lana de la caja de cartón del mostrador de información. El vigilante y el encargado no parecían saber qué hacer, puesto que ya no tenían instrucciones que seguir. Desgraciadamente, mi enfado también empezó a perder vitalidad. No sabía qué exigir. Tampoco es que pudieran invocar a mi bufanda.

—¿Es esta su bufanda? —El barbudo locutor del telediario o el compañero de trabajo de Olli sacudió mi bufanda mientras sonreía divertido—. La habían

puesto en la manga de mi abrigo —dijo mientras me la entregaba.

El vigilante y el encargado desaparecieron sigilosamente y yo me envolví en la bufanda, avergonzada. Mira que enfadarme de ese modo con personas inocentes. Seguramente el hombre misterioso había visto y oído todo y ahora se estaba riendo de mí con su mujer. ¿Acaso le había dado las gracias al exministro por su ayuda? No lo veía por ninguna parte; había desaparecido de la entrada de la Casa de la Música entre la corriente humana, que cada vez era más numerosa. El perfume de la loción para el afeitado del hombre se había impregnado en la bufanda de cachemira. Al inhalarlo, se despertó una extraña y fuerte sensación; sentí que me embargaba un enorme bienestar, pero no sabía por qué.

11

Es una situación de emergencia, mamá... Sí, cariño —empezó Marko cuando me llamó, aunque era martes. Por eso supe que iba en serio—. Gota y Musgo actúan hoy en algún lugar en la residencia de ancianos de Kamppi, y ni Petriina ni yo podemos ir a grabarlos. ¿Podrías ir tú?

El doble premio de Marko, lo que el consideraba su segunda temporada, pasaba en el jardín de infancia diez horas al día, además de ir a no sé cuántas actividades extraescolares. Los mellizos iban a música, gimnasia acrobática, pintura con acuarelas, habilidades expresivas y a saber qué más. Con todo aquello, Marko y Petriina se aseguraban de no tener que ver nunca a sus hijos despiertos. Lo malo era que todas esas actividades extraescolares venían acompañadas de actuaciones, fiestas y recaudaciones de fondos, que echaban por tierra la agenda familiar tan cuidadosamente confeccionada.

—Tengo entrenamiento de hockey sobre hielo y Petriina tiene clase de spinning. Es pan comido: vas a la residencia de ancianos en taxi y grabas la actuación en vídeo —dijo Marko, y entonces recordó que estaba hablando con una anciana de capacidades limitadas—. ¿SABES GRABAR EN VÍDEO? ¿CON EL MÓVIL?

Lo más importante en una actuación infantil es grabarla, aunque nadie ha visto nunca esos bailes de duendes ni esas obras de Navidad grabadas con manos temblorosas, en las que el llanto de una madre conmovida tapa las voces de los niños y la música. Era suficiente con que el vídeo se muriera de asco en algún viejo ordenador de la familia. Como abuela, yo me había convertido en una maestra de las grabaciones. Para eso no necesitaba que me enseñaran, al

contrario que con el mando de la televisión. Al principio, había grabado las hazañas de la primera temporada de Marko en cintas de vídeo cada vez más pequeñas, que Susanna tiró en su frenesí de limpieza cuando murió Olli; después, en tarjetas de memoria, que acabaron en la misma bolsa de la basura, y ahora grabaría los jaleos de estos mellizos en la nube, donde estarían merodeando incluso después de que un asteroide chocase con la Tierra y solo quedaran con vida las bacterias y las cucarachas.

—Te subo el archivo a Google Drive. O a Dropbox. O a iCloud, Picasa..., donde quieras —le dije a Marko.

—Ah... Sí. Es verdad..., tengo que preguntarle a Petriina qué es lo que usa.
—Explicó que tenía prisa, como si no me hubiera dado cuenta de que se oía de fondo un incesante martilleo de teclas—. Ah, sí, y si te pudieras quedar con los mellizos hasta las ocho... Petriina irá entonces a recogerlos. ¿O quieres que se queden a dormir?

Maldita sea, ¿es que no pueden hacer el más mínimo esfuerzo cuando se trata de sus propios hijos? Sus aficiones y caprichos relegan las fiestas de sus hijos a un segundo plano. En esto Marko se olvida por completo de lo que fue su infancia. Como una santa mártir estuve yo ahí sentada durante cada uno de sus partidos y fiestas de primavera, sin vídeo, me encargué de los cafés en las tardes de padres y de organizar los trabajos voluntarios de recaudación para los campamentos escolares.

Joder, había sido con mi presencia la típica madre activa y tocahuevos a la que otros criticaban, la primera que se presentaba voluntaria cuando había que ayudar a los vendedores a transportar paquetes de papel higiénico o cuando necesitaban a alguien que friera las salchichas en las competiciones de esquí. Pero de eso tampoco se habían dado cuenta mis hijos, siempre tan centrados en su propio y puñetero éxito.

—No quiero, gracias —contesté con sinceridad.

Marko mantuvo un silencio dramático.

—¿Mamá? ¿Va todo bien?

—Sí. Pero no puedo seguir hablando; tengo que ir al centro de día de Kamppi.

—¿Por qué?

—Porque empieza la actuación de alguno de tus hijos.

—¿El centro de día? ¿Así se llama?

—Sí. ¡Ya te llamaré!

No era la única abuela a la que le habían ofrecido un rato de entretenimiento con las aventuras de los gladiadores de Kamppi. Los abuelos llenábamos la sala y, como expertos que éramos, pasamos al auditorio, nos plantamos en primera fila y preparamos nuestros dispositivos de grabación apuntando al escenario. Los más ambiciosos tenían un trípode para la cámara, situado desenfadadamente al lado de su bastón de tres patas.

A Gota y a Musgo no les gustaba actuar y no se movían mucho, al menos en el escenario. Los demás niños correteaban y saltaban con sus disfraces de animales con orejas y colas, aunque también había un niño vestido de princesa. El código de vestimenta parecía desenfadado. Musgo y Gota estaban de pie a un lado, a lo lejos, hurgándose la nariz al son de la música mientras yo grababa. En realidad, me limité a hacer zoom en la oscuridad hacia donde la élite de mis herederos observaba la actuación de los demás niños. De vez en cuando, cambiaba la música; entonces aplaudíamos al son, y los niños habrían tenido que balbucir sus líneas, pero la única voz que se oía desde la grada era la de la joven profesora del grupo, una chica tan guapa que los abuelos que habían ido obligados la grababan ansiosamente.

—Yo soy Gota, Gota —cantó la profesora, dando palmadas—. ¡Y yo soy Musgo, Musgo!

Se trataba de un juego de presentación para activar la individualidad, en el que el niño, al oír su nombre, tenía que girar de forma improvisada en la parte

delantera del escenario. Gota y Musgo parecían hacerse caca en los pantalones, pero la profesora no se desanimó, sino que tiró de los mellizos hasta situarse delante de los demás y bailó en su lugar mientras la coleta se le movía vigorosamente. Musgo y Gota no fueron capaces de hacer otra cosa que tragarse el llanto.

—¡Así salta Gota, Gota! ¡Y así salta Musgo, Musgo!

¿De verdad esa mujer tenía que repetir los nombres de los mellizos tantas veces? Intenté hacer como que no estaba grabando a esos niños, como si ni siquiera los conociera. Eché un vistazo a las pantallas de los demás y, lamentablemente, había muchos grabando la inhibición de mis nietos, nombres incluidos.

—¿Qué les ha pasado a Musgo y a Gota? ¿Tú eres Musgo?

«Han nacido dos pequeños milagros», fue el mensaje que envió Petriina desde el hospital cuando nacieron los mellizos. Joder, y yo aún no sé si Gota y Musgo son niños o niñas. Mi nuera número dos se inventó los nombres de sus pequeños milagros. Me mostró un puto atlas de géneros en el que había al menos diecisiete opciones. De ellas, había escogido para sí misma la número doce.

Era imposible buscar regalos de cumpleaños, ya que no podían tener ningún rasgo de género ni podían ser iguales. No se debe asociar a los mellizos, para que puedan tener su propia identidad en alguno de los diecisiete peldaños de la escalera. A uno un parchís, a otro un ajedrez: eso es lo que había terminado escogiendo, y recibí un jodido sermón de mi nuera, ya que, en su opinión, estaba encasillando a uno como más listo que el otro, puesto que el nivel de exigencia intelectual del ajedrez era muy diferente al del parchís.

—Solo un fósil conservador juega a un puto juego de mesa —añadió mi hijo.

Los mellizos lloraban a todo volumen en el escenario y la cuidadora no sabía

cuál era cuál. La guapa muchacha, sonriendo diligentemente, procedió a reunir a su rebaño, que empezaba a dispersarse por el escenario. Yo grababa. De pronto, la actuación se puso interesante. El niño vestido de princesa hacía hábiles piruetas, dos gatos empezaron a luchar y un cocodrilo golpeó a una mariquita en toda la cara. La mariquita se unió al coro de llantos de los mellizos y la profesora corrió hacia el niño del tambor, que empezó a golpear tan fuerte que el ruido casi tapó toda la cacofonía de la clase.

—¡Es hora de darle las gracias a nuestro fantástico público! ¡Es genial que hayáis podido venir! Y, ahora, todos los pequeños gladiadores podéis ir corriendo con mamá y papá o con la abuela y el abuelo, ¿vale?

La profesora abandonó un espectáculo magnífico a medias, lo cual era una lástima. Algunos niños reconocieron a sus abuelos, pero Musgo y Gota se quedaron de pie en el escenario, ya que solo ahora, cuando la función había terminado violentamente, empezaban a sentirse a gusto. Me resultó humillante. Cerré el móvil de un golpe y fui con energía a recoger a los míos de la picota.

—¡Ha sido una actuación maravillosa! —mentí a los mellizos.

Ellos me miraron aturdidos, ya que nunca había ido a sus funciones. La última vez que nos habíamos visto había sido junto al ataúd de Olli; ellos no tenían ni idea de lo que era eso ni de por qué tenían que vestirse con ropa incómoda y estar en silencio ante una caja de madera tapizada.

—¿Quién eres? —preguntaron.

—Soy vuestra abuela —respondí alegremente—. Me conocéis del funeral del abuelo.

—Ah, sí. —Me recordaban; al parecer, su padre les había hablado de mí—. ¿Dónde están mami y papi?

Uggg. ¿Así llamaban a sus padres?

—Trabajando —seguí mintiendo, porque los niños siempre se tragaban esa excusa.

Sabían que no era una hora del día o un festivo en el que sus padres no habrían ido a trabajar.

—¿Por qué has venido? —preguntó uno de los dos, de forma bastante justificada.

Si yo hubiera tenido que actuar en un evento similar, no habría querido que nadie viniese a verlo. La idea de una actuación sudorosa del ascensor con el grupo de gimnasia del sótano se presentó como una pequeña pesadilla en mi mente.

—Porque estaba por aquí cerca —se me ocurrió.

—Sí, y este lugar es una residencia de ancianos —señaló el otro—. Papi dice que te vas a mudar aquí.

—¿Por qué narices dice eso tu padre?

—¡Porque eres muy vieja! —gritaron los mellizos al unísono, casi muriéndose de risa. Lo gracioso no era que yo fuera una anciana decrepita, sino que no me había enterado de mi propia edad—: ¡Vas a morir pronto!

—¿Eso también lo ha dicho vuestro padre? —pregunté de forma innecesariamente mordaz, y me dispuse a buscar en el ropero las prendas que pudieran ser de los mellizos.

No fue difícil. Los demás niños estaban vestidos con prácticos monos aptos para la actividad al aire libre en Finlandia todo el año, las niñas en rojo y los niños en azul, pero en el perchero había solo dos abrigos poco prácticos de colores llamativos, y era imposible determinar si se trataba de ropa de niñas o de niños.

—¿Nos llevas al McDonald's?

Querían hamburguesas, ya que sentían que habían hecho algo grandioso y se habían ganado ese premio, así que lo más sensato era ceder. Es una de las ventajas de los abuelos: no es necesario tener la lógica de alguien que está criando a los niños, alguien que marca límites y pone los puntos sobre las íes,

sino que una se puede hacer la tonta y complacer a los niños.

Cruzamos el centro comercial de Kamppi y atravesamos el emocionante laberinto de cuevas subterráneas hacia Forum. Como los niños querían usar las escaleras mecánicas, acabamos en el patio de Kukontori, donde, en un arranque de espontaneidad, llevé a los cachorros a la tienda de juguetes y los dejé elegir lo que quisieran, ya que habían destrozado heroicamente toda la actuación de la guardería. Corretearon hacia la sección de armas y eligieron dos enormes fusiles de asalto exactamente iguales.

—Son geniales —dije, y pagué en efectivo.

El apoyo es la piedra angular de toda educación.

Haciendo sonar sus armas, los mellizos me guiaron hacia la hamburguesería y pidieron el Happy Meal. Más mierdas de plástico, qué le íbamos a hacer; no era mi planeta el que iban a destrozarse con sus elecciones. Uno de ellos eligió un monstruo verde claramente destinado a los niños, y el otro quería una masa viscosa igual de masculina.

—¡Qué juguetes más guais! —grité, y llevé la bandeja de comida basura a la mesa de los niños peligrosamente armados.

Empezaron a comer como si nunca lo hubieran hecho antes.

—En la guardería nos dan un puré horrible —explicaron.

—Es una plasta.

—Quizá sean caballitos de mar fritos.

—Qué niños más avispados —los alabé de forma alentadora, también para su propia sorpresa, cuando se lo terminaron todo.

—¡Abuela! No somos niños —gritaron, y casi se ahogaron de la risa otra vez.

—¿Entonces qué sois, chiflados?

—Sí. Eso somos —dijeron los mellizos mientras jugaban con su monstruo y su

masa viscosa.

De pronto, Pike y Valtonen pasaron caminando por Mannerheimintie por delante de la hamburguesería. Deseé que no me vieran, pero fue un deseo inútil. El ojo de halcón de Pike reparó en mí, y en un momento estaban los dos dentro.

—¡Hostias, Ullis! ¿Qué diablos haces aquí?

Musgo y Gota se miraron el uno al otro, muy conscientes de que la abuela desconocida de pelo extravagante había utilizado palabras obscenas. Entusiasmados, empezaron a repetir «hostias» y «diablos» mientras yo explicaba dónde habíamos estado.

—¿Y estas damitas son tus nietas? —preguntó Valtonen extendiendo la mano para que Musgo y Gota se presentaran.

Pero ellos se rieron de tal forma que los restos de patatas fritas se les salieron de la boca y fueron a parar a la mesa. Nadie los había llamado nunca damitas, y eso era aún más gracioso que las blasfemias de Pike.

—Son... —empecé valientemente—. Son... Bueno, Musgo y Gota, saludad a los amigos de la abuela.

—Joder, Ullis, te llamas abuela a ti misma.

—¡Hola, damita! ¡Hola, abuela del diablo! —repetieron los gemelos, llevándose la mano a la frente en un saludo militar.

Pike estaba entusiasmada con aquellos niños tan maleducados, y Valtonen también se echó a reír. Fueron a por algo de comer y se sentaron a nuestra mesa, aunque Pike montó un gran escándalo porque no le servían cerveza con el menú. Valtonen buscaba, en vano, cuchillos y tenedores.

—La cerveza apaga la sed —declaró Pike.

Musgo y Gota repetían como papagayos todo lo que Pike decía.

Valtonen estaba muy interesado en los juguetes de los niños y quería saber si

tenían llave de mecha. Pike hablaba sin parar de cosas no aptas para los niños: habló de su ruta de bares de la noche anterior; de su copa para animar la velada y su trago matutino para la resaca; de lo agradable que era encontrarse con Valtonen deseando echar un polvo rápido. Dijo todo eso solo para asustarnos a mis nietos y a mí. Musgo y Gota idolatraban a Pike y a Valtonen.

—Una copa para alegrar el polvo —se susurraron el uno al otro, y manifestaron estar muy sedientos.

—¡Los niños dicen la verdad! —se entusiasmó Valtonen—. La verdad es que tenemos sed.

—Y estamos aquí cacareando con la boca seca, ji, ji, ji... Las ratas huyen cuando el barco se hunde, ji, ji, ji...

—¿Ratas? ¿Por qué ratas? —preguntó uno de los mellizos.

—Ratas putas, claro —afirmó el otro.

Y, de este modo, las cuatro almas gemelas decidieron que teníamos que trasladarnos a un bar mejor. Estaba justo al lado de la hamburguesería. Los mellizos se entusiasmaron porque se les permitió jugar con los cubos de hielo y las pajitas y lanzar cacahuets salados al whisky de Valtonen. El tiempo transcurrió de forma placentera. No se me hizo largo en absoluto, aunque me había tocado hacer de niñera. No miré el reloj ni una sola vez.

Cuando Petriina llegó con sus bolsas de papel de tiendas de ropa de marca a buscar a sus hijos, media hora más tarde de lo que habíamos acordado, Musgo y Gota no tenían ninguna gana de marcharse. Solo cuando Pike y Valtonen prometieron asistir a su siguiente función, se marcharon alegremente apuntando con sus armas a su alrededor.

—¡Adiós, borracha! ¡Adiós, tío polvo rápido!

12

Llevo sin semillas una semana —comentó Hellu, suspirando agotada.

Estábamos sentadas en una cafetería de Töölö cerca de la manzana en la que vivían Pike y Hellu. El lugar estaba desorganizado de una forma encantadora, había muebles de diferentes décadas y no se había derrochado el capital inicial en la decoración. El precio del café era justo pero serio, y uno podía sentarse con una taza todo el tiempo que quisiera. Reunirnos en esa cafetería había empezado a ser una costumbre. Valtonen también viajaba desde Kerava casi todos los días para ir a leer el periódico a nuestra cafetería habitual, y Hellu siempre estaba allí exactamente a la una en punto. Sin embargo, ese día llegó excepcionalmente tarde porque había ido a una revisión del intestino grueso.

—Solo por si las moscas —puntualizó.

Eso decía siempre. Por salud o por si las moscas, aceptaba todas las doctrinas: medicina universitaria, homeopatía, tradiciones chinas, cuernos de reno o brebajes de la selva amazónica. Tomaba bebidas relajantes para sus problemas de insomnio, se echaba vitamina B12 a la boca mañana y tarde («las membranas mucosas la absorben de forma eficaz hacia el cerebro») y le había recomendado a su hermano hinojo para las flatulencias.

—Otros productos naturales que calman el organismo son la camomila, las hojas de limonero y el lúpulo.

—¡Eso creo yo también! —Valtonen se entusiasmó y golpeó a Pike en un

costado.

—Un lúpulo al día del médico te libraría, ji, ji, ji —graznó Pike.

Hellu se sometía trimestralmente a todas las pruebas, radioscopias, revisiones y chequeos existentes. No podía evitarlo, aunque yo sospechaba que un cáncer agresivo podía atacarte en el ascensor cuando salías de una colonoscopia e ibas de camino a un aplastamiento de mama, por lo que la revisión recién hecha no habría servido de nada. Pike quería saber más sobre las semillas y Hellu se entusiasmó al contar cómo había que vaciar el intestino antes del procedimiento y, por tanto, había que beber un litro de laxante y seguir una dieta.

—Tomo muchas semillas a diario, pero estaban especialmente prohibidas en las instrucciones.

—Ah, ese tipo de semillas. Bueno, ¿y qué han visto en tu recto? ¿Te han dado el vídeo?

Un joven y guapo gastroenterólogo ucraniano había alabado el intestino grueso de Hellu con palabras que animaban el alma. Al parecer, a mucha gente le daba miedo la revisión y pedía analgésicos, tranquilizantes o somníferos. Pero Hellu había dejado que el joven trabajador inmigrante emprendiera la revisión de su intestino grueso sin ninguna medicación. Le dijimos que era una heroína.

—No empecéis. No ha sido tan doloroso —contestó, quitándole importancia al asunto, aunque todavía un poco pálida—. No tengo exceso de curvas en el intestino grueso ni pólipos adenomatosos.

—Sí... Oye, pero... —musitó Pike, aun más pálida que antes—. ¿Podríamos hablar de otra cosa?

Hellu se mostró ofendida. En su opinión, a la edad que teníamos debíamos responsabilizarnos de nuestra propia salud y aprovechar las posibilidades que se nos presentaban.

—En Francia hay significativamente menos casos de cáncer de colon que en Finlandia. ¿Y sabéis a qué se debe?

—¿Al hinojo?

No lo sabíamos. Hellu nos dio la respuesta correcta esgrimiendo el dedo, como si fuésemos culpables de la toma de decisiones de la política sanitaria finlandesa.

—¡A que a todos, al llegar a cierta edad, les hacen una revisión del intestino grueso!

—¡A cierta edad! ¡A esta edad! —Pike gritó de tal manera que la montaña de nata de su capuchino se extendió a su alrededor.

Empezó con la charla que ya habíamos oído muchas veces sobre la insignificancia de la edad. A Pike le enfadaban las insinuaciones sobre la edad, la discriminación basada en la edad y los eufemismos diplomáticos. En general, todo lo relacionado con la edad.

—¡Dicen que somos «personas de edad»! ¡Como si los demás no tuvieran edad! «Personas de edad avanzada», así nos llaman. ¿Y qué es lo que somos, jubilados y adultos maduros, o cómo? Una fruta es madura cuando se come, preferiblemente antes de pudrirse. Si nosotros somos maduros, ¿los de ochenta años están pasados? ¿O ya están estropeados, o qué?

Era obvio que Pike tenía un miedo mortal a la vejez. Al hecho de tener, también a sus propios ojos, la misma edad que los demás. A ponerse enferma, estar decrepita y acabar renunciando a todo lo que era importante para ella. Claro que todos teníamos miedo a eso, pero su sermoneo continuo sobre la insignificancia de la edad era negar la realidad.

—Dentro de tres años, tendré setenta y cinco —declaró Valtonen, de forma provocadoramente alegre.

—¡Haz una fiesta! —propuse.

No recordaba la última vez que me habían invitado a una fiesta. Cuando me jubilé, hubo algún tipo de celebración en la clínica dental. Después de eso, nada, a excepción del funeral de Olli.

Cuando se acercaba mi gran fiesta, saqué sin anestesia otra muela con las raíces podridas de la boca de un borracho y metí la bata blanca en el armario. En la sala de espera había algunos colegas desagradables alrededor de un pastel de nata barato; la otra mitad brillaba por su ausencia. Un empleado temporal a tiempo parcial, que sustituía a la directora durante su baja por maternidad y que me resultaba desconocido, me entregó un sobre.

Afortunadamente, no dio un discurso. Joder, recibí una tarjeta de regalo de treinta euros para tratamientos de belleza. Eso significaba que mis compañeros habían puesto una media de setenta y cinco céntimos. Podría remojarme los pies en agua de mar mientras me mordisqueaban unos peces; al parecer, era la novedad más reciente y era algo fantástico. En breve, esos chismosos empezarían a canturrear lo maravilloso que era jubilarse y poder hacer todo tipo de cosas divertidas. Yo escuché, bebí café y me fui; no quise ni tocar el puto pastel. Tenía que ir a cambiarle los pañales a Olli.

—A vosotras también os podríamos hacer una fiesta —dijo Valtonen, y empezó a pensar por qué las fiestas de cumpleaños dependían del sistema decimal—. ¿Acaso en esta recta final no sería sensato celebrar por todo lo alto todos los cumpleaños? Al menos, los años pares.

—Sí. ¿Esas fiestas de «aún sigo vivo»? —se entusiasmó Hellu.

Ella sería la primera de nosotras en celebrar una fiesta por seguir viva, y eso no tendría lugar hasta marzo. Nadie había nacido a finales de año. Hellu recordó una estadística según la cual nacer a finales de año suponía un gran riesgo para la salud. También podríamos celebrar eso: la suerte de haber nacido en primavera y en verano.

—¿Qué os pareció el concierto de la semana pasada? —preguntó Pike, mirando a Hellu con los ojos brillantes.

Por supuesto, no quería mantener una conversación sobre la sinfonía, después de haberse tirado durmiendo desde la parte lenta hasta el final. Todos estábamos interesados en el acompañante de Hellu.

Ella sonrió misteriosamente; parecía excepcionalmente contenta, directamente radiante, como si la falta de semillas y la colonoscopia no hubiesen desestabilizado su equilibrio.

—¿Qué sinfonía ha hecho arder ahora a mi hermana? —preguntó Valtonen, que estaba bien informado de los motivos que habían provocado la visita en grupo al concierto de orquesta.

—Se llama Jorma —respondió Hellu.

—¿Jorma lleva gafas? A tu otro lado había sentado un hombre calvo sin gafas —puntualizó Pike.

No tuvimos que preguntar más. Hellu estaba tremendamente entusiasmada con Jorma, a quien consideraba un apuesto hombre con gafas, del que se había quedado prendada por internet porque Jorma era el único que usaba bien los signos de puntuación. Era un hombre civilizado, un antiguo profesor de Biología. Y era viudo.

—Subo medio punto mi nota —declaró Pike—. Los viudos son de primera categoría.

—O los casi viudos —intentó Valtonen, pero Pike continuó con sus juicios.

—Los viudos no han fracasado en su matrimonio como nosotros los divorciados. Nosotros siempre tendremos una mancha, ¿no es así? En las páginas de citas siempre se sospecha de los divorciados.

Yo no estaba de acuerdo. A veces, lo sensato era divorciarse. Un largo infierno no era un honor para nadie.

Yo nunca comprendí que podía separarme de Olli. Primero tenía que criar a los niños hasta que se valieran por sí mismos: era nuestro proyecto en común, en el que la participación de Olli quedó reducida a una erección impotente a mitad del ciclo menstrual. Mientras criaba a los niños, creí estar construyendo un matrimonio feliz, siguiendo las instrucciones. Joder, en el parque de juegos

de Keijumäki, la vida de todos parecía tan gris como la mía. No conocía otra cosa. Entonces, cuando Marko y Susanna, por fin, volaron del nido, no debería de haber habido nada que me siguiera uniendo a Olli. Tenía un buen sueldo y no me habría visto obligada a pelear por un trozo del adosado, del Saab o de esa repugnante chabola de madera a la orilla del lago. Pero no reflexioné, joder, me limité a ser. Pasaba los días como si la vida fuera una maldita obligación, un endiablado desempeño de mi deber. Si algo pensé, fue ese delirio soñador de que un día Olli bebería menos y me miraría a los ojos.

Rápidamente, el cáncer de mama interrumpió esas ensoñaciones. Los tratamientos contra el cáncer te humillan para que aprecies la vida cotidiana, joder, la descamación de la piel, la extirpación mamaria y la caída del pelo. Empecé a esperar la medicación: parecía ser un medicamento milagroso para salvar cualquier matrimonio feliz de conveniencia. Qué tonta fui al pensar que, de pronto, nos sentaríamos cogidos de la mano, con las cabezas grises mirando la puesta de sol, tendríamos muchas cosas de que hablar y seríamos, por primera vez en la vida, los mejores amigos. Cuando Olli enfermó, el divorcio no fue una opción. Joder, me habrían quemado en la hoguera si hubiera dejado a la sociedad la responsabilidad de un hombre enfermo.

—Jorma vive en Turku y, después del concierto, se quedó a dormir en mi casa.

—¡Menuda vampiresa! —Pike se entusiasmó y los ojos de Valtonen brillaron —. ¿Era bueno en la cama? Cuéntanos. Pero sin detalles, plis.

Hellu rio como una adolescente, con esa risita tonta, y se puso roja al contar que lo habían hecho dos veces: fue lo último que hicieron por la noche y lo primero que hicieron por la mañana. Todos la vitoreamos, y Pike quiso cambiar a un bar mejor para celebrar la resurrección de Hellu.

—Tengo flamenco —dijo Hellu, mirándome acusadoramente, pues yo había dejado el zapateo nada más empezar.

Ella hacía que el flamenco sonara como si fuera gimnasia para el cerebro, al contar cómo el movimiento de diferentes partes del cuerpo al mismo tiempo, a diferentes ritmos, prevenía las enfermedades de la memoria. «Y los zapateos

contra el suelo protegen de la osteoporosis».

—¿Esa es la enfermedad que te encontró el revisor del agujero del culo? — preguntó Valtonen ágilmente, y el regocijo de Pike no tuvo límite.

13

Valtonen metía en bolsas las polvorientas torres de libros a un ritmo frenético. Marko y Susanna no los habían tocado porque sentían que el alma de su padre seguía teniendo una presencia demasiado fuerte en la habitación. Cuando hablé, con cierto desenfado, de dismantelar la biblioteca de Olli, Valtonen se ofreció amablemente a ayudarme. Esa cueva se había convertido en un símbolo de mi vida anterior, de cómo me sometía a la rutina y dejaba que Olli pusiera sus propias condiciones. Él fue quien huyó de mí y de los niños para poder beber tranquilamente hasta el infarto cerebral.

—Un par en cada estante —comentó riendo Valtonen mientras colocaba en fila en el suelo las botellas que había escondido Olli.

Yo también leía libros, pero raramente buscaba algo que leer en mi propia estantería. Esos libros ya los había leído. Claro que podría haber reiniciado la ronda desde el principio y observar todos los libros de mi vida bajo una nueva luz, pero prefería deshacerme de todo. Temía los recuerdos que podrían evocarme, así como la decepción de las antiguas obras maestras que habían quedado en el olvido.

—A partir de ahora, recordaré solo cosas buenas —le expliqué a Valtonen—. Aunque eso requiere una gran imaginación.

—Por supuesto, eso también lo he recogido —gimió Valtonen con la frente sudorosa.

No sabía si se refería a los libros o a las botellas.

Estaba seguro de que podríamos llevar los libros a alguna librería de segunda mano, pero Hellu nos había advertido de que ya no aceptaban la literatura de nuestra edad, porque tenían sobreoferta. Yo no era la única que limpiaba su biblioteca. Al parecer, había sobreoferta de todo lo que hacían los jubilados sanos.

Cuando la séptima bolsa de Ikea estuvo llena de libros y la tercera bolsa de plástico rebosante de botellas vacías, íbamos más o menos por la mitad. La tarea parecía ahora mucho más inútil que hacía cuatro horas, cuando empezamos.

—¿Tenemos que desmontar también las estanterías? —preguntó Valtonen, jadeando.

Parecía agotado y sudoroso. Solo sus gruesos cabellos brillaban en su coleta llena de vitalidad.

—¡Por supuesto! ¿O crees que voy a poner los zapatos y la ropa interior en las estanterías?

Estaba empezando un proyecto de gran importancia que aún no me había atrevido a contarle a nadie. Quería mudarme a algún sitio cerca de Pike y Hellu y de nuestra cafetería habitual, lejos de los barrios de las afueras. Un estudio sería suficiente para mí. Por el precio de un adosado en Espoo podría adquirir un piso pequeño en Töölö.

—Ah, tú también quieres morir en Töölö —comentó Valtonen y suspiró—. Eso decía Seija también. Pero ahora tendrá que morir en una residencia de Kerava, porque yo no he sabido organizar mejor las cosas.

—¡Cállate! A Seija le da igual dónde pase sus años de demencia. Lo más importante son la seguridad y los buenos cuidados, y tú te has encargado sabiamente de que tu mujer los tenga.

De pronto, oí un ruido en el vestíbulo. Sin darme tiempo a reaccionar, Jerkku entró en la biblioteca jadeando ruidosamente y esparciendo barro a su alrededor.

—Joder, ¿qué es eso?

Valtonen se sobresaltó y levantó los brazos, horrorizado. Entonces, el animal se entusiasmó, golpeó la pechera de Valtonen con las patas delanteras y agitó la cola sobre mis muslos. El vestíbulo estaba en silencio. Susanna había oído el alarido de Valtonen y no sabía qué hacer. Seguramente creía que había llegado en medio de un atraco.

—¿Dónde se ha metido este Jerkku? —se oyó entonces su voz indecisa.

Unos pasos apresurados se dirigieron a la biblioteca.

Susanna iba vestida como si fuera a realizar una importante presentación en un congreso internacional. Llegó con su vestido de tubo y sus brillantes zapatos de tacón a la biblioteca, se quedó aliviada al verme y se detuvo horrorizada delante de Valtonen. Se quedó mirándome con la boca abierta, esperando una explicación. ¡Oh, qué gran ofensa! ¡Un hombre desconocido en la casa de su infancia metiendo en bolsas los libros de su padre! No los presenté, solo para fastidiar. El perro seguía atacando a Valtonen con horrible entusiasmo.

—A Jerkku le gustan las personas. Es muy bueno.

Susanna le dio unos golpecitos al animal y, finalmente, guio al perro para que le diera la pata baboseada a Valtonen.

—Hola, yo soy Susanna.

Valtonen farfulló algo como respuesta. No sabía que odiaba a los perros aún más que yo. Lo miré con extraña satisfacción. De pronto, me pareció extremadamente guapo con sus vaqueros negros y su camisa remangada, un hombre ágil que no podía dejar frío a nadie, ni siquiera a mi hija. Valtonen intentó evitar la amigabilidad de Jerkku por las personas y le dio una patada. Dejé escapar una risita inapropiada.

—¿Qué... está pasando aquí? —preguntó Susanna, mirando con inseguridad a su alrededor.

Le expliqué que estaba desmantelando la librería de Olli, lo que desencadenó

una tormenta de sentimientos en mi hija. Con la cara roja y lágrimas en los ojos, empezó a acariciar los libros que todavía quedaban en la estantería. Ya no había en ella ni rastro de la eficiente limpiadora.

—¡Los libros de papá! Ay, ay... Este lo recuerdo bien... ¡Y este! Este lo leía papá con frecuencia.

Susanna no había leído ni uno solo de aquellos libros. Su gran lazo emocional con esos objetos mal ventilados se debía a una imagen sentimental. Recordaba los lomos de los libros y a su maravilloso padre, pero seguro que no recordaba ni un solo escritor o título.

—¿Quieres llevártelos a casa? Puedes quedártelos —dije alegremente.

Esa habría sido una solución estupenda. Valtonen y yo nos evitaríamos arrastrar y revender los libros y Susanna tendría en su casa todos sus queridos recuerdos, con su olor y su polvo. Si Marko hubiera estado ahí, habría dicho que eran «todo ventajas». También podría darle a mi hija, de regalo, todas las botellas de whisky vacías.

—Es que yo... no tengo... ¿Quizá podríamos llevarlos a la cabaña? — Susanna había olvidado felizmente que yo ya había decidido vender su paraíso.

—Es una buena idea —dije, y pregunté, desconsideradamente, por qué había venido a mi casa con su sucio perro sin avisar y había entrado con sus propias llaves.

Susanna me miró, aturrida. Al principio, creí que la había ofendido al deshonestar a su perro. Pero me equivocaba.

—Mamá, cariño —empezó a decir—, habíamos acordado que hoy te quedarías con Jerkku. ¿NO TE ACUERDAS?

Me miró escrutadoramente, para ver lo grave que era mi demencia.

—Mierda —se me escapó—. La verdad es que lo había olvidado.

—Bueno, dijiste que querías desarrollar la memoria selectiva —apuntó

Valtonen, y vi cómo se reía a espaldas de Susanna.

Acepté al perro. ¿Qué otra elección tenía? Pensé, con un poco de miedo, en qué pasaría si realmente empezara a olvidar cosas. En lo descaradamente que mis hijos se aprovecharían de mi chochez. Podrían traer en cualquier momento a sus temporadas y a sus animales a mi casa y dejarlos durante un mes y afirmar que así lo habíamos acordado. «¿NO TE ACUERDAS?» y esa repugnante mirada.

Susanna arrastró con habilidad el saco de comida de Jerkku y las orejas de cerdo secas hasta la cocina y dijo que vendría a recoger al perro el día siguiente por la tarde, tal como habíamos acordado. Nos quedamos de pie las dos en el vestíbulo un momento, mientras Jerkku compartía su filantropía con Valtonen en el salón. Susanna empezó a sisear como una serpiente, intentando susurrar y hablar al mismo tiempo.

—¿Quién es ese tío? ¿Qué está haciendo aquí? ¿Es de la empresa de reparación? ¿No sabes que no se puede confiar en ellos? No puedes dejar entrar en casa a cualquiera. La verdad es que no deberías dejar pasar a ningún desconocido. Así es como les roban todo a los ancianos.

Susanna estaba conmovedoramente horrorizada, directamente histérica. Por alguna complicada lógica, podría decirse que estaba fuera de sí porque me quería. Algunas personas expresan su amor exclusivamente mediante la preocupación y el control.

Me resulta muy complicado posicionarme sobre el amor, sea en forma de palabras o acciones, ya que no tengo experiencia con ninguna de las dos. Olli ni siquiera mostraba preocupación ni ejercía control alguno sobre su familia. Joder, a él le resultaba indiferente si nos iban bien las cosas a mí y a los niños. ¿Y acaso los regalos no eran acciones, torpes demostraciones de amor? Igual que esos malditos libros. Eran el clímax del egoísmo de Olli, su propia fortaleza, algún tipo de refugio para él y sus botellas de whisky. Siempre nos compraba un libro a cada uno en Navidad; nada más, joder, y, por supuesto, únicamente libros en los que él mismo estaba interesado, que leía los días festivos y trataba de tal forma que no se podían devolver o cambiar. Así que

allí acababan, en ese muro de libros que ocultaba las botellas, todas las egocéntricas novelas de judíos americanos que Olli me regalaba como acto de amor.

—Es Valtonen, un buen amigo mío.

Susanna me miró, más horrorizada que antes. Pude ver cómo galopaban los pensamientos por su mente. Primero trató de recordar si había oído hablar alguna vez de un buen amigo de su madre, es decir, si este Valtonen era algún conocido de la familia que ella no había registrado. Entonces, empezó a enfrentarse a la posibilidad de que su madre tuviera una vida fuera de casa, Dios nos librara, su propia vida. ¿Y si Valtonen era el novio de su madre? La idea le repugnó: había pasado muy poco tiempo desde la muerte de su padre, y ahora su lasciva madre ya estaba buitreado en el mercado de viudos de su círculo cercano. Entonces, recordó a Marko y su sensata política de la realidad, y empezó a meditar sobre cómo el novio de su madre engulliría toda su herencia y metería en el inventario de los bienes a repartir a sus propios hijos con sus terribles exigencias.

—Mamá, cariño... Entonces, ¿es buena idea llevar esos libros a la cabaña? —logró decir, al fin.

Eso lo resumió todo. Los libros no se llevarían a la cabaña, el paraíso familiar, porque Valtonen podría conquistarla, y los libros, y todo lo que pertenecía a mis hijos. La nueva vida de mamá y la querida herencia de mis hijos irían a parar al trastero de la cabaña, y eso había que evitarlo. Pobre hija, y yo que había decidido vender ese infierno.

—Tengo que llamar a Marko. ¡No hagas nada todavía! —dijo Susanna por último, aún con un gesto horrible en la cara.

Corrió hacia el coche, que estaba en el patio, con el móvil en la oreja. Mientras el Toyota giraba la esquina, vi cómo la mano de Susanna se agitaba formando un gran arco mientras le contaba a su hermano lo que acababa de presenciar. Si entornaba bien los ojos, podía distinguir el humo saliéndole por las orejas. Me retiré de la ventana y miré en silencio, con una sonrisa, cómo

Valtonen levantaba las bolsas de libros con sus fuertes y grandes manos. Ese hombre era un regalo divino.

14

Tú también te has tirado a Valtonen? —me preguntó Pike, de modo que lo oyera todo el mundo, mientras tomábamos la sopa del día.

Le acababa de contar la conmoción de Susanna cuando se encontró a Valtonen en mi biblioteca. Pike parecía, en cierto modo, amenazante, y me avergonzó su forma de disfrutar del asombro de los extraños. Se trataba de un restaurante moderno, en el sentido de que era pequeño y estrecho. Los clientes se sentaban muy cerca unos de otros, y nosotras también acabamos compartiendo mesa con dos jóvenes empresarios. Uno de ellos carraspeó sonoramente cuando oyó la pregunta de Pike.

—Claro que no. No hemos... —Intenté enfrentarme a la idea de forma recatada.

Pero Pike no me creyó, o no me oyó. Nos contó a mí, a los empresarios de nuestra mesa y, a juzgar por su expresión, a todos los demás clientes que estaban tomando sopa en el restaurante que, según Valtonen, yo había sido una fiera insaciable en la cama de Kerava.

—No recuerdo que hayamos...

Pike no me dejó hablar. Declaró que éramos hermanas de pene y pidió otro vaso de vino tinto barato. Por una vez, deseé que el restaurante hubiera tenido música alta de fondo.

—¡Veinticuatro centilitros!

El camarero sirvió vino en abundancia en la copa sin medirlo. Pike se bebió la mitad de un trago y siguió con su charla. Tenía unas grotescas manchas de vino en la comisura de los labios.

—Fíjate, veinticuatro es muy poco en un vaso, pero mucho en la cama.

A eso siguió un cacareo afónico. Los empresarios habían acabado de comer e hicieron gestos silenciosos para pedir la cuenta. Uno de ellos golpeteaba con la tarjeta de crédito sobre la mesa y el otro miraba Facebook en su móvil, como si nosotras no existiéramos. Pike elevó aun más la voz e informó en detalle de los síntomas de su picazón al resto de los clientes.

—Entonces te dan esta pomada en la farmacia, puede que un lubricante. Pero la viagra, eso es un invento magnífico, ¿no crees?

Esta afirmación nos sorprendió a todos, e hizo que el empresario que estaba pagando la cuenta girara la cabeza. Pike continuó explicando, sin pararse a respirar, lo triste que era hacía veinte años perderse en juegos sexuales con un hombre jubilado.

—Era una espera interminable todo —carraspeó, supuestamente en un susurro. Una chica joven detrás de ella se cambió de sitio para oír mejor—. Pero entonces llegaron estas pastillas, ¡y empezaron nuestros días de gozo, ji, ji, ji!

No parecía que el cacareo fuera a tener fin. Miré a la borracha de Pike sin sonreír; no entendía a mi amiga en absoluto. Claro que disfrutaba del hecho de que Pike fuera tan diferente a mí. Ese otoño me había arrastrado a todo tipo de locuras y, después de algunos errores, había empezado a aprender a tener cuidado. Las horribles borracheras espontáneas y las relaciones inesperadas sin compromiso no eran lo mío. Ese día había convencido a Pike para ir a tomar una sopa, aunque normalmente no le gustaba ir a comer a restaurantes, ya que decía que solo estaban para beber alcohol. Yo bebía agua, pero evitaba mostrar mi desaprobación, ya que Pike tenía derecho a ser exactamente la mujer de setenta y cinco años que quisiera ser. En su mejor momento, su compañía era estimulante. Pero ahora había entre nosotras un roce silencioso. Era mi culpa, por supuesto. Era yo la que se ponía tensa.

Había tenido una segunda intención para nuestro encuentro, y esa intención no

era otra que empezar a hablar de la mudanza. Pike era quien me había dado la idea, cuando tuve que irme al autobús después del concierto. Quería salir de Keijumäki, y me imaginé que iríamos juntas, después de comer, a buscar un agente inmobiliario, pero el tema no era adecuado para la picardía de Pike.

—¿Has oído hablar del porno plateado? En inglés es silver porn. —Pike pronunciaba las palabras articulando de forma exagerada, de modo que vi cómo se le habían retraído malamente las encías, y me di cuenta de que tenía que hablarle de las endodoncias y del hilo dental.

Pero mejor en otro momento. Pike me miraba con expresión misteriosa y prolongó la pausa de forma dramática. Parecía como si todo el restaurante se hubiera quedado en silencio al oír lo que Pike tenía en mente. En algún lugar detrás de mí, al camarero se le cayó un tenedor al suelo.

—¡El silver porn es para nosotras, Ullis! Japoneses mayores de setenta años follando delante de las cámaras con tanto fervor que, de pronto, el porno se convierte en una maldita ceremonia del té. Es la hostia. La mayor estrella es una chica de ochenta y cinco años... Espera, que lo busco en el móvil, ji, ji, ji...

Mientras Pike tecleaba en su teléfono, yo pedí la cuenta y me escabullí hacia el baño. Por supuesto que me interesaba el porno japonés de ancianos, a quién no, pero no era el momento adecuado. Necesitaba un agente inmobiliario.

—Sí, yo también empecé a ir corriendo constantemente al baño. Entonces vino este horrible escozor —me gritó Pike por encima del hombro, de modo que la mujer que se había girado se llevó un sobresalto.

Cuando volví, Pike había pagado la cuenta de las dos. Me quedé sorprendida. Ella siempre exigía que cada uno se pagara su comida y sus cafés: solo era apropiado invitar al alcohol. Así que aquello me pareció algún tipo de truco, algo relacionado con el porno, aunque Pike no volvió a hablar de las ceremonias japonesas ni del escozor. Paseamos durante un rato por el centro comercial, sin rumbo fijo.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que tenía que mudarme a la ciudad? — empecé con cuidado.

—A la capital. Espoo también es una ciudad, pero la capital es la capital.

—Sí... ¿Qué te parece, conoces a algún agente inmobiliario por aquí?

Pike no estaba escuchando mi pregunta. Estaba manoseando ropa juvenil y hablando sin parar de Valtonen, cuyo escarceo conmigo le daba dolor de cabeza, aunque yo no entendía por qué. Entonces divisó una barra.

—¡Una botella de vino espumoso en oferta! —graznó, agitando su tarjeta de crédito—. ¡Con la tarjeta de mi banco recibes aquí bonificaciones como premio! Merece la pena beber solo por motivos de ahorro.

—Pero no es gratis. También cuesta dinero —objeté, un poco más mordazmente de lo que pretendía, y me di cuenta de que sonaba como una anciana.

La verdad era que no había nada malo en el hecho de que Pike quisiera invitarme a comer y a un vino espumoso.

—Yo no ahorro para los malos tiempos. ¡Ya los he pasado! —dijo Pike con regocijo—. Pero soy muy precisa con el dinero. Considero seriamente en qué gasto mis monedas. ¡De mis amigas y del vino espumoso todavía no me he arrepentido nunca!

Hicimos tintinear las copas y Pike se puso muy seria por un momento. Sus ojos miraban en todas direcciones, pero no logró decir nada. Empezó su sermón habitual sobre cómo teníamos que aferrarnos al presente y disfrutar de todo lo bueno que la vida tenía que ofrecer a las mujeres como nosotras. Le miré el cuello y los párpados. Eso no podía ser natural. Pike se había hecho un lifting. Cuando la observé con atención, estuve segura de que se había inyectado algo alrededor de los labios, por lo lisa que tenía la piel.

—Carpe diem —dijo Pike, y lo repitió a su modo—: Carrpee dieem, ese es mi lema, Ullis. ¿Lo entiendes, carrpee dieem?

Asentí con la cabeza, un poco hastiadamente, pero entonces se me fue la pinza y empecé a hablar de la edad, de nuestra edad, solo para fastidiar a Pike. Por la mañana me había llamado algún infeliz semidesempleado de una agencia de

investigación de mercado que quería emplear cuatro minutos de mi tiempo haciéndome un par de preguntas sobre la sociedad. Había accedido, porque no tenía nada mejor que hacer. La primera pregunta era mi edad. El semidesempleado leyó diligentemente los grupos de edad, empezando desde los nueve años. El último grupo eran las personas de entre sesenta y uno y sesenta y cinco años. Cuando le dije que tenía setenta y cuatro, la mosca cojonera telefónica me informó de que no cumplía los requisitos para ser encuestada. Por curiosidad, le pregunté de qué trataban las preguntas. Había diferentes temas: la defensa nacional, la autonomía de Ahvenanmaa, los salarios y la cesta diaria de la compra.

«¿Y alguien de nueve años sabría responder mejor que yo a esas preguntas?», me había enfadado con el chico.

Pike no dijo nada, sino que se limitó a mirarme inexpresivamente desde la lejanía. Para aliviar el ambiente, le hablé de un artículo en inglés que había leído en internet. En él utilizaban la palabra *seenager* para referirse a los mayores de setenta años.

—Viene de unir en inglés *senior*, «persona mayor», y *teenager*, «adolescente»... es algo así como «viejolescente» —musité, haciendo caso omiso del enfado creciente de Pike. Un *seenager* era todo lo que un adolescente deseaba, pero sesenta años más tarde—: No tenemos que trabajar, pero recibimos dinero; tenemos nuestra propia casa, carné de conducir y coche; no tenemos hora de vuelta a casa y ninguna tiene miedo de quedarse embarazada. ¡Es perfecto!

Pike lo asimiló. Explotó en carcajadas de forma tan repentina que el vino espumoso se le salió disparado de la boca a la mesa, cosa que no la avergonzó, por supuesto, ya que ella no se avergonzaba por cosas insignificantes. Siguió riendo con la boca abierta, luciendo sus negros empastes de amalgama de los años sesenta, mientras me daba golpecitos en el hombro. De pronto, yo era para ella una buena tía, y esa era la mayor alabanza que Pike podía concederle a una mujer.

—¡Seenager! ¡Joder, Ullis, esta chica es realmente una seenager! ¡Brindemos por ello!

Seguimos bebiendo. Cuando vaciamos la botella, Pike pidió una pajita y se bebió el vino que había salpicado sobre la mesa. Yo estaba un poco beoda, pero no demasiado, porque de forma infantil había dejado que Pike se encargara de la mayor parte del trabajo. Salió del baño tambaleándose sobre sus tacones y empezó a engatusarme para ir al Evergreen. Decidí mostrarme firme.

—Yo no..., no puedo..., de ninguna manera. Tengo que buscar un agente inmobiliario... por aquí —murmuré, y me di cuenta de que estaba más borracha de lo que quería.

Pike no me estaba escuchando.

—Vamos a pillarnos una cogorza épica y a buscarte a ti también un hombre.

—Siempre estás...

—Nos espera una tarde épica, cien por cien seguro. ¡Voy a poner en circulación las ladillas de Valtonen, me cago en la hostia!

Bailoteaba por el centro comercial en su colorido abrigo de diseño de Gudrun Sjödén y disfrutaba de la vida, a ojos vistas, más que yo, ya que mi rigidez no me había permitido bajarme del taburete. ¿Tenía lumbago?

—¡Seenager, lo mejor! ¡Y el silver porn!

Así que fui retorciéndome detrás de Pike, aunque sentía la parte baja de la espalda desgarrarse a cada paso. Ella era, en general, una de esas personas que no se daban por vencidas ante nadie. Había que seguirle el paso, no había otra opción. No bebería ni una gota más esa noche. Y me despertaría en mi casa por la mañana. Hellu me había apuntado a pesas rusas; había estado ya una vez y, finalmente, había aprendido lo que significaba esa palabra. Una pesa rusa era una pesa con mango. Moverse con ella era sorprendentemente soportable, por lo que había prometido seguir, ya que así me libraría de la gimnasia del sótano y del flamenco. Bajo ningún concepto me presentaría ante Hellu oliendo a alcohol rancio, ya que ella se daría cuenta. Le repetí todo esto a Pike de camino a Aleksanterinkatu. De pronto, se detuvo como si hubiera encontrado una pared en medio del pasillo y levantó las manos abiertas,

provocando indignación entre la gente que iba con prisa. La borrachera la hacía balancearse de tal forma que era difícil adelantarla.

—¿Así que no te gustan los hombres?

—Yo no he dicho eso. He hablado de pesas rusas y...

—No quieres meter la pata borracha; conozco a los criticones como tú. Para los que ir al Evergreen es demasiado. Internet está para gente como tú y como Hellu.

Pike sacó algo de su enorme bolso, que estaba en el suelo. Al agacharse perdió su ya mal equilibrio, y se habría caído de espaldas si no hubiera acudido en su ayuda un hombre que pasaba por allí.

—Lo siento; gracias, eres un encanto —le dijo Pike al hombre, que siguió su camino haciendo caso omiso de los besos voladores que le lanzaba una señora mayor—. El teléfono, a ver si lo encuentro, joder.

—No podemos ponernos a ver ahora la ceremonia del té... —Intenté pararla, pero Pike me enseñó diferentes aplicaciones de citas que se había descargado.

Había aplicaciones de pago destinadas específicamente a personas mayores de alto poder adquisitivo, como Old&Dirty.com y Más vale tarde, para la que, según Pike, éramos demasiado jóvenes. Y también estaba AdultGo, la nueva favorita para adultos juguetones. Todas las expresiones inocentes, como «al aire libre», «actividad» y «juego», adquirirían en boca de Pike nuevos matices. Cuando hablaba de compañía al aire libre, de osos de peluche y cosas así, todo sonaba sucio.

—Esto de AdultGo es una auténtica maravilla. Te creas un perfil, pones un par de fotos, activas el localizador y entonces empiezan a surgir compañeros de juegos en cada esquina. Cuando aparece en el mapa un compañero de juegos adecuado, presionas como si estuvieras haciendo una foto, y ahí está. Match&Catch!

Al parecer, la aplicación era la nueva versión de Tinder, que ya estaba bastante pasada de moda. Aquí, el antiguo sistema se había combinado con el

de la locura infantil por PokémonGo. Había oído hablar de las dos, pero no de esto.

—No me digas; yo lo uso de forma regularmente irregular —afirmó Pike, cerrando un ojo para poder teclear mejor.

Justo ahora, en su red nadaba un pez gordo decente. Naturalmente, pescar también sonaba sucio.

—Ahí, ¿lo ves? —dijo, tocando la pantalla.

Allí había un hombre de aspecto formal, llamado Osmo, que también indicaba su edad: setenta y siete años. En una de las fotos, Osmo estaba de pie en bañador en la cubierta de su barco: un hombre veraniego finlandés pálido y sin pelo. Cuando levanté la mirada, el mismo Osmo estaba de pie con su gabardina beis en la parada de tranvía más cercana, sin saber que Pike estaba intentando cazarlo medio desnudo en su red.

—Ahora pulso con firmeza; así, lanzo la bola —dijo y empezó a reír—. ¡Te tengo! «Eres mío, tus labios me pertenecen...» —canturreó Pike, mostrándome una foto de Osmo. Esta vez, el hombre estaba totalmente vestido en el sofá con un libro en la mano.

El Osmo real estaba de pie, inmóvil como una estatua, a cinco metros de nosotras.

—Ahora no tiene el cacharro consigo —explicó Pike—. Pero, cuando se suba al tranvía y lo abra, verá que una servidora lo ha atrapado.

—¿Y entonces qué... pasa?

—Pues... contacta conmigo, me escribe un mensaje o me manda fotos, corazones y emoticonos. Y entonces podemos vernos en el Gimnasio.

—No mientas. Jamás irías al gimnasio, ni siquiera por un hombre —dije—. Ni siquiera por ese.

Llegó el tranvía y el hombre de beis se subió sin vernos.

—Pero no significa que vayamos a hacer ninguna gimnasia sudorosa; eso viene después, ji, ji, ji...

Según Pike, el Gimnasio era el lugar en AdultGo en el que uno se reunía de forma virtual e intentaba impresionar al otro y se repartían puntos. O algo así; no estaba tan interesada en el juego. El móvil de Pike vibró, ella interrumpió su explicación a mitad de la frase y estuvo un rato tecleando, hasta que dijo que había pasado con Osmo «al siguiente nivel». Pronto podrían encontrarse en los lugares de juego del Evergreen durante las fiestas de los miércoles.

—Y entonces las bacterias regalo de Valtonen pueden irse a paseo —cacareó Pike, mientras su mirada seguía absorta en su propia destreza en la aplicación.

Se vio obligada a cruzar una pierna sobre la otra y quedarse de pie con los brazos abiertos.

—Escucha, Pike... —empecé con cuidado, mientras echaba un vistazo al reloj para hacer ver que había prometido estar en otro sitio en breve—. Te deseo suerte con Osmo. Gracias por enseñarme estas cosas. Pero quizá yo...

—Carrpee dieem, Ullis, ¡es el momento!

—No, Pike —dije con decisión—. He tenido suficiente por hoy. Me voy a casa, y te aconsejo que hagas lo mismo.

—No, joder, Ullis. Voy a llamar a Valtonen.

Los ciudadanos normales que iban a toda prisa a nuestro alrededor nos dirigían miradas extrañas, ya que Pike se balanceaba de tal forma que nadie había dejado de reparar en la tigresa hambrienta que estaba de borrachera vespertina.

—Tú podrías irte al sofá a ver silver porn y después informarnos de ello a las demás —propuse apresuradamente, ya que, por algún motivo, no me gustaba la idea de que Pike recurriera a Valtonen—. Ya que a mí no me da tiempo y... un poco para que compruebes lo que es.

A Pike se le encendieron los ojos: consideraba que la tarea de investigar el

porno geriátrico era una excelente idea.

—¡Ullis, eres la mejor!

Llegó el tranvía y se llevó a Pike, quien me hizo gestos grandilocuentes por la ventana provocando que todo el vagón, letárgico y con prisas, se interesara por el entretenimiento plateado.

15

Pike no me ayudó mucho en la búsqueda del agente y Hellu se fue a una feria de salud para la tercera edad. El nombre del evento era LoveMe y, al parecer, allí se ofrecía una gran cantidad de información sobre la vejez y la muerte para mujeres maduras. Yo no me di por vencida. Tras una pequeña búsqueda, encontré en internet al agente inmobiliario adecuado. A mis ojos era un hombre joven, es decir, una persona adulta pero mucho más joven que mis hijos, y tenía un nombre sonoro y agradable. No llevaba el pelo sucio, pero sí poco cepillado; tenía las extremidades largas y los ojos grandes, aunque escondía la cara tras unas enormes gafas de aumento. Cuando vino a evaluar mi casa, llevaba puesto un traje marrón y una camisa amarilla. Sujetaba los pantalones con un cinturón ancho, un tipo de cinturón que llevaba mucho tiempo sin ver.

—Una auténtica casa adosada de los años setenta —dijo en voz baja en el vestíbulo de Keijumäki, y me entregó una tarjeta de visita sin darme la mano.

Entonces se quitó lentamente los zapatos, los dejó en la alfombra del recibidor y entró en el cuarto de estar. Tras guardar un silencio desagradablemente prolongado, preguntó:

—¿No ha habido que hacer reformas?

Yo no recordaba ninguna reforma. El mayor frenesí surgió debido a la enfermedad de Olli, cuando hubo que adaptar una casa de las afueras de clase media como si fuera un hospital profesional.

—Entiendo. Asideros y dispositivos de elevación, umbrales retirados... No hay grandes daños —repitió el hombre para sí mismo, de un extraño buen humor.

Para horror mío, su mirada curiosa reparaba incluso en los detalles más pequeños. Cuanto más deambulaba por mi casa en silencio, más avergonzada me sentía. ¿Quién querría comprar esa vivienda? Tenía que ser una ensoñación infantil imaginar que con el dinero de Keijumäki podría mudarme cerca del centro de Helsinki. Quizá mi destino era Kerava, a fin de cuentas. Iba detrás del hombre, sudando de mala manera y pensando cómo había podido vivir en ese rincón toda mi vida adulta, los así llamados mejores años de mi vida. El agente inmobiliario estaba de pie en la biblioteca, en medio de las botellas y los libros que había organizado Valtonen. Se quedó mirando al techo, rascándose la barbilla.

—Estupendas estanterías Lundia.

¿Estupendas? ¿Qué necesidad tenía el hombre de adularme con comentarios inútiles? Yo lo había llamado para deshacerme de esa lacra. Hacía cincuenta años, todas las parejas jóvenes tenían estanterías Lundia, porque eran prácticas y baratas. Siempre me parecieron feas; la idea vino de las estanterías del almacén, que se podían ensamblar y alargar cuando llegaban más libros. En las casas buenas había estanterías encargadas a un carpintero; las había visto en casa de amigos y conocidos en esa época en la que ya no éramos jóvenes y pobres. Pero nuestra casa era baja y oscura y nunca la había decorado nadie. Los muebles procedían de cualquier parte y, si lo mirabas desde esa perspectiva, la verdad era que no tenían ninguna armonía. El horrible armario con espejo de mi suegra habría necesitado en realidad una habitación de tres metros y medio de altura, igual que el conjunto de comedor de imitación barroca y la monstruosa lámpara de los años treinta que oscilaba de forma ostentosa sobre él. ¿Había puesto yo misma una mesa auxiliar de plástico naranja al lado del conjunto barroco?

—Fascinante —susurró el hombre, acariciando mi mesa de material acrílico —. Nunca había visto nada semejante.

El hombre iba de un lado a otro por mi casa y parecía extrañamente interesado, a su propio modo silencioso. En el dormitorio, miró dejando

escapar un gemido el tapiz verde con un paisaje y la moqueta beis y declaró que eran magníficamente vintage. Mi casa era para él algún tipo de aventura fantástica, un extraordinario viaje en el tiempo.

Cuando llegó a la cocina, el hombre del traje marrón y las grandes gafas de pasta contuvo el aliento sonoramente antes de estallar en elogios.

—Épico —dijo en un tono apenas perceptible.

Se quedó de pie delante de mi cocina eléctrica degradada por la grasa quemada durante tanto tiempo como si fuese un altar casero chino. Se inclinó majestuosamente a pulsar los botones del interruptor, abrió la mugrienta puerta del horno y sonrió embelesado cuando la luz se encendió, mostrando así que ese aparato antiguo raramente visto funcionaba de verdad, y que seguía en uso. Poco sabía él el tipo de ira maléfica que había presenciado esa cocina en todos aquellos años. El hombre acarició suavemente las puertas marrones de los armarios, sin reparar en la mugre grasienta que producía manchas borrosas en la superficie laminada otrora brillante. Los pequeños tiradores que yo tanto odiaba lo dejaron embobado, y abrió impávidamente las puertas de los armarios, hasta que se quedó inmóvil.

—La vajilla Ruska.

Contempló durante un largo instante la visión de los dos armarios abiertos: platos hondos y llanos de gran superficie, tazas de té enormes y tazas de café absurdamente pequeñas, unas y otras poco prácticas, ya que ni el té ni el café se distinguían con el color marrón oscuro de la vajilla; tazones de diferentes tamaños y bandejas apiladas en distintos estantes; coronándolo todo, la jarra de leche y la de té, y una pequeña cafetera a su lado. Todo inútil. Había sido nuestro regalo de bodas de parte de los padres de Olli. Ni uno solo de los poco prácticos cacharros se había roto jamás: aguantaban el lavavajillas, todo tipo de temperaturas, golpes y caídas, y seguramente también lanzamientos contra la pared, si en nuestro matrimonio hubiera habido sentimientos tan fuertes. Quizá, justo por eso, mis suegros se habían decidido por esta horrible vajilla, que estaba maravillando de tal manera al agente inmobiliario que se había quedado sin palabras.

—Puede llevarse toda la basura —le dije al hombre, y lo desperté de su

trance.

—¿Qué diablos? —gimió, y pidió perdón instantáneamente por su mal uso de la lengua—. Esta cocina me ha confundido un poco; en general, te paraliza la sangre. Es la mejor cocina que he visto nunca.

La cocina de mis pesadillas despojó a mi agente inmobiliario de toda pantalla protectora y costumbre profesional, si es que alguna vez las había tenido. Ese hombre, que antes parecía más joven, estaba ahora sentado en mi silla amarilla de la cocina de los años setenta a punto de llorar. No se debía a que hubiera considerado la vivienda adosada de Keijumäki imposible de vender. No: era un hombre sensible, un esteta de nacimiento, y estaba especializado en la moda de los años setenta. Al ser tan joven, nunca antes había visto una cocina como esta.

—Y pensar que estoy aquí en persona. Épico.

—¿Quiere café?

El hombre se animó enormemente, se secó los ojos con un pañuelo floreado y empezó a limpiar sus gafas de montura gruesa, que se habían empañado con esa explosión de sentimientos.

—¿Podríamos beber de esas tazas Ruska?

Limpié el polvo de dos tazas y fregué la cafetera y la jarra para la crema. Hice café y preparé la mesa redonda amarilla de la cocina con un estilo de los años setenta lo más auténtico posible. El hombre ronroneó de felicidad y no podía creer que la perfecta cafetera estuviera ahora en uso por primera vez.

—¿Ha tenido todo metido en los armarios todos estos años? ¿Por qué?

Así que empecé a contárselo. No sabía lo sensible que se mostraría el joven agente inmobiliario ante mi narración sobre los años difíciles, sobre los apuros pasados, sobre el mal matrimonio, sobre lo desagradable que es la vida, sobre la rutina, sobre la decepción de una madre de familia, sobre el sigiloso alcoholismo y sobre el fatal destino de una cuidadora familiar. Pero eso fue lo que pasó. El hombre se sirvió muchas tacitas de café y me escuchó

tan ávidamente como había observado mi sucia cocina.

—Esta vajilla describe perfectamente mi vida. Es... dura y rutinaria. Nunca se rompe. Mire, ¿quién iba a usar una jarra de crema tan pequeña? Ya ni siquiera se echa crema al café. Esta vivienda se ha detenido por completo. Aquí el aire también está inmóvil y la atmósfera está viciada; puede que se deba a la altura de la habitación, o a lo que se ha vivido aquí.

Empecé a llorar; no a sollozar descontroladamente, sino a llorar de forma discreta. Sin emitir ni un sonido, dejé que un caudal de lágrimas fluyera por mis mejillas. El agente inmobiliario no se perturbó. Me secó la cara con el mismo pañuelo floreado con el que había limpiado sus gafas, lo que me produjo una sensación incomprensiblemente natural.

—Y ahora la va a vender —dijo entonces el hombre, con una sonrisa tranquila.

¿Acaso podía un completo desconocido de treinta y cinco años comprender de verdad los pensamientos de una señora de setenta y cuatro que había vivido una vida horrible? ¿Por qué era agente inmobiliario y no pastor de almas?

—Así es —contesté, e inspiré profundamente, sin atreverme a mirar al hombre —. Voy a empezar a vivir.

—Una nueva vida; eso es bueno.

—No, no una nueva vida, sino la vida. ¿Comprendes la diferencia? —Por error, le hablé de tú al chico, cuyo nombre ya no recordaba.

Su tarjeta de visita estaba en el vestíbulo en alguna parte, puede que encima de la cómoda.

—¡La comprendo! Su vida empieza ahora.

Se levantó, llevó los cacharros al fregadero y empezó a fregar. Ningún hombre había hecho nunca nada semejante en mi cocina. Observé en silencio la suavidad con la que manipulaba la vajilla Ruska, porque la consideraba bonita. ¡Qué movimientos tan seguros y bellos! ¿Por qué yo nunca había visto

mis tazas y mi hogar con los ojos de este joven? Cuando terminó de limpiar, se giró hacia mí y sonrió de forma tan irresistible que me habría dejado caer en su regazo.

—Quizá el techo no sea tan bajo. Voy a hacer unas mediciones, si te parece bien. Esta vivienda no es difícil de vender.

Él también me trató de tú. Éramos como amigos. Empecé a buscar su tarjeta de visita en el vestíbulo mientras él se movía libremente por mi casa, midiendo y explorando. La tarjeta estaba encima de la cómoda, tal como recordaba: Sami Siltanen era el nombre de este dios. Oí su voz joven desde el baño.

—¡Panel de madera! ¡Maravilloso!

O Sami Siltanen no tenía sentido del olfato, o no le importaban las naderías.

—¿Hacemos fotos? —preguntó de pronto.

No me di cuenta de que Sami se había puesto detrás de mí. Hizo varias fotos de mi vestíbulo verde, y su loción de afeitado con toques de almizcle llenó la habitación. En un arranque de euforia, le cogí el móvil y empecé a hacernos selfies.

—No, oye, qué haces... —farfulló Sami, confundido.

Pero a mí no me importó, capturé al chico con el brazo e hice una serie de fotos. En las seis últimas, Sami ya sonreía de forma casi natural. Entonces se libró de mí, fue hacia la cocina y fotografió ávidamente los detalles. No se de dónde sacó mi báscula de cocina naranja, con la que era imposible pesar la harina. Tenía una balanza negra en la que se pasaban pesas de un platillo a otro. Era un complejo dispositivo mecánico que ocupaba mucho sitio: por eso lo había empujado hacia el fondo del armario.

—Fascinante. No eres panadera, ¿verdad?

La báscula parecía nueva. Era un regalo de alguien; seguramente lo había recibido en algunas Navidades, esas Navidades en las que el cansancio no me dejaba recordar nada al día siguiente. Como esposa joven, siempre recibía de

regalo artículos para el hogar, ya fuera por motivo de la fiesta de Navidad, un embarazo o un nacimiento. Una sartén, una aspiradora, una báscula de cocina, una batidora eléctrica y un exprimidor... Qué otra cosa habría hecho feliz a una madre de familia con estudios.

—Quédatela. ¿Te gusta hornear, Sami?

Él me miró estupefacto. Sus gafas de pasta de montura gorda se le habían resbalado hacia la punta de la nariz, pero eso no le quitó intensidad a su gozo por la vieja báscula casera.

—Bueno, puede que me guste. Hago pan todas las mañanas. Y, cuando cerramos un trato, llevo un pastel al trabajo. A veces, también a los clientes, claro.

¡Qué hombre! ¿Por qué yo no había sabido criar uno así? Un hombre que valoraba la belleza, que horneaba y que proporcionaba alegría a los demás con pequeñas nimiedades, que hacía de la rutina una fiesta y que iba a vender mi horrible casa como si fuera un hallazgo extraordinario. Si, además, hiciera desaparecer mi angustiioso pasado y se llevara la vajilla Ruska y la báscula naranja de cocina, no podría agradecerse y alabarlo lo suficiente.

—Oye, pero te pago todo. Esta báscula vale al menos cien euros. Y la vajilla Ruska es... es una rareza de coleccionista.

—No, Sami. Es un lastre horrible del que me quiero deshacer, al igual que quiero dejar atrás esta vivienda. Esas cosas no se miden con dinero.

—Bueno, entonces puedo reducir mi comisión al dos por ciento...

Ordené a Sami que se sentara, ya que ahora había que discutir los detalles. Me obedeció lealmente y rellenó los formularios del acuerdo justo como le pedí, con su caligrafía rápida y pequeña. Hizo una estimación incomprensiblemente alta del precio de venta y murmuró que volvería para la compra de la vajilla y otros objetos. Pero yo me mantuve firme. Lo obligué a llevarse directamente todo lo que quisiera de la cocina. Y, si en alguna otra parte había algún chisme que le interesara, que se pudiera coger y que pudiera llevarse consigo, sería suyo también. Enrojeció de forma enternecedora.

—La verdad es que ahora no sé qué decir.

—Dame las gracias; con eso vale.

—¡Sí, claro! Quiero decir, gracias, por supuesto. Gracias, joder. Quiero decir: muchas gracias.

Sami fue al coche a buscar cajas, en las que empezamos a empaquetar los tesoros de los armarios de la cocina. Ya que estábamos, cogió también la lámpara para leer, la camarera de plástico, una desgastada alfombra de retales —quizá hecha por mi madre, ya no lo recordaba— y diez ceniceros de plástico.

—¿Fumas?

—No —dijo Sami, enrojeciendo de nuevo—. Aquí se pueden poner velas. Me gustan las velas en invierno.

«Lo tiene todo», pensé, pero no dije nada. Llevamos las cajas al coche de Sami. Cuando abandonó el patio de mi casa y miré las luces traseras de su coche, sentí una extraña y fuerte oleada de calor extenderse por mi cuerpo. ¿Era amor? ¿Ese extraño joven había resucitado mi cementerio erótico? No, eso lo había hecho el hombre barbudo del Evergreen, Kari Kirjosiipi, ese era su nombre, el hombre que pasó por mi vida solo para luego desaparecer definitivamente. Ese extraño sentimiento era alegría. Nunca había visto a un hombre tan feliz como Sami Siltanen cuando se marchó a evaluar la siguiente vivienda con el coche lleno de mi horrible historia.

16

Cuando Sami Siltanen se marchó, la idea de la mudanza me empezó a entusiasmar de un modo completamente nuevo. Mi intención era empaquetar todos los trastos de una vez y dejarlos listos para la mudanza, pero no supe hacer otra cosa que sacarlo todo. Miré las cosas con otros ojos, los ojos de Sami, e, inesperadamente, sentí que no era capaz de deshacerme de nada. El resultado final fue una gran confusión. No era de extrañar que Marko y Susanna se asustaran. Una repentina desaparición del control sobre tu vida en una persona en edad laboral era un signo de depresión; en un jubilado, era un signo de demencia.

Primero vino Jerkku, dejando huellas de barro a su alrededor; detrás, igual de sucios y ruidosos, los mellizos.

—¡Qué horror! —chilló Susanna al ver el desorden que yo había creado.

Marchó hacia la biblioteca, como si quisiera comprobar si estaba allí Valtonen o algún otro hombre extraño robando los libros de su padre. Las botellas seguían en el suelo, en medio de la habitación, pero las bolsas de libros las había llevado con Valtonen al vertedero después de que tres librerías de segunda mano se hubieran negado a aceptarlas.

—Esto está hecho un desastre porque estoy limpiando —expliqué.

Era lógico y, además, era cierto.

—¿Dónde está el abuelo marica? —preguntó uno de los mellizos.

—¿Os ha dicho papá que Valtonen es marica? —Reí despreocupadamente sin mirar a Marko, que se rascaba la cabeza calva sin saber qué decir—. ¿Sabéis acaso lo que significa marica?

—Sí, sí, sí. El abuelo maraca. ¡El abuelo marica es el abuelo maraca! — continuó Musgo, o Gota, y el otro fue en su ayuda cuando entendió que marica significaba algún tipo de juego de palabras extraño.

—¡Abuelo maraca, abuelo moroco!

—¡Abuelo ciruelo!

Musgo y Gota esparcían su mugre por el suelo y se reían de tal forma que empezaron a salirles burbujas de moco por la nariz. Marko se había sentado y no veía motivos para intervenir en el comportamiento de su segunda temporada.

—Bueno... Ahora estamos fuera de la zona de confort —gimió. A Marko le resultaba muy angustiioso estar en una situación que no controlaba o no se imaginaba liderando—. ¿Podemos tener algo de organización? ¿Dónde vamos?

—Organización, camión, balón, riñón —cantaron sus hijos.

—MAMÁ, CARIÑO, MARKO Y YO HEMOS ESTADO HABLANDO —dijo Susanna.

Como si yo no hubiera podido deducirlo de su ataque por sorpresa. Solo me maravillaba que hubiera transcurrido tanto tiempo desde el encuentro de Susanna y Valtonen hasta esa invasión.

—Estamos muy muy preocupados —continuó mi hija, y dejó que su perro olfateara y lamiera las botellas vacías de Olli.

Musgo y Gota estaban al menos igual de interesados en los restos que había dejado su abuelo.

—¿Ha estado la abuela casquete bebiendo aquí? —preguntaron, y compitieron por llevarse las botellas a la boca—. ¡Salud! ¡Chinchín! ¡De un trago!

—Queremos ayudar —trinó Susanna, indefensa—. Para que puedas poner tu vida en orden.

Susanna y Marko se imaginaban que mi vida estaría en orden si evitaba a personas desagradables, el tipo de mujeres que les hablaban a los niños sobre borracheras y blasfemaban demasiado, el tipo de hombres que entraban a la fuerza en mi casa para aprovecharse de mí y robar mis propiedades.

—¿Quién es ese Valtonen? —preguntó Marko amenazante, cuando recobró el habla.

Era una situación extraña. Como si hubiera acabado en una máquina del tiempo estropeada que me hubiera lanzado al pasado, pero situando a las personas en el lado equivocado. Ahí estaba yo, una mujer de setenta y cuatro años que aún no había sido declarada incapacitada intentando eludir el interrogatorio de sus hijos, como una adolescente que hubiera llevado a casa a su primer novio, al que sus padres se negaban a aceptar porque el chico era de mala familia, vestía de forma descuidada y la llevaría a la perdición con su forma de vida descarriada.

Mi madre se mostró vomitivamente lisonjera cuando, finalmente, arrastré a Olli a casa para que lo conocieran. Ya estábamos casados, y mi madre se tragó su decepción por teléfono, porque no nos habíamos casado por la iglesia. Luego, se consoló al pensar que, de todos modos, yo no habría accedido a ponerme un traje de novia, porque era diminuta y tenía los ojos muy pequeños. ¡Pero este Olli! Según mi madre, era un maravilloso caballero de Helsinki, a quien había que adular y echar crema en el café. Durante años tuve que soportar ese maldito endiosamiento, la gran suerte que había tenido al encontrar un hombre tan bueno. En opinión de mi madre, yo no me merecía a Olli, que era excelente. Mi madre no conocía la otra cara de nuestra felicidad matrimonial. Tampoco se lo conté. ¿Por qué iba a hacerlo? No habría soportado su forma de culparme y de regodearse. Por supuesto que era problema mío si no sabía ser feliz con un hombre mejor que yo.

La situación fue un poco diferente cuando Olli me llevó a Haukilahti a comer con sus padres el domingo. Joder, no sabía qué hacer con todos los tenedores y

cuchillos, y mi suegra me humilló con la mirada. Era de pueblo, paticorta y con nariz de patata, al contrario de lo que solía pasar en las mejores familias. Mi suegro no me molestaba; era tan callado como su hijo.

—¿Valtonen? Es de Kerava, está casado, pero es de mente abierta, si me entendéis —les dije a mis hijos, sonriendo de forma sádicamente tierna.

Me miraron con más estupor que antes. Marko se quedó blanco y Susanna se puso completamente roja. Su madre, en la etapa inicial de la viudez, practicaba la lujuria. Adulterio, eso era en su opinión el hecho de que Valtonen llevara los libros de Olli al vertedero.

—¿Casado? —repitió Susanna tontamente.

—Puede hacernos mucho daño económicamente —señaló Marko.

Su mirada, que pretendía ser formal, estaba cargada de una inmensa inseguridad y alarma. Tenía miedo de que ese extraterrestre llamado Valtonen invadiera su vida, se sentara a su mesa en Navidad, arruinase la imagen de su padre y sus recuerdos de niñez, convirtiera a su madre en un ser sexual y se hiciera con toda la herencia.

—No puedes mancillar así a papá. Ni a nosotros —soltó Susanna, y se dejó caer en el sofá, al lado de su hermano.

Allí estaban sentados como niños de tres años, mirándome con horror.

Entonces me enfadé. Me enfadé de tal forma que Jerkku se asustó y se quedó petrificado. En la biblioteca, Musgo y Gota habían conseguido formar un charco de whisky vaciando los culos de las botellas en el suelo. No nos prestaban atención; al parecer, estaban acostumbrados a los ataques de furia en su casa. Los sorbos que le pegaban al whisky y sus expresiones de desagrado iban al son de mis palabras.

—¿Se puede saber qué os he hecho? —empecé, regañándolos a modo de calentamiento.

Entonces escupí en la cara de mis pobres hijos su indiferencia y su pasividad, que, unidas a su admirable egoísmo, me habían sumido en una situación en la que sentía que seguía en una jaula, aunque lo razonable habría sido, por fin, ser libre para pensar en mí misma, en lo que me apetecía hacer y en todas las cosas divertidas y disfrutables que nunca habían tenido cabida en mi vida, pero que componían la mayor parte de su vida como adultos.

—Casquete, cogorza, casquete, cogorza —cantaban Musgo y Gota, golpeando el charco de whisky con las manos, y yo les grité a Marko y a Susanna, que se habían quedado paralizados ante la situación, totalmente nueva para ellos. Nunca me había enfadado con ellos; ni siquiera les había levantado la voz.

En los años setenta, los adultos progresistas con estudios sabíamos que un niño era un ser extremadamente sensible y frágil, al que no había que gritar ni hablar de malas maneras, al que no se le podía obligar ni dar órdenes, y cuya voluntad era algo respetable. Así que yo no me enfadaba. Aconsejaba, engatusaba, a veces sobornaba, pero nunca amenacé ni me enfadé, joder. Desarrollé una coraza de indiferencia, gracias a la cual no perdía los nervios por nada, aunque estuviera hirviendo en mi interior. Bueno, eso es una exageración. Nunca he tenido volcanes en mi interior. Soy muy equilibrada, y esa es mi fortaleza, joder, un equilibrio sombrío. Lo mejor era el silencio. Eso decía mi sombría madre, que fue quien me enseñó a guardar silencio.

—¡Para algunas, su propia vida independiente no empieza hasta los setenta y cuatro años! —les grité a mis hijos.

De Valtonen no mencioné una sola palabra, ya que, en mi explosión de ira, lo único que me parecía divertido es que Marko y Susanna pensarán que tenía mi propio príncipe nigeriano. ¡Imagínate! En lugar de eso, les grité sobre la libertad y los derechos con los que antes no me había permitido ni soñar, y empecé a vociferar, exactamente igual que Pike, también sobre la edad, que era solo un número. Se me escapó: quizá pensaba que esa tontería funcionaría con mis hijos, ya que quería que entendieran que no era una anciana, que podía caminar por mí misma, pensar por mí misma, comer y beber lo que quisiera y

vivir una vida completa, hasta que ya no pudiera, pues era imposible saber cuándo me esperaba la muerte.

—Pim, pam, pum, ¡fuera! —gritaban Musgo y Gota.

En ese juego no había tiempo que malgastar, y por eso estaba decidida a aprovechar todas las ocasiones que se me presentaran. Sin pensar en nadie más que en mí misma, por primera vez en mi vida.

—¿Aprovechar la ocasión? ¿Te refieres a Valtonen? —dijo Marko de forma desagradable, levantando una ceja.

Ignoré su insinuación. Ya había visto cómo se comportaban Marko y Susanna ante la idea de su madre como mujer. Era su madre, les pertenecía; en su mundo, yo no tenía otro papel que el de ser la abuela de sus maleducados hijos, aumentar su herencia y, en sus mentirosos recuerdos, haber sido la pareja de su querido padre y su altruista cuidadora. Alguien a quien culpar de todo lo malo en la vida.

Marko y Susanna se miraron. Intentaron transmitir algo que habían planeado de antemano. De pronto, empecé a sentir lástima por ellos. Mis pobres hijos habían venido aquí a poner mi vida en orden expulsando a Valtonen y ahora su intento se había ido al carajo. Desconcertados, se retorcían las manos en el sofá.

—¿Queréis café? —pregunté cuando dejé de gritar y el único ruido que se oía en la casa eran el hipo y las risitas de los mellizos.

Jerkku había ido con ellos y lamía el charco de whisky tumbado en el suelo.

Marko y Susanna vinieron, como terapeutas ocupacionales, detrás de mí hasta la cocina para comprobar qué tal se me daba preparar café. Con los brazos en jarras y aspecto intolerante observaron cómo sacaba una comida sorpresa bastante espectacular, con su café y sus pasteles. Los mellizos corrieron a la mesa y empezaron a arramblar alegremente con los emparedados de salmón y el chocolate al mismo tiempo.

—Primero deberíais quitaros los abrigo y los zapatos y lavaros las manos —

propuse, y Musgo y Gota lo consideraron una gran idea.

Pronto empezó a oírse un estruendoso ruido desde el cuarto de baño, ya que la limpieza de manos se convirtió espontáneamente en una guerra de agua.

—MAMÁ, CARIÑO —empezó Susanna, después de comerse dos emparedados en completo silencio—. Hemos pensado que deberías ir al médico. YO PUEDO IR CONTIGO.

Estaba preparada para todo tipo de papeleo sobre la tutela y el traspaso de propiedades, pero no para eso. De repente, resultaba que mis hijos consideraban que yo estaba enferma. ¿Por qué coño Susanna querría venir conmigo, si accedía a ir a la consulta? ¿Quería echar un vistazo a mi recto?

—Suelen pasar tantas cosas que es más fácil recordarlo si hay alguien más.

Mis hijos querían que me hiciera una prueba de alzhéimer, solo por si las moscas, del mismo modo que Hellu contaba sus pasos o se hacía una radiografía cuatro veces al año. Empecé a reír, por primera vez en mucho tiempo; me salió del alma y empecé a sentirme mejor aún que cuando estaba gritando. Pero Marko y Susanna guardaron un silencio sepulcral. Habían encontrado en internet suficientes pruebas de mi senilidad, y ahora me las ponían delante como si esto fuera un juicio en una serie de televisión.

—... algunos no se recuperan nunca de la muerte de su pareja...

—... una solución muy extrema, llevar a los niños al bar...

—... la madre de un compañero de trabajo murió justo después que su marido...

—... es fácil caer en la bebida a esta edad...

—... por ejemplo, este caos que hay aquí...

—... correr detrás de hombres desconocidos...

—... creo que esta leche también está estropeada...

Era obvio que, a su edad, sí estaba permitida toda confusión, negligencia o pataleta, o correr tras un hombre desconocido. Joder, no entiendo qué pretenden Marko y Susanna con todo esto. ¿Acaso es una venganza por el hecho de que nunca les he soltado un sermón cuando estaban en la edad del pavo? Cuando no recogían su habitación, vivían por encima de sus posibilidades y cada semana traían a desayunar a un compañero más horrible que el anterior. Nunca juzgué sus malditos descubrimientos. Parecía que había funcionado con Marko, pero Susanna había desarrollado un trauma. Sentía que no había obtenido mi aprobación, joder. ¡Y cómo iba a tenerla! Se veía a un kilómetro de distancia que sus novios eran unos mierdas violentos, el tipo de carisma que atrae a Susanna. Tampoco dije nada cuando, en la adolescencia, bebían tanto que tenía que ir a buscarlos de madrugada para traerlos a casa en coche y que durmieran la mona en su propio vómito. Siempre era todo culpa mía, maldita sea. No había sido autoritaria ni les había impuesto límites. No había intervenido lo suficiente, joder, no había aconsejado ni prevenido. Y ahora, como consecuencia, estaban los dos en mi cocina, reprendiéndome y poniéndole límites a mi vida, joder, porque soy una anciana y una bomba química cerebral a punto de explotar.

—He acordado la venta de esta casa con un agente inmobiliario —anuncié tranquilamente.

Susanna dio un grito y Marko empezó a golpetear los dedos de la mano izquierda sobre la mesa.

—No, mamá, hostias —acabó diciendo Marko—. ¿NO HABÍAMOS QUEDADO EN QUE YO ME ENCARGABA DE ESTAS COSAS?

—¿TE ACUERDAS? —preguntó Susanna, desafiante.

No me acordaba y no quería acordarme. Había puesto mi nombre únicamente en el inventario de los bienes de la herencia, según el cual la mitad de las propiedades en común con Olli habían sido traspasadas a mis hijos, pero sobre la vivienda me habían prometido la tenencia vitalicia. Si cambiaba de

vivienda, la situación apenas cambiaría en absoluto.

—La mitad de esta casa nos pertenece —señaló Marko, con la vena de la frente peligrosamente hinchada.

—Esta u otra vivienda, ¿qué diferencia hay? —respondí, aunque no estaba segura.

—MAMÁ, CARIÑO, estas cosas son muy complicadas para ti —dijo Susanna con empatía y me cogió la mano como si fuera un niño desconsolado—. Deja que Marko se ocupe de todo, y todo irá bien. Ya hemos investigado las diferentes residencias.

—¡No me jodas! —exclamé.

Debido a las punzadas en mi espalda, no era recomendable mudarse a un asilo de ancianos, eso era seguro.

En ese momento, Gota y Musgo vinieron remojados del cuarto de baño, con las manos pegajosas y oliendo a whisky. Marko miró con horror a su segunda temporada, recordó que tenía prisa y trabajo, y dijo que debía marcharse.

—Musgo y Gota se quedan aquí —dijo sin preguntarme.

Pensaba que los mellizos eran algún tipo de seguro de hogar. Mientras los niños estuvieran en mi casa como depósito, no me pondría a hacer nada que Marko considerara estúpido, como empaquetar los libros en bolsas con un hombre desconocido. De ese modo, no limitaría el tráfico en su propia realidad y mi vida continuaría según su guion. A Susanna ya le había dado tiempo a ir al coche a buscar el saco de comida de Jerkku, el cojín de dormir y los penes de toro deshidratados.

—Vaya, el hotel está lleno la primera noche —declaré.

—¡Hotel! ¡Genial! —gritó Musgo o Gota.

—¡Servicio de habitaciones! ¡Quiero una botella de priva! —chilló el otro, y corrió a tumbarse en mi cama, como un experimentado viajero de cuatro años.

—Os informo, Marko y Susanna, de que por el precio de un adosado de los años setenta en Espoo no puedo comprar en el centro de Helsinki nada más grande que un estudio. Así que voy a tener que cerrar el servicio de alojamiento.

Me sorprendí de lo rápidamente que se vendió la vivienda vintage de Keijumäki. Realmente, Sami Siltanen estaba en la profesión adecuada. Incluso consiguió una puja de ofertas que ganó una gran familia de inmigrantes —un ingeniero hindú con sus hijos y su mujer—, y todos se comportaron con la vivienda como si fuese la entrada al paraíso. De buen grado se la entregué a ellos, con todas sus grietas, daños por agua y desgastes, con un sentimiento de alivio tremendo. Fue un gran momento de celebración cuando cerré tras de mí la puerta exterior del adosado, sabiendo que nunca volvería a colgar adornos de temporada de sus clavos.

«Estos son los datos de contacto de mis hijos adultos. Pueden llamarlos ustedes mismos para que les entreguen sus copias de las llaves», le dije al hombre hindú en el momento de la firma del contrato de compraventa.

Le resultaba difícil comprender que Marko y Susanna no supieran que había vendido la casa. Sami me apoyó valientemente cuando le aseguré al señor hindú que mis hijos no cancelarían la compra.

—¿Cómo puedes saberlo con seguridad al cien por cien? —preguntó Pike con suspicacia—. ¿No habría sido necesario algún tipo de poder?

Estábamos en el Evergreen celebrando la venta de mi casa. Quería invitarlos a todos, ya que todos ellos me habían ayudado. Pike y Hellu eran el ejemplo de lo genial que era la vida en Töölö, y Pike había sido la primera en sugerírmelo. Valtonen había estado desmontando y empaquetando cosas activamente, y todo había empezado con las estanterías de libros. Ahora Pike

se quedó boquiabierta cuando entendió que había pasado mucho tiempo con Valtonen a causa de la mudanza.

—¿Qué mierda de relación secreta tenéis aquí?

Eran mis amigas más antiguas. Ellas me habían aceptado incondicionalmente, sin importarles los años que habían pasado, y me habían ayudado cuando empecé a dar los primeros pasos hacia mi nueva vida. Podría haberse dado la posibilidad de que mis amigas me hubieran dado la espalda y hubiera tenido que hacerlo todo sola. Me conmoví hasta las lágrimas mientras les daba las gracias.

—¡Queridas! —dije, con completa sinceridad—. ¡Brindemos por la vida!

Querida, esa palabra que no había desaparecido de mi vida. Cuando era niña, mi madre y las profesoras siempre la empleaban cuando estaban enfadadas. Con ella cubrían agresiones y decepciones que yo provocaba: «Ulla-Riitta, querida, no te puedes vestir así».

Olli se habría desmayado si lo hubiera llamado querido. Aunque, si soy totalmente sincera, puede que se lo hubiera dicho un par de veces, cuando él ya no entendía lo que le hablaba. Cuando lo giraba, lo lavaba y lo alimentaba. A veces, debido al cansancio o a otra cosa, Olli se convertía por un instante en una imagen patética en mi mente y dejaba que las palabras fluyeran de forma descontrolada de mi boca: «Ay, querido, ¿no puedes contenerte ni cuando te levanto?». Ese «querido» estaba lleno de desesperación, cansancio... y desprecio.

—Sois todas mis queridas —les dije a mis amigas en la mesa del Evergreen, y fue un sentimiento tan bueno como sencillo.

—¡La nueva y valiente vida de Ullis! —bramó Pike.

Yo estaba intentando mantener el ambiente festivo, pero, por algún motivo, mi

séquito no estaba en su mejor momento. Hellu se mantenía algo callada, ahí sentada con el gorro puesto. Se lo había bajado casi hasta los ojos.

—Necesitaba animarme y ahora tengo cejas nuevas —explicó, como si fuese culpa nuestra que le hubiesen quitado sus propias cejas y, en su lugar, le hubiesen inyectado color negro en una zona tan ancha que Hellu parecía, según sus propias palabras, Leonid Brézhnev. El procedimiento había durado mucho y había sido doloroso y caro—: Seiscientos euros, claro que me he animado. Al parecer, la próxima vez es más barato.

Nos quedamos en silencio. Por el mismo dinero, Hellu habría podido comprar un billete de ida y vuelta a Nueva York en un vuelo directo de Finnair, pero ella misma había elegido esa opción.

—No me interesa viajar —mintió, y no nos dejó siquiera echar un vistazo a sus nuevas cejas por debajo del gorro—. Las veréis cuando me haya acostumbrado a ellas.

El restaurante todavía estaba bastante vacío; los jubilados vendrían de fiesta más tarde y yo quería estar sentada con estas personas tranquilamente antes de que empezase el jaleo. La comida no era nada del otro mundo ni el Evergreen era realmente un sitio para comer, pero no nos importaba. Un filete o un plato de pasta eran opciones estupendas para nosotras. Excepto para Hellu, que movía en silencio la pechuga de pollo aburrida en su plato.

—¿Qué te pasa, Hellu? —preguntó Pike al cabo de un rato, cuando ya ni siquiera las cejas daban motivo de conversación—. ¿Tienes molestias en la tripa o en el bajo vientre? Ji, ji, ji... ¿Son náuseas o es más bien dolor? —Pike se burló de Hellu, que pudo probar suavemente de su propia medicina.

—Prueba con hinojo o lúpulo —propuso Valtonen.

—Nooo..., no es nada de eso. Es solo que... Me da vergüenza —dijo Hellu finalmente.

—¡Esas cejas! Maldita sea, ¿qué más da? —gritó Pike—. ¡Carrpee dieem y ya está!

La verdad era que no entendíamos a Hellu. Habíamos hablado de que había que deshacerse de la vergüenza antes de morir. En nuestra cafetería habitual, nos habíamos obligado, a modo de juego, a contar por turnos algo que nos avergonzara. Así había transcurrido una larga tarde, ya que todas las personas de nuestra edad teníamos el don de la vergüenza. Valtonen se avergonzaba de su mujer y de sí mismo, de cómo descuidaba a Seija; Pike se avergonzaba de su fracasado hijo soltero, al que seguía manteniendo y del que nunca hablaba; Hellu se avergonzaba de su matrimonio y de no haber aprendido nunca a hacer el spagat ni a usar el subjuntivo, y yo me avergonzaba de mí misma, de mi vida y de esas tonterías que cualquier otra persona habría llamado soluciones.

—No vamos a empezar con ese juego otra vez, ¿no? —preguntó Pike, y salió a fumar.

Quizá temía que algún día le mencionásemos la bebida.

—No es eso —dijo Hellu, burlona—. Claro que también se trata de un juego, aunque yo me lo he tomado en serio.

—¿No te habrás enfadado por un juego? —preguntó Valtonen, pero a nosotras ahora nos interesaba más el juego de la vergüenza real de Hellu.

—Me lancé a una relación seria con Jorma —confesó Hellu suspirando—. Me da mucha rabia que, a esta edad, aún me atreva a amar y dejarme llevar por mi instinto. Pero fue un error.

Nos quedamos aturdidos. En nuestra opinión, Jorma, de Turku, no era el clásico donjuán vividor, guapo y atractivo, sino un hombre bastante normal, del montón. Claro que ahí estaba la traición.

—Lo consideraba mi alma gemela —continuó Hellu—. Era civilizado e inteligente; hablábamos de arte y de política, de cosas importantes. Y me resultaba muy fácil abrirme a él, lo que ahora parece algo horrible. No digo más que bobadas. Pero Jorma también hablaba mucho.

Desafortunadamente, no había mucho de verdad en esas palabras. Hellu había empezado a sospechar porque el hombre no quería que ella viajara a Turku.

—Me habría resultado divertido ir de vez en cuando a Turku. Pero eso era impensable.

En Turku estaba la familia de Jorma: su mujer, sus hijos y sus nietos, en un idílico chalé que parecía salido de un manual para la tercera edad. Además, Jorma tenía una amante en Oulu mucho más joven que Hellu. Esta Jaana había llamado un día a Hellu y le había soltado llorando toda la verdad.

—Jaana me salvó —gimoteó Hellu, aunque no parecía en absoluto agradecida—. Siempre nos advierten de esto a las mujeres viejas. Solo una boba estúpida cae en brazos de un vividor.

—Jaana puede convertirse en una buena amiga tuya, igual que Tuula, la exmujer de tu exmarido —propuse. Me aliviaba saber que el gran desastre de Hellu no era más que eso. Temía que fuera algo peor, algo como cáncer. Los problemas del corazón eran una nimiedad—. ¿Acaso no sabemos afrontar estos golpes?

—No, Ullis, aquí no ayudan la edad ni la experiencia —replicó Hellu, casi enfadada—. ¡Por eso es tan horrible! Ninguna experiencia de mi larga vida me sirve de ayuda. Como Jorma escribía en un lenguaje tan bonito en la aplicación de citas, me abalancé a sus brazos como una adolescente inexperta.

Jorma no era ningún pelagatos. Había conseguido que muchas mujeres repartidas por Finlandia financiaran su empresa con todo tipo de pretextos. Había conseguido que Jaana comprara una vivienda a nombre de su propia empresa; al parecer, era una forma maravillosa de ahorrar impuestos y otros gastos, y ahora que Jaana intentaba deshacerse de Jorma, la vivienda era inequívocamente de él y no suya.

—Aunque yo nunca hice algo así —puntualizó Hellu—. No me dio tiempo.

Lo más difícil para Hellu había sido llamar a Jorma y hablar del tema. Él, ese maestro del control, se había hecho cargo de la situación, como de costumbre. Al parecer, Jaana era su perdición de años atrás, una cosa de un par de noches, pero nunca había superado su relación con Jorma y ahora lo perseguía, porque estaba mentalmente enferma. No tenía esposa ni familia, y Jorma no podía imaginarse un día de su vida sin Hellu, la mujer de sus sueños.

—Cuando empezó a enumerar mis características únicas y me recordó nuestros momentos juntos, me resultó difícil mantenerme firme. ¿Os podéis imaginar? Estaba tan frágil que lo creí.

Hellu lloraba. Lloriqueaba en silencio y se tapaba la cara para que no viéramos las lágrimas que goteaban sobre la mesa pegajosa del Evergreen. A Valtonen también se le llenaron los ojos de lágrimas: parecía tan alarmado que Pike no intentó decir nada gracioso. Un devoto silencio llenó la mesa. No había ni rastro del ambiente festivo que yo había planeado.

Soy una mala persona, pero me toca las narices que alguien de setenta y cuatro años llore desconsoladamente por un amor fugaz. Esta es mi fiesta, joder, yo los he invitado al restaurante para celebrar que, de algún modo, comienza mi vida. Pero eso tampoco interesa cuando alguien está pasando por este tremendo episodio. ¿Cuántos hombres ha habido en la vida de Hellu? ¿Diez? ¿Veinte? No lo sabía, joder, en toda mi puñetera vida solo había habido un hombre, un maldito grano en el culo del que por fin me había librado. ¿Así se sienten en los centros médicos africanos cuando las noticias finlandesas hablan sin cesar durante tres días sobre un hombre que ha enfermado en Pukkila porque le ha dado una puta diarrea al beber agua?

—Por otra parte —empezó Valtonen con descaro—, si sois sinceros a partir de ahora, y los dos sabéis de qué va el juego..., ¿no sería posible continuar con la relación?

Miramos a Valtonen, horrorizadas. Los ojos verdes de Pike ardían de ira y Hellu se quedó sin aliento. ¿Cómo se atrevía Valtonen a proponer semejante memez? ¿Estaba de parte de Jorma? Quizá tenía envidia de un hombre tan astuto y polifacético, como dijo Pike, volviendo a ensuciar una palabra completamente normal.

—Yo solo pensaba que, si estáis tan bien juntos, tenéis conversaciones profundas, el mismo sentido del humor y el sexo también va bien, ¿por qué no disfrutar de la compañía? Jorma no puede seguir engañándote si ya sabes de

qué va el asunto.

—Sí... —Hellu se quedó pensando—. La verdad es que no me ha engatusado para que pague más de lo que yo misma he ofrecido. Cuentas de restaurantes y billetes de tren, cosas pequeñas. Bueno, también unos neumáticos de invierno nuevos. Si no, no habría podido venir a Helsinki. ¡Ay, madre!

—¿Te molesta de algún modo que tenga mujer y familia en Turku? La verdad es que están allí todo el tiempo.

Siguieron conversando desde este nuevo punto de vista que, obviamente, aliviaba el peso de la vergüenza de Hellu. Valtonen disfrazó el asunto de experiencia maravillosa entre dos personas, y Hellu se sintió valiente, fuerte y abierta de mente.

—Yo también bailo aquí de vez en cuando con la viagra en la boca, aunque estoy casado. ¡Y no he visto que os moleste! —Valtonen rio en voz baja y nos rodeó a Pike y a mí con sus grandes brazos como si le perteneciéramos. Las dos nos molestamos—. Pero, Hellu, si eres celosa, deberías guardarte de ese juego.

—Es difícil saber si siento celos cuando nunca he vivido la experiencia — dijo Hellu lentamente, mientras se masajeaba la frente. El gorro empezaba a picarle y producirle sudor—. Otro tema son las personas que están enfermas de celos, que se creen dueñas de alguien y esas cosas. Yo no tengo experiencia en ninguna de las dos cosas. ¿Y vosotros?

Ninguno de nosotros lo admitió.

Por supuesto que sé que existen ese tipo de hombres que tienen celos del trabajo de su mujer, de sus amigos..., joder, hasta de sus amigas, de cualquiera que hable con su mujer. Olli no podría haber mostrado menos interés en lo que yo hacía, con quién hablaba o qué pensaba. Por lo que, en ese aspecto, era un maldito hombre ideal.

¿Pero soy yo celosa? ¿Qué habría hecho si Olli me hubiera contado durante la

cena que tenía una relación con la secretaria de su bufete? Me habría llevado una sorpresa de la hostia. Habría querido saber qué tipo de mujer era esa secretaria, qué tipo de mujer ponía su vida patas arriba por Olli. Entonces habría quitado la vajilla Ruska de la mesa y habría dejado que Olli siguiera a sus anchas.

—Ahora estoy más confusa que antes —gimió Hellu—. Ya no sé lo que quiero.

No creía ser muy posesiva ni muy celosa. A esa edad, ya no era necesario irse a vivir juntos, compartirlo todo y comprometerse totalmente, por lo que, en ese sentido, en la vida de Jorma podría haber habido más mujeres además de Hellu, como su propia esposa. Quizá alguien más joven que accediera engañada, solo para que él se aprovechara de ella. Pero era una idea imposible tener cerca a una persona que había mentido de forma tan hábil e indecente. Que afirmaba ser viudo, sabiendo que así se ganaría la compasión de mujeres empáticas. Era un hombre frío y calculador.

—Y pensar que muchas veces me describió sus sentimientos tras la muerte de su esposa de forma bastante creíble. ¡Y derramamos alguna lágrima juntos!

—Igual deseaba que su mujer estuviera muerta —dijo Valtonen entre risas, pero de pronto se puso serio—. Yo también lo deseo. La verdad es que... es difícil admitirlo, me avergüenzo de ello.

Valtonen se levantó rápidamente y fue a la barra a por una gran jarra de cerveza. Su alegre punto de vista constructivo había desaparecido por completo.

Pike no dijo nada en todo el tiempo. No por celos ni por otra cosa, la verdad. Era extraño, ya que siempre expresaba su opinión.

—¿Cambiamos de tema? —propuso Hellu—. Vamos a olvidar la vergüenza y a centrarnos en el miedo. Todos decimos por turnos algo que nos dé miedo.

Nos entusiasmó la propuesta, pero el tema se agotó enseguida porque nuestros

miedos no eran nada sorprendentes. Todos teníamos los mismos miedos, igual de probables y, por tanto, igual de serios. No sabíamos reírnos de ellos igual que hacíamos con las cosas que nos avergonzaban.

Nuestros miedos eran la vejez, la parálisis, la pérdida de memoria, la dependencia de otras personas y los dolores crónicos. Además, teníamos miedo de que no nos funcionara el intestino, de que los demás murieran antes que nosotros y nos quedásemos solos sufriendo dolorosamente, que tuviéramos que dejar de beber, que la viagra ya no funcionara, que perdiéramos la visión y también el oído. Entonces lo dejamos. El ambiente era lóbrego. Al final, Hellu se quitó el gorro y todos estallamos en carcajadas. Tenía unas cejas negras y gruesas, como si fuera a hacer de payaso en una función infantil. Puede que ahora se alegre la fiesta.

18

Ese sentimiento cuando, de pronto, algo se te escapa de las manos desaparece... —explicó mi hijo, tan agitado que no podía expresar sus pensamientos. Nunca había reparado en las manos tan pequeñas que tiene—. ¿Qué posición deberíamos adoptar al respecto? Es decir, pensando en los negocios.

Susanna tampoco parecía entender qué pretendía Marko. ¿Ahora era una cuestión de negocios? Jerkku estaba sentado al lado de Susanna y jadeaba de tal forma que le caía la baba sobre mis zapatos. Su aliento tenía un olor repulsivo. Estábamos en nuestro ya conocido restaurante de las verduras ralladas poniendo mi vida en orden.

—¡Disculpe! ¡Quiero un bol para mi mascota! —le gritó Susanna al camarero, que le trajo agua a Jerkku a la velocidad del rayo.

—¿Me trae una copa de vino tinto? Para mí. La pedí antes que esta bestia.

El profesional del servicio me miró perplejo y siguió su camino.

—¿Qué habíamos dicho de tu alcohol, mamá, cariño?

Susanna volvía a tener esa horripilante mirada, que contenía un ochenta por ciento de sentimentalismo y un veinte por ciento de puro horror.

—No habíamos dicho nada. ¿Por qué íbamos a hacerlo, Susana, cariño?

Este era el ambiente. Tenso, sin lugar a dudas, qué sorpresa. El ingeniero hindú había provocado un terrible shock en mis dos hijos entrados en la mediana edad. A su manera amable, les había contado que había comprado su casa de la infancia y ahora quería hacerse con todas las llaves que tenía la familia para su propia gran familia.

—Es que tu manera de informarnos... a nosotros, la parte interesada, no cumple... ningún criterio.

Marko soltaba desesperadamente lenguaje jurídico, ya que no era capaz de otra cosa. El único que estaba tranquilo era Jerkku, que dormía a mis pies después de haber ingerido dos litros de agua. Roncaba y se tiraba pedos mientras dormía. Se me empezaron a dormir las piernas bajo el cuerpo del perro, y aún no me habían traído mi vino. El taciturno camarero se había evaporado y no se lo veía por ninguna parte.

—Mis queridos hijos —dije lo más suavemente que pude.

Era mi forma de poner los puntos sobre las íes. Yo era su madre, era mayor que ellos, los había parido, criado y cuidado: definitivamente, estaba por encima de ellos. Sin mí, no existirían.

Cuando Olli y yo nos restregábamos a medias bajo la colcha en el piso de Etelä-Haaga para fabricar a nuestros herederos, algunos estaban preocupados por la población mundial y otras catástrofes. Pero nosotros mirábamos el calendario de mis menstruaciones, porque había que ponerse a ello otra vez. El único preliminar en esa actividad cívica era el puto termómetro. Tenía un par de amigos estudiantes concienciados que aclamaban las ventajas de no tener hijos. «El mundo se llena incluso sin nosotros», repetían. Uno se llamaba Pentti y la otra Marja, pero no eran pareja. ¿Dónde estaba ahora la maravilla de ser una jubilada feliz sin hijos? Por aquel entonces, Olli todavía debatía filosóficamente en nuestras tertulias nocturnas y dio muchos discursos en defensa de nuestro proyecto familiar. Eran tan expresivos como su pasión en los intentos de procreación. En su opinión, había que mejorar la humanidad y, como sus genes eran muy afortunados, había que ponerlos a disposición de la sociedad por el bien común.

Y aquí estaba el resultado de la mejora de la humanidad: Marko y Susanna.
¿Es el mundo mejor ahora?

Bajé el tono cariñoso maternal al nivel de mis hijos para conseguir que comprendieran que una viuda independiente de setenta y cuatro años, en pleno uso de sus facultades mentales, tenía derecho a gestionar sus propiedades. Por ejemplo, a vender una triste vivienda en la que nunca había estado a gusto, aunque había tenido que pasar allí encerrada la mitad de su vida.

—¿Encerrada? Qué dices...

—¿Adónde podría haber ido? —exclamé con voz innecesariamente fuerte.

Jerkku se despertó, lo cual me vino bien, porque pude empujarlo a los pies de Susanna. Los sermoneé un poco sobre esas cárceles en las que los prisioneros podían ir a caminar, estudiar y dedicarse a distintas actividades por parejas.

—¡Y yo, como cuidadora familiar, ni siquiera podía soñar con dormir cuatro horas seguidas!

—Tenías los días de vacaciones que nunca utilizaste.

Mi impertinente hija me miró como si fuese un siervo libre en el distrito más alejado de Rusia, que aún hoy día no sabía que la esclavitud, el poder zarista y la Unión Soviética habían sido derrocados y que nadie necesitaba conformarse con la vida en el campo embarrado con la azada en la mano.

—Las madres no teníamos reemplazo como en los establos. Nunca me acostumbré a eso —dije amenazante—. Y tampoco apareció ninguno de esos sustitutos de los cuidadores familiares en Keijumäki. Ni siquiera otros miembros de la familia.

—Lo siento, tengo que interrumpir este juego. Tengo prisa —intervino Marko, levantando las dos manos como si nos fuera a bendecir—. Centraos en esto.

De pronto, Marko volvía a tener la palabra. Explicó que los cuidados familiares no estaban relacionados con el orden del día, porque en su lista

tenía mis asuntos, una compra que consideraba ilegal, y la comunicación subordinada y la gestión inadecuada relacionadas con ella. En resumen, Marko se encolerizó y perdió su credibilidad.

—Es decir, ese... sentimiento, cuando un sij llama para contarme que le ha comprado nuestra casa a mitad de precio a una mujer senil, entonces..., entonces yo..., bueno, es que...

—Yo también pensaba que no podía ser verdad.

—Bastante loco todo esto.

Jerkku empezó a gruñirle a Marko, lo que parecía también sospechoso. Se había puesto rojo y de su boca solo salía un silbido. Tenía la vena de la frente a punto de explotar y parecía una serpiente; una serpiente en celo, si te parabas a pensarlo. Seguramente, una serpiente también se hinchaba y se tensaba en una situación como esta.

—Bueno —dije, todavía con voz suave.

Extendí delante de mis hijos los contratos de venta y el inventario de los bienes de la herencia. De otra carpeta saqué el certificado de solvencia del administrador de la finca de Töölö, el informe anual, el certificado de inspección y los planos del apartamento de una habitación en un cuarto piso que había comprado. Marko y Susanna me observaron conteniendo el aliento. Pobrecillos, todavía no se habían recuperado de la llamada del ingeniero hindú. Iban a necesitar tiempo, mucho tiempo, para acostumbrarse a la idea de que en la casa de su infancia ahora se oiría el bullicio de una familia inmigrante, y que nunca volverían a entrar por la puerta del adosado de Keijumäki como si fuera su casa, que ya hacía años que no lo era. Iban a necesitar al menos una década para acostumbrarse al hecho de que la senil de su madre había llevado a término un negocio brillante.

—Por una pesadilla en Espoo, tengo un pequeño sueño en Töölö. Un buen piso, aunque creí que acabaría en una vivienda mucho más pequeña — proseguí tranquilamente, y dejé que mis hijos inspeccionaran los papeles—. La reforma de fontanería está hecha, la fachada también está rehabilitada, el ascensor está reparado, está libre de deudas. El estado de la vivienda es

razonable, la cocina y el baño los renovaron con la reforma de fontanería, la cuota de la comunidad es de solo cien euros al mes... ¡Sami Siltanen, un ángel caído del cielo!

—... cómo deshacer este entramado jurídico...

—... una mudanza no es cosa menor, puede ser demasiado para ti...

—... básicamente, un apoderado y...

—... muchos ancianos mueren cuando se mudan, porque no se acostumbran a lo nuevo y...

—... puede cancelarse la compra alegando edad avanzada y estado mental...

—¿... quién diablos es Sami Siltanen?

No respondí, no comenté: me limité a escuchar. El camarero se dignó, por fin, a traerme una gran copa de vino tinto frío; no sé a qué nevera habría ido a buscarlo, pero no protesté, sino que me limité a darle las gracias de corazón y a bebérmelo todo de un trago. Fue un gesto eficaz. Marko y Susanna se quedaron en silencio, como si hubieran sufrido un golpe, y se quedaron mirándome fijamente. Me limpié la comisura de los labios con la servilleta, para no parecerme a Pike en una de sus borracheras diurnas, y retiré los papeles de la mesa. En el restaurante de las verduras ralladas había cada vez menos clientes; las familias con niños habían aprendido a ir a comer a otra parte. Solo un administrativo con prisa se metía en la boca un nabo a precio de oro y se mecía de tal forma al comer que su acreditación laboral golpeaba contra la mesa. Por lo demás, había silencio.

—De ninguna manera va a ser esto una carga para vosotros. Me mudé la semana pasada y tampoco fue una gran operación. Valtonen me ayudó.

—¡La semana pasada!

—¡Y no has dicho nada!

—¿Valtonen o Siltanen?

De nuevo estaban recibiendo un tipo de información que habrían necesitado una eternidad para procesar. Primero discutieron por quién habría tenido que evitar mi irresponsable acción, y después me reprocharon que no les hubiera dado las llaves de mi nuevo hogar.

—¡No se me ocurriría!

—ES POR SEGURIDAD, MAMÁ, CARIÑO.

Después se pusieron a discutir sobre si deberían instalar una cámara de seguridad en mi casa y sobre cuánto tendrían que preocuparse de Valtonen y Siltanen y de otros hombres que habían aparecido en sus vidas. En sus vidas. Mi frágil existencia estaba ahora en manos de estos hombres, y todo era sencillamente demasiado para el conjunto de sus capacidades mentales a medio formar.

Los dejé debatiendo quién pagaría la cuenta y si podía añadirse a los gastos del patrimonio. Solo me despedí de Jerkku, de forma visible y sin escatimar carantoñas, para mostrarles a Marko y a Susanna que yo también tenía un lado sensible.

19

El tiempo volaba en Töölö. De pronto, me di cuenta de que ya había pasado un mes de mi vida en mi primera casa, en mi primera casa de verdad, y no había invitado a nadie a venir.

—¿Fiesta de inauguración? ¡Genial! —Hellu se entusiasmó y prometió traer empanada de setas.

Pike y Valtonen querían traer «suficiente vino tinto». Los dos llegaron al mismo tiempo a mi fiesta y cada uno traía dos cajas de cartón bajo el brazo.

—Como piedra angular de tus noches solitarias. —Pike rio y se colgó un poco a la fuerza del brazo de Valtonen.

Mi casa tenía el tamaño adecuado. Había un pequeño dormitorio, donde la mitad de mi antigua cama de matrimonio cabía divinamente. Además, había una gran mesilla, donde pude apilar todos los libros que tenía a medias, una pequeña radio, un par de tarros de crema, diferentes gafas y, seguramente, algún día pondría mi propio arsenal de medicamentos. En la pared enfrente de la cama colgué mi cuadro favorito, que había comprado con mi propio dinero y sin consultar a nadie en los años noventa, una gran madona de Kuutti Lavonen. O eso parecía, una madona, aunque era solo una cabeza de mujer. Olli no podía soportar el cuadro, y por eso había estado todos esos años muriéndose de asco en el vestidor de Keijumäki. Pero ahora la madona me miraba con sus suaves ojos renacentistas y me ponía cada mañana de buen humor.

En el cuarto de estar había un sillón que cogí de la biblioteca de Olli, porque era un buen mueble y estaba muy bien hecho, ya no los hacían así. Lo mandé tapizar de nuevo para que desaparecieran el olor de Olli y todos los horribles recuerdos.

El principal recuerdo que tengo de Olli es el olor a hospital. Medicamentos, inyecciones, bolsas de goteo, sustancias desinfectantes para las úlceras, dispositivos sanitarios. También horribles secreciones, interminables regalos del intestino que un cuerpo no operativo sigue produciendo sin descanso hasta el final. ¿Qué sentido tenía todo eso? Después me sentaba en ese sillón infestado de maldad; por puro cansancio, me dejaba caer en la biblioteca de Keijumäki, el lugar más sagrado de Olli, donde nunca nadie había podido sentarse, y me colocaba sin preguntar en mitad de los mejores años de hombría de Olli. Las lágrimas me anegaron los ojos y lloré descontroladamente. Los mejores años de hombría de mi marido habían sido whisky rancio, pantalones sin lavar, camisetas con manchas de sudor, libros envejecidos y un toque fugaz de desodorante barato comprado en la tienda de ultramarinos. Era un cóctel que me hará deshacerme en lágrimas incluso en el lecho de muerte, y estas lágrimas no son de amor, joder, son putas lágrimas de puro sufrimiento.

Además, en el cuarto de estar había una pequeña estantería en la que Valtonen había organizado por orden alfabético los libros viejos que me había llevado. Podría leerlos en el sillón a la luz de mi nueva lámpara de pie en las frías noches de invierno. Compré una mesa en la que cabían cómodamente cuatro personas y, en caso necesario, incluso seis, para ponerla delante de la ventana. No tenía intención de convertirme en anfitriona de grandes cenas. Tampoco quería organizar las tradicionales celebraciones religiosas a las que todos mis herederos vendrían vestidos con sus mejores galas para fingir que había armonía.

La cocina era, según el manual de la comunidad de vecinos, una minicocina. Allí me cupo todo lo necesario y una mesa abatible. Extendía el periódico sobre la encimera de modo que se pudiera leer bien, especialmente si la luz del sol entraba por la ventana coronando mi café matutino. Solo faltaba la

música de orquesta de Grieg. En realidad, también faltaba el sol, pero confiaba en que apareciera a más tardar en mayo.

—Pero esto aún no está completamente listo, ¿no? —preguntó Valtonen, aunque intentaba maravillarse con todo lo que veía.

En su opinión, debería tener también alfombras y cortinas; de lo contrario, mi casa no sería un hogar. Recordé las historias de advertencia de Hellu sobre ancianos que tropezaban y morían en su casa, y me pregunté por qué Hellu aún no había venido. Pike defendió mis decisiones decorativas.

—Eso es muy de la temporada pasada. —Se giró para mirar a Valtonen—. Traducción: las alfombras y las cortinas están pasadas de moda. ¡Ullis es una mujer moderna!

Solo en ojos ajenos vi la realidad de mi casa. La había amueblado apresuradamente, por lo que el resultado era una solución ascética sin decoración de ambiente hogareño. Cuando se disipó el efecto de los polvos mágicos de Sami Siltanen, había conseguido emplear mano dura para deshacerme de mis trastos viejos.

—Si las cosas no caben en el armario, no las necesito —dije.

—¡Joder, yo no puedo con eso! —gritó Valtonen.

Él buscaba más espacio para almacenar cosas a medida que se le acumulaban. Ese año había pasado al siguiente nivel: había alquilado en algún lugar de Kerava un trastero para las cosas que no le cabían en los armarios, en el desván, en el sótano, en el garaje o en la cabaña de verano.

—Allí hay todo un complejo de almacenamiento; hay mucha gente a la que no le caben las cosas en casa.

—O en el vertedero —repliqué molesta.

Valtonen nos sirvió a todos vino tinto y yo llevé la ensalada a la mesa. Parecía que Hellu no iba a venir. No había respondido a mis mensajes, aunque la había bombardeado desde todo tipo de aparatos. Los tres cabíamos cómodamente en

la mesa. Brindamos y Pike y Valtonen me felicitaron por mi nueva casa. Intentamos por todos los medios estar alegres, aunque el plato vacío de Hellu nos recordaba tristemente su ausencia.

—Y nos hemos quedado sin su empanada de setas —se quejó Valtonen.

Hellu había estado extraña últimamente, seguramente debido a Jorma. No había hablado con ella desde que la invité a mi fiesta de inauguración. No podía soportar su mal de amores, pero cuando Hellu se pasó dos semanas sin venir a la clase de italiano me preocupé. Y cuando no apareció tampoco en clase de pesas rusas para jubilados, volví a la clase de hot yoga y a la de gimnasia del sótano solo para ver a Hellu. Pero tampoco estaba allí. Finalmente, me devolvió la llamada y me dijo que tenía gripe.

—Qué raro que Hellu no se haya vacunado contra la gripe —dijo Valtonen.

—¡Todavía no se ha inventado una vacuna que no se haya puesto tu hermana!
—gritó Pike, y empezó a cacarear de forma horrible—. La vacuna contra las garrapatas, Hellu también se la puso, ji, ji, ji, ¡aunque nunca sale de Töölö!

—¿Vosotras también veis en Nochevieja esa película en blanco y negro?
¿Cómo se llamaba...? —preguntó Valtonen por sorpresa, y las dos supimos al momento a qué se refería, aunque nadie recordaba el título^[1].

Valtonen imitó a sir Toby y al camarero tropezando con la cabeza de tigre y todos reímos innecesariamente para convencernos de que no estábamos preocupados.

—¡Yo brindo por Hellu! ¡Joder, por la casa de Ullis!

Pike tenía una buena cogorza. Pero el plato y el vaso de Hellu nos miraban, vacíos, y el ambiente volvió a ser delicado. Valtonen obligó a Pike a comer y yo recogí los platos de Hellu.

Mi casa, ¿dónde estaba? ¿Qué era? La vivienda de Keijumäki era el lugar en el que Marko y Susanna pasaron mis mejores años; ese lugar tenía un montón

de metros cuadrados, donde dejaba que Olli bebiera, y techos bajos, y el servicio de sanidad público lo había convertido en un infierno de los cuidados familiares. No, joder, mi casa era un lugar en el que había estado prisionera.

¿Mi casa de la infancia? Era horriblemente fría y oscura. Allí nos sentábamos, una familia silenciosa en la oscuridad, a hacer nuestras tareas. Era un buen lugar para crecer, porque nadie era físicamente violento y todavía no conocía la violencia psicológica. No quería ningún recuerdo de esa casa. Cuando murieron mis padres, el encargado de las subastas locales se lo llevó todo.

Yo sé lo que hacen los recuerdos, joder. Estropean el final de la vida y dan lugar a mentiras que se llaman nostalgia. Mierda, no lo puedo soportar. El tiempo no suaviza nada, ni siquiera los traumas. Este tenía que ser un hogar, joder, este piso de una habitación que yo misma había comprado. Era un poco estéril, pero era mío, maldita sea.

Cuando Valtonen me pasó más ensalada, me di cuenta de que sus manos estaban llenas de arañazos.

—¿Qué has hecho? ¿Te has peleado en una selva de zarzas?

Valtonen rio alegremente, de esa forma exuberante, como un bajo, disfrutando de su propia voz.

—Tengo una nueva amiguita. No os vais a creer lo maravillosa que es.

Pike se puso roja y miró a Valtonen sin esconder su propio horror. ¿Acaso Pike estaba celosa, joder?

—Una gata de los bosques siberianos, igual que la de la presidenta Tarja Halonen —dijo Valtonen con orgullo—. Salvé a Fjodor cuando trajeron un nuevo paciente a la residencia de Seija. Su gato se había quedado sin hogar.

—¿Fjodor? ¿Es tu nueva amiguita? —preguntó Pike, visiblemente aliviada.

—Ese es su nombre. Al parecer, su antiguo dueño no se había fijado en el animal muy de cerca, porque es una hembra.

—Tienes que cortarle las uñas —dije con tono formal.

—¡Joder, Valtonen! ¿Con qué cuidado has manoseado a ese gato? Con esos puños descomunales, ji, ji, ji.

Los comentarios de borracha de Pike cortaron la alegría de Valtonen. Se desplomó y bajó la cabeza, meneándola como un niño pequeño. Hice un torpe intento por animarlo.

—¡El abuelo y el gato, es maravilloso! Solo falta la mecedora. Para mí, un gato es mejor que un perro —dije, pensando en Jerkku—. Aunque el perro no fuera tamaño oveja y estuviera sucio. ¿Qué tipo de gato tienes?

Valtonen me miró con sus grandes ojos azules y sonrió como un niño. El gato tenía rayas rojizas y el pelo suave, y era bastante grande. Estaba bien educado, aunque arañaba las manos de su dueño cuando se desmadraba jugando. Valtonen tenía ciento veintisiete fotos de Fjodor en el móvil.

—¿Quién es el que se desmadra jugando de los dos? Ji, ji, ji... —farfulló Pike—. Fj... Fsj... O sea, Fjor, Frodo, joder, FJO-DOR, no hay quien pronuncie esto.

—Al menos, no estando borracha —observé, y Valtonen me lanzó una mirada llena de intención.

Sentía que teníamos buena conexión esa noche. Pike iba a lo suyo. Repetía «Fjodor» de todas las formas posibles y nos sirvió más vino a todos.

—No, gracias —dijo Valtonen—. Yo no quiero más.

—¡Joder, Valtonen! Te has convertido en un maldito catequista. Un cuidador de gatos, joder.

—No bebas más, Pirkko —contestó Valtonen.

Se hizo el silencio. No era para menos. Para empezar, Valtonen llamaba Pirkko a Pike. Eso significaba que Valtonen estaba muy unido a Pike, ya que usaba con ella un nombre diferente que nosotras.

Lo más importante era que alguien había intervenido en los hábitos de bebida de Pike. Ya era hora, la verdad, pero que ese alguien fuera Valtonen, nuestro frenético y travieso semisoltero que nunca había sido un moralista... Cuando Valtonen dio ese paso, empecé a avergonzarme de mí misma. ¿Por qué yo no había tenido el valor de intervenir en los hábitos de bebida de Pike? ¿Por qué siempre le había seguido el rollo, lo había permitido y aprobado todo?

La mujer de un alcohólico puede cometer muchos errores antes de que sea demasiado tarde. El primer error fue seguirle la corriente. La idea es que, al beber juntos, se puede controlar lo que bebe el otro, y que juntos somos borrachos felices y es una maldita diversión controlada y no una ingesta de alcohol desesperada.

Menudo autoengaño, joder. Algunos beben así hasta llegar juntos a la tumba, lo cual es muy romántico. Yo no aguantaba unas vacaciones de verano más. El alcohol no me gustaba, me daba resacas de mierda, vomitaba a escondidas de mis hijos, dormía mal, estaba cansada y abotargada. No era el destino ideal de vacaciones para nadie, excepto para Olli, que por fin creía haber encontrado una mujer agradable.

El siguiente error fueron las quejas. Hacía comentarios, era pesada, desagradable. Contaba las botellas, llevaba la cuenta de cada vez que se abría una lata, le daba la vara todo el día y lo insultaba delante de mis hijos, a su querido padre, cuyo alcoholismo los pequeños mocosos no habían registrado, ya que no sabían cómo era su padre sobrio.

El tercer error fue el silencio, un silencio sumiso, que significaba para Olli una vida fácil y la aprobación de su alcoholismo. Ya había dejado de quejarme. Aguantaba todo como una mártir, sin decir una palabra, y moví mi mitad de la cama de matrimonio a la habitación vacía de Marko.

El cuarto error fueron los cuidados familiares. Habría tenido que entender que un infierno causado por el alcohol no era mi responsabilidad, y que no estaba obligada a llevar una carga cada vez más pesada, día y noche, durante doce malditos años.

Pike miró a Valtonen con los ojos brumosos y manchados de maquillaje. Parecía seria. Por un momento, se miraron el uno al otro, y yo a ellos, todos esperando a que sucediera algún milagro que nos sacara de esa situación. Hasta que el milagro sucedió, como suele suceder en la vida: Pike besó a Valtonen. Fue un beso tan largo y tan ardiente que me dio tiempo primero a sorprenderme, después a maravillarme y, por último, a enfadarme. Un sentimiento fuerte y extraño me revolvió el estómago. ¿Acaso estaba celosa? ¿Podría haber estado yo ahí, ocupando el lugar de Pike? Empecé a mover ruidosamente los cacharros en la mesa para que terminara mi embarazoso ataque de celos.

Apilé en el fregadero los platos sucios y pensé en los besos de mi vida. ¿Acaso había tenido besos así de largos y ardientes? ¿Qué se sentía? De pronto, perdí el equilibrio al recordar cómo, hacía cien años, en la carretera de Koutua, Martti Kuokkanen, el hijo del sacristán, me había besado de la misma forma en que Valtonen besaba a Pike en mi mesa. ¡Martti Kuokkanen! Era un chico guapo, al que llevaba observando ya desde la catequesis; un verano, me llevó en el transportín de su bici a dar una vuelta y se detuvo para besarme de tal forma que aún hacía que me temblaran las piernas. Nunca he vuelto a experimentar tal cosa. Excepto la vez que estuve por primera vez con las chicas en el Evergreen. Kari Kirjosiipi nunca volvió, aunque lo había esperado muchas veces.

La cabeza me daba vueltas; me sentía envidiosa, enojada, enfadada y sola, cuando Pike y Valtonen por fin se separaron. Iba nerviosamente de la cocina a la sala de estar. Pike y Valtonen se miraron y sonrieron estúpidamente.

—Gracias, Seppo —repuso Pike.

¿Seppo? Claro que ese era su nombre. Ahora me empezaba a dar risa todo esto.

—Eres maravillosa —murmuró Seppo Valtonen, sin dejar de observar a Pike.

—Bueno —dije finalmente, sentándome de nuevo a la mesa, enfrente de ellos —. Parece que tenemos una feliz historia de amor ante nuestros ojos.

Pike me miró con timidez. Era obvio que tenía miedo de que yo me hubiera imaginado el final de mi vida con Valtonen. Por eso me había dado tanto la lata para que encontrara novio.

—¿Qué piensas? —gimió Pike con voz ronca, tras un largo momento de silencio.

—Estoy pensando en el gato —contesté, y ellos empezaron a reír—. ¡Hablo en serio! ¿Por qué Valtonen lo consigue todo y yo ni siquiera tengo un gato?

Pike parecía incómoda, pero Valtonen salvó la situación hablando en torrente sobre el gato. Ese gato maravilloso, Fjodor, le daba alegría de una forma que nunca había experimentado, como si Pike no tuviera ninguna relación con su felicidad. Dijo que disfrutaba acariciando al gato, cuando el gato ronroneaba en su regazo y le empujaba la pierna con la cabeza, cuando se sentaba a comer y cuando dormía a sus pies.

—Es fantástico —exclamó Valtonen.

—A mí también me vendrían bien unas caricias —dije en un tono innecesariamente mordaz.

Pike evitó mi mirada y Valtonen continuó con sus suspiros.

—Fjodor... Creo que es un buen compañero para mi salud mental.

—¡Joder, Seppo! ¿Hablas de él como si fuese una persona? —rugió Pike.

—¿Por qué no? En Koutua se hablaba así de los animales, ¿no, Ullis?

No lo recordaba, y lo cierto era que me resultaba indiferente. Estaba sinceramente contenta de que Valtonen tuviera a Fjodor y de que Pike tuviera a Valtonen, de tener mi propia casa y de haber logrado, por fin, mi independencia. Pero faltaba algo importante.

20

Aquí tienes un médico viudo (un dólar) de algún lugar de Uusimaa Oriental (abeto, pino y abedul), 82 años. ¿Qué dices (tres corazones)?».

Pike intentaba con más frenesí que nunca buscarme una cita; seguramente se debía a su apasionado y repentinamente público amor por Valtonen. Después de su éxito consiguiendo pareja, Pike nos veía a los que vivíamos solos como marginados patéticos que teníamos que llegar rápidamente a ese puerto de la felicidad en el que ella ya había atracado. El síntoma más evidente del compromiso de Pike con Valtonen fue que empezó a cerrar todos sus perfiles de citas y a ahuyentar a los ágiles veteranos de internet de su ordenador. Ahora me estaba haciendo a mí una compilación, porque, en su opinión, ella y yo éramos iguales.

Rechacé rotundamente al médico viudo. Bajo ningún concepto iba a cambiar mi recién adquirida libertad para ser la cuidadora de un completo extraño. ¿Qué otra cosa buscaba un señor de ochenta y dos años, si no era una cuidadora a domicilio gratuita?

«Ullis, ¿qué me estás contando (monja, emoticón de santa e iglesia)? Tú misma dijiste que necesitas a alguien que te acaricie (panda, mano)». Pike no paraba de llenar mi pantalla, ya que había rechazado de su reserva de hombres también a un marinero poeta de sesenta y siete años y a un viudo gay de setenta y seis que se había vuelto hetero y cuyo nick era «Volvería a intentarlo».

«Quizá lo necesitaba cuando lo dije», respondí mordazmente.

«Lo siento, Ullis. ¿No sabías que Seppo es el amor de mi vida (corazón latiendo fuertemente)? Lo siento mucho (dos ángeles). Estoy feliz como una perdiz (pájaro)».

«¡Pike! Ni que esto fuera una viudoteca».

Al parecer, Pike estaba a punto de morir de risa: «(candado abierto, candado cerrado, siete cangrejos, un cocodrilo, diferentes nubes, varios pretzels, un malabarista y una cordillera)». Tras la imagen de dos botellas de champán, por fin encontró palabras y dijo que iba a montar un bar llamado La Viudoteca en el centro de Helsinki. No dejó de darme la lata hasta que le prometí salir con ella. Quedamos en vernos en el Evergreen antes de que los cazadores en celo se pusieran en movimiento.

Pike había hecho una reserva, qué gesto más pomposo, y el camarero me indicó una mesa para dos en un rincón oscuro al fondo.

—Espero que cumpla sus expectativas —dijo el camarero alegremente mientras encendía una vela.

La idea de una cena con Pike a la luz de las velas me hizo reír. Estaba sentada a la mesa mirando el móvil con impaciencia, como si no me desconcertara el hecho de que estaba sola en un restaurante por primera vez en mi vida. Maldije a Pike, quien, fiel a su costumbre, volvía a retrasarse.

—¿Disculpe?

Un hombre encanecido se inclinó a mi lado inquisitivamente. Había visto al tipo apoyado en la barra del bar cuando llegué. Un pescador infeliz que corría detrás de mí pensando que buscaba compañía.

—Este sitio está ocupado; espero a mi amiga.

—¿Eres Ullis?

Miré al hombre con sospecha. Era ancho de espaldas y de corta estatura, un caballero bien conservado al que, con toda seguridad, nunca había visto antes. ¿Por qué diablos sabía mi nombre? ¿Era algún fantasma del pasado? ¿Cuál

podía haber sido su aspecto hacía treinta años?

El hombre estaba de pie en el sitio de Pike y me guiñó el ojo.

—Lamentablemente, he de decir que no recuerdo... —musité confundida.

Ningún hombre me había guiñado nunca el ojo, gesto que, en esa cara, parecía un signo de angustia. ¿Dónde coño se había metido Pike?

—Por la patria —dijo el hombre, con una misteriosa mueca.

No lo entendí, y él repitió su frase. Empecé a mirar en dirección al camarero para que se llevara a ese enfermo mental lejos de la mesa antes de que se presentara allí Pike y decidiera emparejarnos.

El hombre se inclinó sobre la mesa y susurró de forma audible, como si quisiera hacer público su secreto ante todo el mundo:

—¡«Por la patria» es mi nick en Abuelos Marchosos!

Alzó de forma sugerente sus gruesas cejas y se quedó esperando mi reacción.

—Disculpe, ¿qué es Abuelo Marchoso?

—Abuelos Marchosos —corrigió el loco, asintiendo con cara de complicidad—. Tú eres Pelo Llameante, lo sé, aunque tu pelo no llamea tanto como en tu foto. La foto es de hace años, ¿verdad?

Miré al hombre que estaba en mi mesa y comprendí con horror el truco de Pike. Estaba en una cita a ciegas con ese hombre, ese al que Pike había cazado en alguna de sus páginas de citas con su pelo llameante, al que había dado mi nombre y al que ahora había enviado a un Evergreen vacío para que viniera a molestarme a una mesa con velas mientras ella disfrutaba de su ausencia, seguramente en Kerava con Valtonen y con el gato en su regazo.

—Yo no soy Pike —dije con un balbuceo; estaba como paralizada.

—¿Pike? ¿Por qué ibas a ser Pike? —El hombre volvió a levantar la ceja y pidió una botella de vino espumoso barato—. ¡Pelo Llameante, hoy vamos a

divertirnos!

Lo gracioso era que el nick «Por la patria» hablaba de sí mismo. Era un hombre de negocios divorciado que había desarrollado su actividad en el campo de las alcantarillas y que seguía aferrado a la vida laboral. Había grandes planes para crear una red de alcantarillas en Bielorrusia y en Ucrania. Vivía en una enorme vivienda con vistas al mar en algún lugar del archipiélago del este de Helsinki y tenía tres coches, de los cuales uno era un modelo del año 1966. «Un año fantástico también para vinos y mujeres», rio imaginando que me estaba halagando. Y, por si eso no fuera suficientemente perfecto, me dijo que amaba ir en lancha motora y coleccionar vidrio artístico finlandés. Seguramente, todo aquello habría resultado bastante atractivo en la página del Abuelo Marchoso a ojos de Pike, pero la verdadera pasión del hombre era la guerra.

—Quizá no sepas qué es la operación Zorro Plateado y la sorpresa del general Meretskov, ¿verdad? —preguntó seductoramente.

Estaba equivocada. Creía que los zorros plateados eran ciudadanos activos canosos y la sorpresa del general, algún tipo de postre. El caballero que me acompañaba rio y se lanzó directamente a Lodéinoje Pole, Sântämä y Nietjärvi, habló de fuego graneado y de barcos de asalto, disertó sobre la fuerza numérica y las batallas dilatorias e hizo que todo sonara obsceno. Me bebí media botella de dulce vino espumoso y ni siquiera me di cuenta de cuándo había cambiado de guerra.

—... esta operación llamada Barco de Vapor Ruso tuvo que detenerse también en Austria, cuando los alemanes invadieron poco más tarde la zona de Polonia del Congreso.

—Yo también estuve una vez en un congreso en Polonia —comenté, ya bastante borracha, y consideré que había dicho algo gracioso.

Pero a este barco de vapor del este de Helsinki no había quien lo parara. Luchaba en una ardua guerra de desgaste en su propio frente, y el resultado no podía ser sino una catástrofe.

—... un ejemplo extremadamente fascinante de la actividad inútil es la batalla

de Verdún, donde, en lugar de la estrategia, los elementos cruciales fueron los factores sorpresa, como la insubordinación, la nieve y la sed. —La enciclopedia de pobladas cejas me dio una conferencia con la boca seca.

Por pura insubordinación, casi me había bebido sola toda la botella, y él pidió otra.

—Voy a hacer una retirada estratégica: voy a la letrina —anuncié adaptándome a los términos militares y me sentí peor.

El hombre se levantó cuando me fui. Costumbre de su formación como oficial, supuse.

—¿No te estoy aburriendo? —preguntó con cara de preocupación y me agarró las manos con sus pequeñas manos secas.

—Por supuesto que no; ahora vuelvo —exclamé, soltándome de un tirón.

Después de haberme bebido alegremente toda la botella de vino malo, me enjuagué la boca y salí con sigilo del restaurante. Un taxi me llevó rápidamente a mi destino. Por fortuna, ya no vivía en Keijumäki. Una vez en casa, no tenía fuerzas para limpiarme el maquillaje ni desvestirme, así que me dejé caer directamente en la cama, con los zapatos sobre la colcha, hasta que me desperté con un horrible sabor de boca a las seis de la mañana, con todos los miembros rígidos, como si tuviera ciento dos años. Mi teléfono me informó de que Pike había llamado doce veces. No pensaba responder a sus llamadas en dos semanas.

Todo era culpa de la maldita Pike. Era ella quien me había hecho creer que una mujer de setenta y cuatro años podía ser salvaje y libre. «Irresponsable y libre», había dicho en agosto en la terraza de Esplanadi; joder, parecía que había pasado un siglo desde aquello. Por un momento, creí que el mundo sería nuestro, de las mujeres irresponsables y libres, y estaría lleno de cosas magníficas; que esta reina del mercado de la soltería podría experimentar el amor de su vida justo ahora, y que toda esa presión que había sufrido hasta ahora solo había valido para que la libertad gloriosa de la última curva fuera

una satisfacción divina. ¡Un clavo en el culo! Eso también lo había vociferado Pike en la terraza. Cuando tienes un gran clavo en el culo durante setenta años y te lo sacas, el final de la vida es puro disfrute.

La ciudad estaba llena de gente como nosotras, divorciados y viudos solitarios de setenta años, perdidos y desprovistos de identidad, eso era verdad, pero no significaba que estuviéramos a gusto unos con otros ni que fuéramos la garantía de la felicidad de los demás. Ese maldito loco de la guerra y yo no teníamos nada en común, aunque los dos eligiéramos el último grupo de edad en las encuestas. Ahora sabía lo que sentían los niños a los que obligaban a jugar juntos mientras los adultos hablaban. ¡Maldita Pike! ¡Y maldito Valtonen! ¡El auténtico escuadrón de fuerza de Olónets, joder! Me habían lanzado el fuego graneado de la operación Zorro Plateado sin armas de defensa. ¡Joder!

Miré preocupada a mi alrededor, ya que en la casa de Hellu reinaba un extraño caos. Sobres sin abrir, tazas de café sucias, cajas de pizza vacías por todas partes e indeterminadas bolsas de ropa aquí y allá. Siempre había considerado a Hellu una persona organizada. Aquello tenía que ser algún desorden temporal debido a una gripe demasiado larga, a Jorma, o a ambas cosas. Fui a la cocina y preparé café para estar ocupada; coloqué los panecillos que había comprado en un pequeño plato sucio. Estaba tensa, porque había invadido el espacio privado de otra persona. ¿Acaso una vieja amiga no podía padecer su mal de amores en paz? ¿Qué me inquietaba, la curiosidad o el instinto de protección?

¡Mierda! Toda esa palabrería sobre la vocación y el instinto de cuidado es cosa de los hombres. Ese maldito trabajo, que es el más asqueroso de todos, no necesita más remuneración que una compensación formal porque, al parecer, se hace por vocación. Y esa maldita vocación solo la tenemos algunos, los escasos elegidos. Es enormemente gratificante cuidar las putas heridas purulentas de un cónyuge paralítico sola en casa durante doce años. Si mi hija tiene una borrachera de empatía maniática de vez en cuando como consecuencia de la muerte de su padre, yo tengo una maldita resaca de empatía de mi propia vida. Nunca volveré a aceptar cuidar a nadie, joder. Ahora solo estoy preparando los bollos del café para mi amiga, eso es diferente.

—¿Qué ha pasado en el mundo? —preguntó Hellu, esforzándose por estar alegre—. ¿Qué tal fue la fiesta de inauguración?

Le hablé calmadamente del eterno beso de «Pirkko y Seppo», del nuevo gato de raza de Valtonen llamado Fjodor y de lo alarmados que estaban mis hijos por el maravilloso negocio que había hecho la senil de su madre. Cuando imité a Sami Siltanen, con sus gafas gruesas, fascinado ante la vajilla Ruska, Hellu se rio sonoramente. Empecé a decir bobadas de puro nervio, como para ganar tiempo, y también mencioné la cita a ciegas con el loco de la guerra. Hablar de ello fue terapéutico y alivió un poco mi vergüenza. Hellu no parecía estar enferma y estaba de buen humor, lo cual podía deberse a su nuevo corte de pelo.

Cuando nos terminamos los panecillos de Viena y el café, Hellu quería saber hasta dónde habíamos llegado en clase de italiano. No recordaba nada, ni siquiera cómo se llamaba el hombre del jersey de lana; pero, cuando Hellu sacó el libro, le mostré los capítulos que habíamos visto. Tuvo la deferencia de no preguntar por el hot yoga ni por las pesas rusas.

—¿Crees que podrás venir mañana a clase de italiano? —pregunté, esperanzada.

Hellu no iba a sentirse mejor si se quedaba tumbada en esa casa desordenada. ¿Podría estar sufriendo depresión? Una persona con depresión profunda podía tener momentos alegres y sociales, y también dejar las facturas sin pagar y no ocuparse de sus obligaciones. El montón de sobres sin abrir confirmaba mis sospechas. Claro que se trataba de facturas. Y Hellu tenía un motivo, el desgraciado de Jorma.

—Sí, he pensado en ir —contestó Hellu de forma sorprendentemente enérgica—. Pero tengo que contarte... algo.

Había llegado el momento. Sentí cómo el martillo describía un gran arco y me restallaba en las sienes. No era gripe, en absoluto. Tampoco era un corazón roto ni depresión, ya que nadie hablaría así de ello. Solo quedaba una opción. Cáncer, cáncer, cáncer. La posible depresión se debía al cáncer. Todo se debía al cáncer: el fanatismo por la salud y las numerosas revisiones y, por supuesto, también Jorma, el último sprint antes de la curva de la muerte. Entonces, ¿el

nuevo corte de pelo de Hellu era una peluca bien lograda? Sujeté la taza vacía de café con las dos manos como si fuese un chupete.

—Síndrome de Ewing.

Fue lo único que entendí del tranquilo discurso profesional de Hellu. Síndrome de Ewing. Sonaba a retraso mental o trastorno de la concentración, pero era un tipo de enfermedad rara. Tan rara que Hellu parecía hasta orgullosa. Solo el diagnóstico había requerido la concienzuda investigación de varios médicos con doctorados sobre ella y sus síntomas.

Pero ¿afección? ¿Se le notaba a Hellu el sarcoma al hablar? Iba a conocer de primera mano lo que eran el cáncer y sus interminables tratamientos. Yo había oído hablar de muchas personas que ayer estaban sanas y que, tras las huellas del cáncer, languidecían y se iban marchitando como ruinas humanas, agradecidas por los pocos meses que se les regalaban. Un ciudadano de pro no se negaba al tratamiento contra el cáncer: eran muestras especiales de atención subvencionadas por la sociedad, una verdadera devolución fiscal. Los oncólogos eran los héroes de nuestro tiempo, que siempre lo daban todo en el campo de batalla, hasta el último citostático, sin pensar en las consecuencias de sus actos.

—... que no se puede operar.

Cierto, las operaciones. Solían ser la mejor solución. Muchos se despertaban tras la operación en una nueva vida y, solo después, entendían su propia mortalidad. Vencer al cáncer era como un mensaje del más allá, y siempre traía un nuevo tipo de iluminación. Las revistas estaban llenas de esas historias, de narraciones sobre la prórroga, cuando los matrimonios dejaban de pelear, se daba las gracias por la lluvia y cada mañana era una alegría. La verdad era que yo también estaba en la prórroga, como guerrera que había vencido al cáncer de mama. No es necesario morir de cáncer; al menos, no Hellu. Había leído en alguna parte que una tercera parte de las personas que habían llegado a los cien años había sufrido un cáncer o dos.

—Lo siento, Hellu. Me resulta difícil concentrarme. ¿Qué es este síndrome?

—¡No has escuchado lo que te he dicho!

Hellu estaba molesta, y con razón. Para ella suponía un gran esfuerzo hablar de su enfermedad. No estaba preparada para que yo, a quien había decidido contárselo primero, una gran experta en la muerte, no pudiera recibir las noticias con la eficacia con la que ella las presentaba.

—¡Tengo cáncer de huesos! —dijo, mirándome de forma inexpresiva, como esperando alguna señal de que el mensaje central había llegado a su destino.

El blanco de sus ojos estaba algo amarillento, y recordé borrosamente que algún experto médico rural había afirmado ser capaz de ver en los ojos de las personas si estaban sanas o enfermas.

—Así que el síndrome es un cáncer.

—Sí, Ullis, es un cáncer.

Me entraron ganas de llorar, pero, como Hellu estaba inquebrantablemente serena, intenté ser fuerte. Hellu sería la siguiente. Ahora las cosas eran así. Ya habíamos hablado de ello. Cualquiera jubilado alegre podría estar mañana gravemente enfermo. La enfermedad siempre era mortal o irreversible y nos llevaba apresuradamente hacia la tumba o lentamente hacia la residencia; ambas opciones eran horribles. Intentábamos prepararnos para cualquier cosa desagradable y estadísticamente probable, pero esta anticipación no ayudaba. Solo se entendía el alcance de una enfermedad cuando te pillaba suficientemente cerca, y siempre era igual de injusta e increíble. ¿Por qué Hellu? ¿Hellu, que con tanta energía se preocupaba por su salud! ¿Qué sentido tenía eso? ¿Si justo ahora tendríamos que empezar a vivir! Se me secó la boca y se me empañaron los ojos. Era grotesco que Hellu tuviera que consolarme a mí, aunque ella estaba enferma y yo sana, al menos hoy... Al menos, que yo supiera. Lo cierto era que yo no había corrido a hacerme resonancias magnéticas y pruebas como Hellu. Allí sentada, en la turbulencia de mis alarmados pensamientos, comprendí por qué tanta gente ocultaba sus enfermedades graves a sus personas queridas. No tenían fuerzas para consolarnos a los que estábamos sanos y nos entristecíamos de una forma tan confusa.

—El tumor está en un sitio complicado. Es un gran riesgo... a mi edad.

—¿A tu edad? ¿Acaso estamos ahora en el grupo de edad al que ya no merece la pena tratar? —grité demasiado fuerte.

No pude aguantar más las lágrimas, que me empezaron a caer por las mejillas. Miré desvalida a Hellu, que me secaba con su propia servilleta, igual que Sami Siltanen, sin dejar de sonreír estoicamente. ¿Eso era lo que daba el cáncer? ¿Sabiduría y tranquilidad?

—Yo ya he llorado bastante por mi propio destino. Es bastante absurdo —dijo Hellu, con una débil sonrisa—. Estamos en esa edad trágica en la que tenemos que enfrentarnos a nuestra propia muerte como algo natural. Solo tenemos que aceptarlo. Y, sin embargo, mi primer pensamiento fue de gran amargura. ¿Así que esto es todo?

Hellu sonrió cansada y afectadamente ante sus propios pensamientos patéticos. El segundo pensamiento había sido: «¿Por qué Dios me castiga, aunque no creo en él?». De eso ya nos reímos un poco. Su tercer pensamiento y los siguientes intentaban ser racionales. Hellu había pensado qué opciones tenía y si podría haber influido de alguna manera para que el cáncer se hubiera detectado a tiempo. Ella y todos los médicos estaban de acuerdo en que no habría podido hacer nada. Ella no había provocado la enfermedad ni había hecho nada malo; se desconocían las causas del síndrome de Ewing.

—Con la cantidad de medios que hay para tratar el cáncer y no hay nada que funcione con el mío —dijo Hellu.

Habló del síndrome de predisposición a tumores, de la existencia hereditaria múltiple y de todo lo que se había perdido. En mi mente quedaron solo la eliminación del tumor y la reconstrucción, donde de un hueso congelado en algún banco se podía crear un nuevo fragmento. Empecé a sentirme débil, a pesar de haber sido una dentista tan dura. Pero Hellu continuó, con las mejillas casi ardiendo de salud. Hacía que el tratamiento moderno contra el cáncer sonara como una aventura, algún tipo de parque de atracciones para jubilados al que se le había negado la entrada.

Joder, no quiero ser experta en esos términos. Fibromialgia, melanoma,

miosina, joder, no me los voy a guardar en la mente; quiero que me salgan por la otra oreja, pero anidan diabólicamente en mi cerebro y me recuerdan de qué va todo esto. Del final de la vida. Muy corto, completamente imprevisible, cuya puta alternativa es una humillante y lacerante larga vejez.

¿Cómo diablos podría alguien acostumbrarse a la muerte? Todos se mueren. Erkki murió, ¿lo oíste? Eila también murió, igual que Inkeri, y, por supuesto, sabes la horripilante forma en que murió Matti. Qué despiadadas son estas rifas, en las que los premios que se reparten son tan escasos. El premio es un momento más de vida saludable. Un cáncer aquí, otro allá y pum, una arritmia ahí y un infarto al corazón. ¿Te han hecho un estoma? ¡A mí también! ¡Pero yo tengo gota y escoliosis y ayer trajeron a casa una silla de ruedas para mi hermana pequeña!

—Un setenta por ciento de pacientes se recupera del cáncer. Lo que pasa es que yo no pertenezco a ese grupo.

—¿Tú eres del otro treinta por ciento?

—Más o menos.

Me tragué las lágrimas, suspiré e intenté no mirar a Hellu. Me entró mala conciencia por haberme reído de su histérico frenesí con las pruebas médicas. Todas las resonancias magnéticas y las endoscopias estaban relacionadas con la caza desesperada de una célula madre cancerosa después de haber detectado la primera metástasis en alguna radiografía rutinaria. Sin esa radiografía, puede que Hellu aún no supiera que tenía una enfermedad terminal. ¿Era una ventaja? ¿Algo por lo que estar agradecidas? Estaríamos hablando en esta mesa de otras cosas, mucho más alegres, si no se hubiese hecho ninguna radiografía. Pero los occidentales, al menos esta señora mayor de setenta años, habíamos crecido apreciando la información y la verdad. El cáncer era la verdad. Había que vivir y morir con él. Hellu dijo alegremente que se había diagnosticado a sí misma. Era, con seguridad, la sanidad del futuro.

—Google me ayudó y me cuidó. Encontré el síndrome de Ewing y llamé al

centro de salud.

Todavía no entendía lo enferma que estaba Hellu. ¿Le habían concedido meses o semanas de vida? Pensé en lo que yo haría si el médico me dijera que solo me quedaban un par de meses. Ahora mismo sería un desastre, ahora que, por vez primera, había intentado entusiasmarme con las posibilidades que me ofrecía la vida. Si el síndrome de Ewing me hubiera golpeado hacía ocho años, me habría liberado de un infierno.

—La fiebre es parte de ello —dijo Hellu—. Igual que la pérdida de las cejas. Pero, fíjate, ¡puedo quedarme con mi pelo!

Con esa alegría había ido también a la peluquería. Hellu había aceptado su destino con una valentía increíble. Quería vivir con todas sus fuerzas los pocos días que le quedaban. Por eso quería venir también a las clases de italiano.

—Me da alegría, igual que el hot yoga. La verdad es que me lo paso pipa con la gimnasia del ascensor.

Cuando llevaba dos horas en casa de Hellu, ella estaba lozana y sana y yo, cansada y enferma. Rebosaba de planes para el final de la vida; planes relacionados, principalmente, con organizar cosas y con las pequeñas alegrías rutinarias. De pronto, se puso en pie y fue a buscar un archivador a la habitación. En la tapa ponía: «Memento mori».

—«Recuerda tu muerte», ¿no es un buen título? Aquí se tienen en cuenta todas las cosas relacionadas con la muerte, como la compañía telefónica, las suscripciones a revistas, la membresía de distintas asociaciones, los seguros y cuentas bancarias, los perfiles de redes sociales y las tarjetas de fidelidad. Hay que cancelarlas después de la muerte, y a los seres queridos les resulta complicado organizar estas cosas.

Había pensado en todo. Había un borrador para su esquila, información sobre el terreno del cementerio, el programa de su funeral y el servicio, incluso una lista de invitados. Mi nombre estaba casi al principio, justo debajo de Pike. El memorando Memento mori también tenía un apartado llamado «Posible mascota», aunque el perro de Hellu había muerto hacía veintitrés años. Pero

ella creía que el archivador podía servir como borrador para un amplio grupo de población. Subiría una versión a internet para que cualquiera lo pudiera consultar cuando pensara en su final. Para la posible mascota había tres opciones: 1) matarla (entonces había que decidir la fecha, el veterinario y el lugar de entierro); 2) entregársela a un ser querido nombrado de antemano (acuerdo incluido); 3) transferirla a la clínica de mascotas para darla en acogida (datos de la clínica de mascotas adjuntos).

Eché un vistazo al archivador con sentimientos encontrados. Hellu estaba macabramente contenta mientras me enseñaba el resultado de su trabajo. ¿Así era como aplazaba la muerte? ¿Así era como transformaba lo aterrador y lo desconocido en algo concreto? Empecé a sentirme débil, pero leí una página tras otra, todo lo que Hellu había pensado en relación con su propia muerte.

«Si pierdo la conciencia y me prolongan la vida artificialmente», empezaba un nuevo capítulo en la parte superior de una página. Allí había un texto conocido sobre voluntades vitales, y el resto de los deberes que habían hecho mis hijos. Hellu quería que la desconectaran de los respiradores y sondas de alimentación. Pero entonces seguía una sorpresa: había que tener en cuenta la fecha antes de retirar las sondas. Después de mediados de mes, convenía prolongar la vida artificialmente hasta el comienzo del mes siguiente. De ese modo se aseguraba el pago de un mes más de pensión.

—¿No es genial? Mi pensión la pagan siempre el día 3 de cada mes. Después, me pueden dejar ir.

Hellu no tenía hijos. Me quedé pensando en quiénes se quedarían al lado de la sonda esperando a que llegase el día 3. ¿Yo? ¿Y Valtonen, como único familiar?

—Los apoderados están en la página siete —indicó Hellu.

Allí pude ver fácilmente mi propio nombre, escrito en negrita. Podría compartir con Pike las tareas de maestra de la sonda.

Me quedé sin palabras con el archivador de Hellu, pero ella se dispuso a explicar otros proyectos. Después, revisaría todas las fotografías y escribiría por detrás quiénes aparecían en las fotos.

—Recortaré a las personas desagradables. O a esas de las que nadie tiene que saber nada —dijo, y sonrió como si lo único que tuviera en las cajas fueran fotos de sus amores secretos desnudos.

Hellu se comportaba con la muerte que la acechaba como si fuera la limpieza general de primavera. No hablaba de dolores ni de miedos, de penas por su destino, ni participaba en mis intermitentes ataques de llanto más que para tranquilizarme. Había sacado de la estantería una copia en inglés de *La tempestad* de Shakespeare y su traducción al finés de Paavo Cajander y tenía la intención de examinarlas. No hacía muchas semanas que había estado con Hellu y con Pike en el cine viendo la retransmisión en directo desde el Royal Shakespeare Theatre. Las tres nos habíamos quedado prendadas del jovial Próspero y su barba blanca. ¿A eso se iba a dedicar Hellu ahora?

Ella rio alegremente y me aseguró que todo iría bien. Y me recordó que hacía ya dos meses de nuestra experiencia con *La tempestad*, pero, como en la tercera edad el tiempo transcurría más rápidamente que nunca, no era raro que me pareciera algo reciente.

—Siempre es viernes, aunque acabe de pasar el lunes —dijo—. Y de eso se trata.

Por supuesto, tuve que acabar invitando también a mis voraces herederos para que inspeccionaran mi hogar. Les presenté las cosas de forma positiva, los invité a mi fiesta de inauguración y me lamenté de que me hubiera llevado tanto tiempo organizarlo todo. Como Hellu decía, el tiempo transcurría cada vez más rápidamente.

—No pasa nada —me tranquilizó Susanna por teléfono—. A TU EDAD, MUCHAS COSAS VAN DESPACIO.

Claro que, al amparo de ese punto de vista, podía ser todo lo indolente que quisiera. Mi hija se imaginaba que había pasado todas esas semanas colocando mis pocas pertenencias en su sitio, un cuenco al día en el armario, solo para cambiar ese mismo cuenco a otro estante al día siguiente, como única proeza del día.

Vinieron a la vez, Susanna sin el perro y Marko sin su mujer y con los gemelos. Musgo y Gota casi se murieron de risa en mi casa. Nunca habían visto una vivienda tan pequeña. Merodearon por el dormitorio y el salón y se detuvieron en la cocina para gritar:

—¿Esto es todo? ¿Esto es todo?

Hellu había dicho lo mismo, pero con un tono diferente. Durante su cuarta vuelta, se tiraron al suelo para reírse con sus petos de género neutro.

—¡Dos cuartuchos y un armario! ¡Pobre abuela!

Susanna intentó desesperadamente maravillarse con mi piso de una habitación, pero no consiguió que sus gritos tuvieran una calidez auténtica.

—¡Magníficos crujidos del parqué! ¡Y una maravillosa vista sin cortinas!

Por la ventana de la cocina se veía el típico patio interior de Töölö con sus viviendas al otro lado, sus plazas de aparcamiento y sus cobertizos para la basura. Quizá aquello representaba el romanticismo urbano para mi hija. Marko ni siquiera intentó disfrutar de lo que veía. Se había sentado en el casi único mueble que había rescatado de mi casa de Keijumäki, el sillón de su padre, y daba golpes con la pierna derecha en el suelo como un adolescente.

—¿Qué le has hecho al sillón de papá?

—Se llama tapizado. En lugar de tirar al vertedero los viejos muebles duraderos, puedes mandarlos a arreglar a un tapicero. Te lo recomiendo.

Marko me miró con desconfianza, ya que nunca había sabido lo que era el humor. Quizá habría tenido que llevarlo a hacerle exámenes neurológicos cuando era niño. ¿No era algún tipo de autismo cuando una persona socialmente limitada no entendía los matices de la comunicación? Aunque, por otra parte, a saber qué le habrían diagnosticado. Le habrían puesto la etiqueta de tonto y lo habrían cambiado a la clase de educación especial, y al final solo un par de melopeas lo habrían separado de acabar en la calle. Ahora era un abogado que se ganaba la vida de forma absurda y era felizmente ignorante de sus propias limitaciones. Igual que su padre.

Les había jurado a los niños que no les ofrecería nada maravilloso de comer, porque en mi cocina solo había un pequeño armario. Pero, por supuesto, había comprado esto y lo otro. En Töölö había tentaciones caras en cada esquina y, por algún motivo, accedí a comprar algo salado, más concretamente, una gran caja de sushi, y un pastel de gelatina de tres colores como postre, del que Musgo y Gota no podían apartar los ojos.

—¡Gelatina de cerdo! —dijo uno de los dos, dando un empujoncito al pastel con el dedo sucio, de modo que empezó a temblar de forma indiscutiblemente graciosa.

Yo también le di un golpecito y, después, cada uno de los mellizos un par de veces más, hasta que Marko se levantó de pronto y empezó berrear.

—¡Ya está bien de juegos!

Miramos a Marko, asombrados. No estábamos acostumbrados a que mostrase ningún tipo de iniciativa respecto al comportamiento de sus hijos. Al parecer, estaba en alguna fase de educación y, cuando Marko dio un gran paso a la derecha y dos a la izquierda, incapaz de decidir hacia dónde ir, comprendí que yo era la causa de su ataque. Le resultaba indiferente lo mal que se portaran sus hijos, pero el hecho de que yo fuera un mal ejemplo para ellos lo sacaba de sus casillas. Yo ni siquiera era la madre de esos niños.

—¡Con la comida no se juega! ¿No era así en los años setenta? —nos gritó a mí y a los mellizos, a quienes la situación les resultaba tremendamente graciosa.

Su desesperado intento por aguantar la risa me contagió, hasta que no pudimos resistir más y los tres estallamos en carcajadas al mismo tiempo. Susanna fue al lado de su hermano, tan horrorizada que se puso la mano delante de la boca.

—Mamá, cariño, qué horrible...

A Musgo, a Gota y a mí nos importaban un comino las personas estiradas de mediana edad sin sentido del humor. Nosotros, los de cuatro años y los de setenta y cuatro, éramos almas libres, sabíamos aprovechar el momento y extraer la alegría de donde fuera, en cualquier momento. Nuestra vida estaba libre de responsabilidades y por eso era tan divertida.

—Los abuelos tienen una gran responsabilidad en la educación —oí que piaba mi hija mientras sacaba de la nevera la bandeja de sushi, para comerla de forma adecuada con el pastel.

—Niños, ¿sabéis lo que es esto?

—¡Sí! ¡Claro! —chillaron mis cosmopolitas nietos.

Musgo y Gota habían comido en su vida más sushi de lo que yo había comido

carne sin picar a su edad.

—¡Vamosh a comer shushi! ¡Shushi de shapo y shopa de shushi!

Les di los palillos y los dos se metieron instantáneamente uno en la nariz.

—¡Mira, abuela! ¡Sujeto el palillo sin manos con la nariz!

—Claro. Los mocos son pegamento —dije.

Musgo y Gota olvidaron enseguida los palillos en el suelo y empezaron a extender mocos con el dedo en un papel que pegaron a mi puerta. Es cierto, era pegamento. Pronto había en mi puerta una llamativa colección de bolas de papel. Para Marko, esto no era algo por lo que valiera la pena molestarse. Me iba pisando los talones como un perro de compañía, ladrando sobre insignificancias.

—Me preocupa qué pasará cuando no pueda dejar a los mellizos en tu casa a tu cuidado.

Esa era la mayor tragedia de mi hijo. Apenas lo había dicho cuando Susanna recordó todas las penas de su pequeña vida.

—¡Jerkku no puede pasar la noche en un piso!

Mientras Musgo y Gota se llevaban a la boca puñados de maki y nigiri enteros, Marko y Susanna desahogaban sus preocupaciones. Tenían de sobra. Marko había contactado con el ingeniero hindú y le había propuesto cancelar la compra de la casa, pero él no había aceptado. «Podría enviarle un ramo de flores en agradecimiento», pensé, retirando con una cuchara el arroz de la alfombra alrededor de los mellizos. El arroz japonés era increíblemente pegajoso y adherente. Musgo o Gota había comido hasta hartarse e intentaba pegar con un mazacote de moco un trozo de salmón a la pared. No perdí la paciencia; yo no levantaba la voz delante de los niños. Marko había hecho sus cálculos, según los cuales yo no debería poder permitirme este piso en la ciudad. Pero él no sabía toda la verdad. ¿Por qué iba a hablarle a mi codicioso hijo de mis ahorros? También le preocupaba que me negara a ir con Susanna al médico y que no aceptara instalar el paquete de seguridad en mi

casa.

—ES MUY POCA COSA —ayudó Susanna a su hermano.

Querían ponerme vigilancia durante las veinticuatro horas del día. Instalarían un par de cámaras en mi casa, una en cada habitación, también en el cuarto de baño y en el plato de ducha, además de algún tipo de sensor en el suelo. Entonces me podrían controlar.

—Las veinticuatro horas. Un paquete rentable, cincuenta euros fijos al mes más los gastos de instalación —dijo Marko como si fuese un vendedor de equipamiento a comisión.

Me reí en su cara de sus planes, desvergonzadamente. Esa estupidez también la habían encontrado buscando en Google soluciones a mi vejez.

Definitivamente, no podía comprender que tuviesen tiempo y ganas de observar mi gimnasia matutina y mi aseo nocturno por el móvil. ¿Qué iban a hacer con esa información?

—Bueno..., nosotros no seguiríamos esas cámaras —explicó Susanna—. No nos interesa tu vida.

Fue muy sincera. Su paquete de seguridad incluía un representante de la compañía de seguros que, a cambio de cierta cantidad, me vigilaría en la pantalla. Ese vigilante de la realidad informaría de las anomalías a Marko y a Susanna al estilo de la Alemania del Este. Propuse que instalaran también en su casa el mismo arsenal tecnológico: así yo podría estar en casa entretenida con la telerrealidad y ellos no necesitarían hacer sus visitas de compromiso. No les hizo gracia.

—... te caes al suelo, te da un infarto cerebral o...

—... está demostrado que el hogar es el lugar más peligroso para las personas mayores...

—... la madre de un compañero murió en el suelo; llevaba allí varios días...

—... la tecnología moderna aumenta la seguridad de la población geriátrica

y...

—... una residencia tremendamente buena...

—... habría que aprovechar la ocasión lo antes posible.

Les serví zumo a los mellizos en un vaso y ellos empezaron inmediatamente a soplar por las pajitas, de modo que el pegajoso líquido azucarado chorreó sobre su cara, sobre mi nuevo y bonito mantel y sobre el trozo de salmón pegado a la pared, que cayó al suelo y, de ahí, pasó con asombrosa rapidez a la boca de uno de los mellizos.

—Puaj, qué raro sabe —dijo Musgo o Gota, sin reconocer el sabor de sus propios mocos, que podrían ganar en intensidad hasta al wasabi.

Escupió un poco del mazacote de pescado mordido al suelo y siguió compitiendo con su mellizo por darle cucharadas al pastel.

—Por supuesto, coge pastel —lo animé amablemente.

Yo ya había comido la mitad de un gran trozo de pastel cuando me sobresalté al ver que Marko y Susanna estaban en silencio. Me observaban como si fuera un fenómeno natural extraño y, de vez en cuando, intercambiaban miradas de preocupación.

—¿MAMÁ?

Susanna se había quedado con la boca abierta. Me observaba como si temiera que fuera sorda o imbécil. Claro que ambos eran problemas posibles a mi edad. No recordaba a qué pregunta esperaban Marko y Susanna que contestara.

—¿Os gusta el pastel? —respondí sonriendo alegremente.

—¡Es genial! ¡Más pastel y más alcohol!

—¿Dónde están el abuelo marica y la abuela cogorza?

Musgo y Gota estaban de buen humor. Pike y Valtonen habrían sido en ese momento, para ellos y para mí, una compañía mucho mejor que mis ácidos

hijos, que seguían milagrosamente airados por el hecho de que hubiera dejado la propiedad de Keijumäki en manos de un agente inmobiliario cuya pasión era la chatarra, a la que él llamaba diseño. Marko, que nunca había tocado el piano y que había desarrollado una gran habilidad como mentiroso para ocultarme que se había fumado todas las clases de música, ahora tenía un enfado casi agresivo por el hecho de que el piano siguiera en Keijumäki, para gran alegría de la familia hindú, en lugar de acumular polvo en mi casa.

—¡Polvo tolvo!

—¡Polvo y calvo!

Era difícil mantener una conversación con Marko y Susanna. Iban avanzando con inseguridad, tanteando en todas direcciones, al mismo tiempo que Musgo y Gota me tentaban con sus boberías. Los mellizos habían encontrado mi tableta y se intentaban hacer fotos graciosas, hasta que descubrieron mis propias fotos.

—¡Aquí está el abuelo marica! ¡En las fotos de la abuela!

—¡Mira, papá, el abuelo marica tiene una cola de ratón estupenda!

—Es una cola de caballo, idiota, no una cola de ratón.

—Tú sí que eres idiota.

Y volvieron a morir de risa. Marko y Susanna echaron un vistazo, curiosos, a mi tableta, mientras intentaban volver a llevar la conversación a su terreno.

—De esta oportunidad de obtener ayuda... —dijo Marko en el momento justo en que en la pantalla destelló una foto de Valtonen besando un vaso de vino espumoso en mi sala de estar—. ¡Cago en diez!

—Mamá, parece que no nos lo estás contando todo —susurró Susanna con ojos redondos.

¿Qué? ¿Ahora resulta que tengo que contarle absolutamente todo a mis hijos?

¿Por qué diablos? Tampoco es que me guste mucho hablar de mí. Mis cosas me las guardo. No puedo comprender a esas mujeres que cuentan todo a todo el mundo. Suelen ser mujeres. Una habla de cosas tan íntimas de su marido que los demás sienten vergüenza ajena; Pike también habla de las consecuencias de la sequedad vaginal con tanta precisión que todo el mundo a su alrededor desearía estar en otra parte; otra le suelta a su marido en una fiesta de Navidad que es adúltera y así pasa su malestar a otra persona. Así es la transparencia en esta maldita economía solidaria. Joder, esta transparencia se pregona a los cuatro vientos.

Finlandia no sería independiente ni sería Finlandia si no hubiéramos sabido mantener silencio en la década de 1800, durante las presiones entre Suecia y Rusia. Del mismo modo, según la realpolitik yo he guardado silencio entre mis hijos y su padre, entre mis pacientes y el jefe, en cualquier aspecto de mis obligaciones. Y, aunque cuanto más mayor me hago más laxa me vuelvo, no voy a informar a mi hija de mis malditos asuntos con los hombres.

—¿En qué nos basamos? —gruñó Marko.

No entendí lo que quería decir. La vena de la frente se le empezó a hinchar otra vez, y parecía que la camisa le apretaba por todas partes. Echó un vistazo al reloj, quizá para ver el transcurso del tiempo, quizá para comprobar su presión sanguínea, cosa que a mí también me preocupaba.

Susanna había sacado su agenda, una tradicional agenda de papel, cuyas hojas pasaba de delante atrás para dar la impresión de que siempre estaba muy ocupada; con un pequeño sacrificio, podría sacar un hueco para organizar el final de la vida de su vieja madre de una forma que le resultara conveniente a ella.

—Habría que concertar alguna otra reunión, ¿no? —dijo mordisqueando el tapón del boli.

Marko toqueteó el móvil con el dedo, con cara de preocupación. Él tenía que estar aún más ocupado que su hermana pequeña.

—Mi calendario no está sincronizado —dijo mientras continuaba toqueteando—. Podría tener un hueco el miércoles por la tarde.

En poco tiempo, mis hijos habían acordado otro momento en común para continuar su proyecto de vejez. A mí no me preguntaron. Marko y Susanna estaban haciendo un gran acto de caridad de forma decidida. Eso requería sacrificio y esfuerzo, pero qué no haría una persona por su ser más querido.

—Sí, podría ser —dijo Marko.

Se levantó y buscó con la mirada a su segunda temporada, que estaba en la cocina haciendo algo sospechosamente silencioso. En un impulso, sorprendiéndome a mí misma, propuse que los mellizos se quedaran esa noche en mi casa. Nunca había hecho algo así, ni este piso, mi propio hogar, debería ser adecuado para nadie más. Realmente sentía que pasar un día con los mellizos me sentaría bien. Quedarme sola con las huellas de Marko y Susanna me habría llevado a darle vueltas todo el tiempo y me habría sentido cada vez más confusa.

—Sí..., bueno..., eh..., por qué no. Au revoir!

Y allá que se fue Marko, un hombre de Espoo que jugaba a ser francés, escurriéndose como un lagarto por la escalera sin despedirse de sus hijos. En una fracción de segundo, olvidó su preocupación por la demencia de su madre, en cuanto se le presentó una tarde libre de niños. Susanna se escabulló al mismo tiempo, seguramente lamentándose de que el piso no fuera adecuado para Jerkku.

El día que pasé con los mellizos fue una auténtica borrachera de sandeces. Su energía interminable no me extenuó, como suele pasar en compañía de niños desagradables. Me llenaron de energía, como si fueran un generador al que estaba conectado mi irreparable cuerpo cansado listo para la tumba.

Dibujamos con pintalabios, hicimos tortitas, bailamos hip hop y construimos una cabaña en medio del salón. Colocamos cojines, sillas, mantas y montamos un magnífico túnel, instalamos luz eléctrica y llevamos dentro el resto del sushi, las tortitas y el pastel. Todo esto dio como resultado un terrible desorden que no me molestó lo más mínimo.

—¡Torototitas! —chilló Musgo o Gota, llenándose la boca de todo lo que sus pegajosos puños pudieron coger.

—Torototetas —mejoró Gota o Musgo, casi atragantándose con su ración.

—Teretetotos, torototutus —grité y les quité los calcetines a los mellizos de un tirón.

Quedaron encantados con mi ocurrencia y, antes de que me diera tiempo a tragar un nigiri, estaban los dos desnudos. Eran un niño y una niña.

—¿Quién de vosotros es quién? —pregunté, pero los mellizos no contestaron.

Danzaron de forma extraña, gateando y arrastrándose en su pequeña cabaña, e hicieron que la construcción se derrumbase. Nos reímos entre mantas, cojines y sillas, y todavía no sabíamos quién era quién.

—¡Yo soy Gota! —se oyó al otro extremo de una pierna.

Agarré la extremidad y, desde el lado opuesto, se oyó:

—¡No, soy yo!

—¿Nadie quiere ser Musgo? —pregunté desesperadamente, aunque habría tenido que anticipar cuál iba a ser la respuesta.

—¡Los dos somos Musgo!

—Yo sé quiénes sois: ¡Gusgo y Mota! —grité elevando la voz, y nuestras risas no tuvieron fin.

—Gorgorito, garbancito —corearon los niños mientras apilábamos los restos de la cabaña en una esquina.

No queríamos perder el tiempo colocando las cosas en su sitio, ya que nadie podía saber si al cabo de una hora volveríamos a estar de humor para hacer construcciones. Me dejé caer en el sillón y miré lo aplicados que estaban los mellizos. Con completo entendimiento mutuo, sacaban libros de la estantería y los colocaban en distintos montones en el suelo mientras decían majaderías.

—Pinto, pinto, gorgorito, cacahuete, garbancito. ¿En qué lugar?

—¡En el bar! Cuidado que viene la vieja cogorza.

—O la caca.

Para los niños pequeños, solo los pedos eran más divertidos que la caca. Una vez Valtonen nos leyó al respecto un artículo del periódico en nuestra cafetería habitual: habían hecho una investigación pedagógica basada en una impresionante muestra de entrevistas y juegos grabados de niños de entre tres y seis años. Después de los pedos y la caca, la tercera cosa más divertida del mundo eran las caídas. Me levanté del sillón y me caí aparatosamente sobre las ruinas de nuestra cabaña. Musgo y Gota se desternillaron de risa. Sentí un pequeño dolor en la cadera, pero no le presté atención. Como si era cáncer, a mí plin.

—Pim, pam, pum, hey, ho —exclamó quien era claramente la niña.

—Hey, ho, la botella de ron —soltó quien era probablemente el niño mientras bebía de la botella.

—¿Hay servicio de habitaciones? Quiero una cogorza.

—Camarero, ¿me trae una pequeña cogorza?

Estaban tumbados desnudos en los montones de libros y me señalaban con el dedo. Me levanté y me volvió a doler la cadera, pero era cosa de la edad, ya que las caídas a los setenta y cuatro años ya no eran ninguna tontería. Por el contrario, los pedos y otras actividades intestinales eran motivo diario de alegría. Fui cojeando hasta la cocina, y los mellizos creyeron que lo hacía porque era el camarero y era rarito. Me serví una copa de vino y a los niños, zumo. Solo habían pedido una pequeña cogorza.

—Camarero cojo, ¿tienes una pata de palo?

—Sí. Antes era pirata —dije.

Entonces sonó el teléfono. El tono de llamada asustó a los niños, pero, cuando se recuperaron de su sobresalto, el susto fue para ellos lo más divertido que había pasado ese día. Buscamos el teléfono y lo encontramos rápidamente bajo la pila de mantas. Era Pike. Olvidé que estaba enfadada con ella y respondí, aunque la risa no me dejaba decir nada coherente.

—¿Ullis? Ullis, ¿estás ahí? —La voz de Pike sonaba alarmada.

—Hey, ho, aquí estoy —solté.

Musgo y Gota me hicieron un calvo y me ordenaron que le diera a la abuela del infierno saludos pedorros. Uno de ellos soltó un estupendo pedo, tras el cual la situación en mi casa se volvió totalmente incontrolable. Le conté todo a Pike entre risotadas, pero a ella no le hizo gracia. Algo le pasaba.

—Seppo... Ullis, tienes que venir, Seppo se muere.

Me llevó un momento recordar quién era Seppo. Pike hablaba

atropelladamente. ¿No sería una broma de Valtonen y Pike?

—¡Ullis, joder, es la puta verdad! Ven aquí ahora mismo.

—¿Dónde estás? Estoy cuidando a los mellizos.

—¿Cuidando? ¿Esto es un hospital? —chilló mi nieto sin pene.

—Es un hotel. ¿Dónde está el vino tinto, camarero?

Todos gritaban al mismo tiempo, Musgo, Gota y Pike. Me separé el teléfono de la oreja para entender mejor lo que me estaba diciendo Pike. Parecía que la situación era bastante seria, ya que su voz empezó a sonar llorosa. Mandé callar a los mellizos y me fui a la habitación a hablar.

—¡Parece que es importante! —susurró uno.

—Papá siempre tiene llamadas importantes. Apliqueision, sapliqueision, habla en inglés.

—Es inlegs, idiota.

Cerré la puerta tras de mí. Le pregunté a Pike cuánto había bebido y me dijo claramente que estaba sobria. Había estado con Valtonen en el cine viendo algún maravilloso musical nuevo del que yo no había oído hablar, algo que a Pike le extrañó un poco, porque todo el mundo hablaba de esa película, que en su opinión resultaba demasiado almibarada, pero a Valtonen le había parecido que estaba bien, lo cual había sido poco sincero, en opinión de Pike, ya que era evidente que Valtonen se había entusiasmado con la película. También habían soltado unas lagrimillas en un par de partes empalagosas.

—¿Por eso me has llamado?

Pike recordó el motivo. Estaba en el hospital de Meilahti y me ordenó acudir inmediatamente, ya que no podía estar sola. Yo no lograba entender qué había pasado. ¿Dónde estaba Valtonen si Pike había tenido que ir al hospital?

—Valtonen está aquí, no yo. Bueno, obviamente yo también estoy aquí. Joder, ¿puede alguien estar en otro sitio que no sea aquí? Seppo ha tenido un infarto

—explicó Pike con irritación—. Del corazón, Ullis, un ataque al corazón de verdad.

Me dejé caer sobre la cama. No había hablado con Pike de Hellu y ya nos intentaban arrebatarse a Valtonen. Estaban limpiando el terreno con mano dura. Le hice a Pike preguntas simples, como hace un técnico de emergencias para saber lo que ha pasado.

Después de la película, Pike y Valtonen habían ido de Tennispalatsi a casa de Pike donde, al parecer, pasaban ahora la mayor parte de su tiempo.

—Sabes que me encanta la capital —se desvió Pike de su historia—. No pienso ir a Kerava.

Pero apenas habían entrado cuando Valtonen se desplomó en el pasillo, más blanco que una sábana, con la cara ladeada.

—No dijo ni una palabra, y por eso supe que era algo serio. Lo mismo pasa con los cachorros: cuando gritan, no pasa nada, pero si están callados hay que preocuparse.

No se oía un solo ruido desde el cuarto de estar. Entreabrí la puerta y vi cómo Musgo y Gota abrían paquetes de tiritas con cara de concentración. Estaban jugando a los hospitales. No había de que preocuparse. Pike había llamado a la ambulancia y solo había tenido que discutir un poco con el funcionario antes de que este creyera que Valtonen había sufrido un infarto y la ambulancia apareciera rápidamente en la esquina.

—Primero, el tipo dijo que fuéramos en taxi y que esperásemos tranquilamente a que pasara el ataque. Le solté un rapapolvo de narices porque un viejo de setenta y dos años se estaba muriendo en mi suelo, y he aquí que al mismo tiempo se empieza a oír el ninonino en el patio.

—¿Fuiste con él?

Pike había podido ir en la ambulancia, y lo consideraba una gran hazaña. Los chicos de la ambulancia eran hombres jóvenes extremadamente guapos y sonrieron complacidos cuando Pike los elogió. Y Valtonen, que ya se había

puesto violeta, recibió de ellos un cuidado exquisito.

—Quizá una trombósis: le pusieron tubos aquí y allá y le plantaron una máscara de oxígeno en la cara. Fue todo muy rápido, Ullis. Sonaba la sirena e íbamos a toda leche. Yo apremiaba al conductor del pelo oscuro y el más musculoso y de caderas más estrechas estaba con Valtonen. Las calles pasaban como un relámpago y hasta el tranvía se detuvo por nosotros. ¿Te lo puedes creer?

Pike estaba en el patio del hospital, fumando; podía oír cómo aspiraba y echaba humo mientras hablaba. Por un momento, pensé que era un sonido que echaría de menos cuando Pike también hubiera muerto. ¿Pero por qué narices me imaginaba que sería la última de nosotros en morir? Bien podría ser yo la siguiente. Cualquiera de nosotros. Pero ¿qué era más horrible, quedarse la última deambulando por aquí o ser la primera en marcharse sin avisar?

—¡Hey, ho, cogorza! —canturreaban Musgo y Gota detrás de la puerta del salón.

—Valtonen ha tenido suerte —le dije a Pike, y de pronto soné como Hellu.

Siempre había que ver el lado positivo en todo. Y aquí había habido mucha suerte. El infarto no le había dado estando solo en Kerava ni por la noche después de haber bebido demasiado. Pike estaba sobria y había sabido reaccionar rápidamente. Los infartos y las arritmias se podían tratar: en esa fase de la vida, eran recordatorios con fácil tratamiento de lo que nos esperaba. Cuántas personas de setenta años se habían ido a casa al día siguiente, después de haber pasado la noche anterior ingresados por un infarto en urgencias. Trombósis y stents, una pequeña medicación e instalación de piezas de repuesto, y la vida continuaba. Por otro lado, estaba Hellu. Ella tenía que aceptar su propia muerte, mientras que su hermano solo se habría llevado un susto.

—Yo también tengo un marcapasos —dijo Pike, aspirando su cigarrillo—. Tuve un flúter auricular y un par de veces perdí la consciencia.

—¿Un flúter?

—Arritmia, fibrilación ventricular... Mi querida hija tiene muchos nombres, ji, ji, ji.

—Te voy a dar yo flúteres —le respondí a Pike, quien empezó a reír de tal forma que tuvo un horrible ataque de tos.

—Ullis, joder, eres la mejor.

Tuve que llevarme a Musgo y Gota al hospital, aunque sabía que suponía un gran riesgo. Fuimos en autobús. Traqueteaba de tal forma que, cuando llegamos a la puerta principal del hospital de Meilahti, yo estaba mareada y los mellizos tenían un ataque de risa. Pike estaba fumando con unos pacientes: uno estaba sentado en una silla de ruedas y dos llevaban el gotero encima, todos vestidos con antroposóficos trajes de hospital en tonos pastel. Era fácil distinguir a Pike con su ropa fulgurante y vital. Su destellante abrigo multicolor parecía la funda de un edredón entrelazada de forma bohemia a su alrededor y en la cabeza llevaba un sombrero de fieltro hecho a mano con su decoración, un espantapájaros comprado en algún mercadillo.

—Son unos tipos de puta madre, estos pacientes —dijo Pike mientras seguíamos la raya del suelo del color correcto hacia la sección de infartos de miocardio.

Musgo y Gota querían ir hasta el último piso, así que dimos una vuelta extra para disfrutar de las vistas. Me informaron de que les encantaban los rascacielos y observaron perplejos Helsinki desde arriba, que no era más que bosque y agua. Pike me contó los diagnósticos de los pacientes fumadores con todo lujo de detalles, obstrucciones intestinales e inflamaciones extrañas, pero ninguno de ellos tenía cáncer de pulmón, ni siquiera estenosis, cosa que proclamó triunfalmente, como asegurando que no necesitaba dejar de fumar.

—Le he traído un bollo a Valtonen —comenté con cierta inseguridad, ya que no sabía si el infarto había hecho que Valtonen cambiara sus costumbres.

Pike opinaba que no había peligro y que a Valtonen un bollo de canela solo podía sentarle bien.

—Ya conoces la comida del hospital —señaló, aunque no sé por qué iba a conocerla. No creo que fuera igual que en los años noventa, cuando me pasé por allí para que me extirparan un pecho.

—¿No tienes tetas? ¿Qué es eso entonces?

Musgo y Gota no podían creer que uno de mis pechos fuera una noteta, como ellos decían. Me palparon las tetas e intentaron averiguar cuál era cuál. Se equivocaron, los pequeños tontorrones. Cuando pasaron a los pechos de Pike, ya tenían experiencia y supieron decir que el izquierdo era original.

—Está blandito —dijo uno.

—Sí, un poco plano —continuó el otro con el análisis, y Pike y yo no pudimos por menos que echarnos a reír.

Así de animadas abrimos la puerta de la habitación número 4. Solo había dos camas y muchos chismes. En los pasillos también había monitores, y parecía el seguimiento de una carrera de caballos, ya que por todas partes parpadeaban resultados. Me chocó que los apellidos de los pacientes se vieran en las pantallas. Yo creía que la privacidad de las personas era actualmente lo más sagrado del mundo, motivo por el cual se volvía imposible tratar de forma razonable los asuntos más simples. Como cuidadora familiar, me había topado con ello continuamente. No podía hacer ni decidir nada en nombre de mi marido, aunque le habíamos prometido a un juez compartirlo todo y mi marido yacía inconsciente y en pañales.

—Mis mujeres —dijo Valtonen al vernos, y nos tendió la mano.

Estaba pálido y tenía mal aspecto, como cualquiera que acaba en una cama de hospital sin poder haberse lavado el pelo ni afeitado la barba. Los cuatro pelos blancos de la barba y el cuello lo hacían parecer un abuelo a punto de morir de viejo.

—¡Y nosotros! —gritaron los gemelos, extendiendo también la mano—.

¡Sorpresa, sorpresa! También hemos venido. ¿Estás contento, abuelo marica maraca cogorza?

—¿Qué tal, mis pequeñas damitas? —preguntó Valtonen, y parecía sinceramente contento de ver a mis peculiares nietos.

—Ni somos pequeñas ni somos damitas —puntualizaron alegremente—. ¿Pero vas a morir?

Había sido un excelente error traer a los mellizos. Si los tres ancianos hubiéramos intentado hablar de la muerte y de trombosis, el ambiente habría sido muy serio. No era de extrañar que las palabras edad y seriedad se parecieran tanto. Cuanta más edad, más seriedad. Sin los niños de cuatro años, le habríamos dado mil vueltas al asunto de forma objetiva con términos de hospital y habríamos sacado a la fuerza el lado bueno de la catástrofe más reciente. Así era siempre. Intenta aguantar, ya se pasará. Pero Musgo y Gota fueron al grano y querían hablar de todo tipo de cosas emocionantes, como la muerte y el paro cardíaco.

—¿Lloraste mucho cuando creíste que te estabas muriendo?

—¿Cómo sabes que se te ha parado el corazón?

Valtonen dijo que sintió un dolor tan fuerte que supo de qué se trataba, aunque nunca había experimentado nada semejante. Y realmente creyó que se iba a morir en el vestíbulo de Pike.

—Pero no recuerdo si lloré. Pirkko lo sabe: ella me salvó.

Valtonen miró con ternura a Pike, que empezó a enderezar, avergonzada, el adorno de su sombrero, pero dejó que Valtonen le cogiera la mano con la que él tenía enganchada al gotero.

—Hacía falta un infarto para sacar tu lado sensible. Te salvaron los chicos de la ambulancia, no yo.

Pike les contó a los mellizos cómo era ir en ambulancia y lo morado que se había puesto Valtonen. Los pétalos de las flores de su bufanda tenían más o

menos el mismo tono. Musgo y Gota empezaron a contener la respiración para ponerse igual de morados, pero ni siquiera se acercaron.

—¿Nos hemos puesto del color de la cortina?

—Ahora que te han puesto esos tubos en la boca y esa pantalla, ¿ya no te morirás?

Valtonen se rio alegremente, ya que, aunque lo habían revivido, no por ello se iba a volver inmortal. Les enseñó a los mellizos diferentes medidores en la pantalla, donde se veía que estaba vivo. Toquetearon la pantalla inútilmente, ya que no era táctil.

—¿Por qué no tiene esto todo el mundo? Así siempre se sabría si uno está muerto o no.

—Quizá algún día —contestó Valtonen de buen humor, pero entonces se puso muy serio.

Miró a Musgo y a Gota como si estuviera hablando con ellos, aunque Pike y yo sabíamos que se estaba dirigiendo a nosotras. Habló de la prórroga, de que en realidad tenía que haber muerto, y, si hubiese fallecido solo en casa con el gato, nadie se habría extrañado ni espantado. «Un anciano muere en su casa» era algo habitual. Le estaba tan agradecido a Pike que le corrían lágrimas por las mejillas, y dijo que el final de su vida, por corto que fuera, pensaba dedicárselo por completo a Pirkko.

—¿Tu gato se llama Pirkko? —¿Dónde está?

Musgo y Gota se arrastraron por debajo de la cama de Valtonen buscando al gato, pero solo encontraron grandes pelusas de polvo. A ellos les resultaba divertido; al fin y al cabo, eran los reyes de la porquería.

—¡Hostia, Fjodor! —gritó Pike roncamente y tosió—. Había olvidado al minino por completo. ¿Quién lo va a cuidar ahora? ¿O también está muerto?

—¿También? ¿Quién más ha muerto? —chistó Valtonen con cierto sarcasmo.

A fin de cuentas, él había revivido.

—Constantemente muere alguien, esa es la realidad ahora —dijo Pike, como si Valtonen y otros pájaros de mal agüero estropearan a propósito su rutina con sus estúpidos infartos.

Volví a acordarme de Hellu y se me formó un horrible nudo en el estómago. No era el momento de hablarles de su cáncer.

—¡Queremos un gato! —gritaron los mellizos desde debajo de la cama.

Recogieron pelusas de polvo en dos montones, como si fueran a hacer manualidades.

—¿Podrías ir a buscarlo? Habría que ir a Kerava a por él.

Pike ya había buscado un nuevo hogar para el gato; sacó de su abrigo las llaves de casa de Valtonen, que ahora estaban en su poder. En algún momento, su relación había avanzado más de lo que mis ojos libres de cataratas habían podido ver. Valtonen enumeraba las comidas preferidas y las rutinas diarias de su gato, y Pike me dio las instrucciones para llegar a casa de Valtonen desde la estación de tren. Comprendí que a Pike le resultaba más fácil hablar del gato que de él. ¿Tendría que sufrir Valtonen durante mucho tiempo en el hospital? Acababa de hablar con Pike por teléfono de lo rápido que se solía recuperar uno de un infarto. ¿Se trataba de algo más grave? ¿Tendrían que hacerle a Valtonen un bypass, abriéndole el tórax, algo cuya recuperación podría llevar hasta un año? Musgo y Gota no habían sabido preguntarlo y yo no me atrevía.

—Chicos, llevaos al gato —dijo Valtonen, sonriendo ligeramente—. Será vuestro amigo.

—¿Qué chicos?

Me sentí débil y solitaria en medio de esa extraña situación. Los mellizos trajinaban sin descanso, Pike ideaba nerviosamente nuevas soluciones y Valtonen parecía que había vuelto a nacer. En su glorioso nuevo color, ardía de amor incondicional hacia Pike, que en poco tiempo había pasado de ser su polvo de reserva a ser su ángel de la guarda. Ahora Pike y Valtonen se tenían el uno al otro en el final de la vida, gracias a un bendito ataque al corazón.

Estaba tan desconcertada con todo aquello que me habría olvidado de los bollos de canela si Musgo o Gota no se hubiera sentado encima.

—Vaya, tengo bollos debajo del culo —dijo alegremente uno de los felices propietarios de un gato, y nos ofreció a todos.

Valtonen miró los grandes bollos de canela y suspiró.

—Seppo, joder, no te vuelvas un tipo triste ahora que has conseguido una prórroga —chilló Pike, poniéndole un bollo a Valtonen en la mano—. Están de puta madre estos bollos; no tienes que rechazarlos solo porque no te has muerto.

Valtonen cogió el bollo y empezó a comer, pero miró a su alrededor, como si temiera que lo fueran a pillar en plena travesura. Esto solo era el principio. Pike tenía un termo lleno de café y un montón de crema y, cuando lo sacó de su mochila, también apareció una botella de whisky, una de esas petacas que vendían en la caja del Alko para que compraras por impulso.

—Esto te sentará bien; tienes que aceptar lo que te ofrece la señorita enfermera —dijo, dándole a Valtonen un chupito de whisky en un vasito de jarabe.

Los mellizos pusieron los ojos como platos y, con su extraña sincronización silenciosa, se dejaron caer en la cama de Valtonen, agotados.

—¡Estamos débiles! ¡También necesitamos medicina!

—¡Enfermita señora, danos algo rápidamente!

Pike les sirvió agua de un recipiente de muestras y le administró a Valtonen un segundo trago de whisky. A este se le enrojecieron las mejillas de puro buen humor, y parecía que empezaba a ser él mismo otra vez. Entusiasmado con los cacharros médicos, sacó un orinal de un cajón de la mesa y les explicó a los mellizos cómo los pacientes tenían que mear en esa botella si no podían ir al baño.

—Bueno, si es un chico —dijo, y los mellizos se rieron.

Aseguraron que su padre tenía el mismo orinal en casa, cosa que yo no creía, pero, cuando los niños lo explicaron más detalladamente, entendimos que se referían a una garrafa de diseño cara.

—Buena idea —se entusiasmó Valtonen—. ¡Podemos llevárnoslo de contrabando!

El paciente que estaba postrado tras la mampara carraspeó para recordarnos que él también estaba allí y estaba vivo. Eso sí, de forma bastante débil, ya que, aunque Musgo y Gota echaron un vistazo detrás de la cortina y dijeron: «¡Hola, tío muerto!», el paciente no sonrió, sino que los miró con sus ojos amarillentos. Empezamos a susurrar educadamente, lo que también era emocionante y divertido para los mellizos. Llevábamos allí mucho tiempo, teniendo en cuenta que no era horario de visitas en el hospital y que Valtonen, al fin y al cabo, había sufrido un ataque al corazón el día anterior y hacía mucho tiempo que los mellizos no iban al baño.

—Ya es hora —dije decididamente.

Con eso, todos deberían haber entendido que me iba. Pero Pike y Valtonen se alarmaron con la idea. Los dos empezaron a hablar atropelladamente, y al principio no logré comprender qué les preocupaba tanto. Se trataba de Hellu. Lo sabían.

—¡Por supuesto! Es mi hermana —dijo Valtonen.

Resultó que yo no era la amiga de confianza de Hellu. Quizá fuera la última a la que le había contado lo de su cáncer. Qué egocéntrico e infantil, pensé, ofenderme de ese modo. Pero no podía evitar estar decepcionada por no haber sido seleccionada como la portadora de malas noticias.

—Si hubiera muerto ayer, podríais haberme metido en el congelador a esperar a que Hellu muriera también. Así el entierro habría sido más barato —dijo Valtonen, riendo de forma extrañamente alegre.

Pike se quejó en voz baja de Hellu, como si hubiera sido su culpa haber enfermado de síndrome de Ewing.

—¿Cómo se las ha apañado para encontrar una enfermedad tan rara? Sus eternas carreras al médico, a eso se debían, joder. A saber cuántos Ewings y Rommels se esconden en mi cuerpo... Qué más da. Allí están. Para qué vas a que le hagan fotos a tu recto, vieja loca. Solo busca atención. Ahora ni siquiera vamos a poder venir a ver a su hermano, ya que seguro que se toma a mal que Seppo le haya quitado el protagonismo.

Yo no estaba de acuerdo con Pike. Me sentía cansada y sin fuerzas entre mis contemporáneos con enfermedades mortales y, por mucho que intentara ponerme en la piel de Pike, no podía pensar que los hermanos estuvieran peleando por nuestra atención.

—¡Abuelo marica, trae el orinal!

—¡Alarma! ¡Me meo!

Los benditos mellizos salvaron también ese momento. Los cogí de la mano, recordé coger también mi bolso, me despedí apresuradamente de Pike y Valtonen, le deseé una pronta recuperación —lo que podía ser inapropiado o, al menos, extraño en esta situación— y arrastré a los mellizos al pasillo y al baño, cuya ubicación me había indicado una amable enfermera.

Una vez en el autobús, Musgo y Gota recordaron que habían dejado un asunto importante a medias.

—¿Cuándo vamos a buscar a nuestro gato?

Marko condujo su juguete de tracción en las cuatro ruedas por el atasco vespertino de Helsinki sin dejar de blasfemar. Era una de esas personas que se convertían en un monstruo detrás del volante. Por supuesto, era culpa de todos los demás que el tráfico no fuera fluido, que los semáforos se pusieran en rojo justo cuando él llegaba y que su mastodóntico automóvil no cupiera en los carriles que giraban a la derecha entre los demás todoterrenos de ciudad.

Por una vez, mis hijos resultaban útiles. Íbamos a Ikea a comprar una cama más grande para sustituir a la horrible mitad de mi antigua cama de matrimonio.

—¿Sabías que en Estados Unidos la gente está tan gorda que, al morir, no caben en el ataúd? —dije para aligerar el ambiente.

Susanna iba sentada en el asiento trasero con aspecto lúgubre y llevaba una botella de litro y medio en la mano. Estaba llena de agua, auténtica agua de grifo de Helsinki, que absorbía ansiosamente por una pajita. Era una costumbre extraña: personas adultas que iban por ahí con sus biberones.

—Han empezado a fabricar ataúdes más grandes para esos gordos.

—No acabo de pillarlo —dijo Marko sin mirarme.

Le hizo la peineta a un pequeño coche rojo que estaba delante de él. Afortunadamente, el conductor, una mujer de mi edad, no se dio cuenta, porque tenía el cuello tan tenso que no podía girar la cabeza. Esas cosas no las

comprobaba el médico cuando ibas a renovar el carné de conducir; en su lugar, te preguntaban todo tipo de chorradas relacionadas con la memoria.

—Me refiero a tu coche —expliqué, y ahora Marko se giró para mirarme de tal modo que temí que se chocara con el coche de la abuela que serpenteaba delante—. ¡Frena!

El frenazo fue desagradable, y los eficaces cinturones de seguridad nos estrujaron en los asientos.

—¿Qué cojones estás haciendo? —rugió Marko, como si su conducción temeraria fuera culpa mía.

—Los coches han crecido hasta estos tamaños imposibles porque la gente cada vez está más gorda. No caben en las calles ni en las plazas de aparcamiento. Habría que hacer calles más anchas y plazas de aparcamiento más grandes, lo que robaría espacio a los peatones, en lugar de que la gente vaya andando para no tener sobrepeso.

—Joder, ma, estás como una cabra. —Eso lo dijo como para sí mismo, mascullando de forma confusa.

La verdad es que a mí me hablaba de otra manera. Ni siquiera sabía que me llamaba «ma».

Marko frenó bruscamente y giró hacia el patio de una casa prefabricada con paredes de cemento. Me di cuenta demasiado rápido de lo que tramaban mis hijos. Esto no lo habíamos acordado. ¡Joder, era una residencia! Así me acompañarían mis queridos hijos afectuosamente hasta la tumba. No dije nada. Miré desconcertada a Marko mientras maniobraba en la plaza de aparcamiento.

—Vamos a verla —farfulló Susanna desde el asiento trasero.

La residencia El Final había sido construida a principios de los 2000, cuando los ingenieros de la construcción se olieron que la población envejecida necesitaría rápidamente un lugar en el que acabar sus días. Ese tipo de edificios-caja se solían construir fuera de las poblaciones normales y se

vendían como hogares tranquilos en zonas verdes. A los lados del aparcamiento se habían plantado algunos pimpollos, de los cuales los más valientes apenas habían crecido en quince años, pero la mayoría habían acabado congelados. Detrás del edificio empezaba una franja indeterminada de arbustos, un lugar típico de botellón y alboroto para los jóvenes del barrio y otros marginados. En la calle había una parada de autobús, un edificio de oficinas y más edificios prefabricados, presumiblemente viviendas del ayuntamiento en alquiler. En una pared había un buzón de correo, lo que daba derecho al edificio de oficinas a alardear de tener servicios públicos cerca, porque un buzón de correo y una parada de autobús eran cosas muy raras.

—¡Qué maravilla, en plena naturaleza! —soltó Susanna, mientras esperábamos a que Marko se hiciera cargo del pago del aparcamiento y pusiera el recibo en el parabrisas.

—¿No tienes una aplicación para hacer eso desde el móvil? —pregunté, pero Marko no me escuchaba.

Nos quedamos de pie en el patio de la residencia El Final, mirando la pared de cemento sin ventanas que se erguía delante de nosotros, en tonos grises, verdes y marrones avivados por las lluvias. Marko y Susanna no sabían qué hacer ni qué decir. Justo esa imagen no aparecía en el panfleto que los había animado a elegir ese centro de acogida para mí. Seguramente nos habríamos quedado mirando maravillados la arquitectura moderna hasta el fin de los días si yo no hubiera tomado la iniciativa.

—Conque esta es la cárcel en la que queréis meterme. Espero que haya ventanas en algún lado —parloteé alegremente, y entré en el edificio.

Había que disfrutarlo.

Susanna prorrumpió en una forzada risa histérica, y Marko me adelantó con aspecto enojado. Por supuesto, las puertas se abrieron solas. Un habitante en silla de ruedas se había quedado atascado en el hueco de la puerta y, de paso, estaba entendiendo cómo funcionaba la puerta automática. Cada vez que se ponía en movimiento, se oía un alegre tintineo; sorprendido, volvía atrás y recibía otro tintineo. El abuelo se reía sin parar, satisfecho, y, para su alegría, decidí jugar un poco yo también.

—¡Mira! ¡Si salto aquí, suena el timbre!

Alguien me agarró del brazo. Era Marko. No me cogió de forma suave ni cariñosa, sino despectiva, y aprovechó para señalar mi necesidad de ayuda. Me giró hacia una mujer de aspecto desagradable cuyo uniforme azul la hacía parecer una limpiadora. En el pecho ponía «Directora ejecutiva de Atención al Cliente», pero no había nombre.

—Es una paciente —dijo Marko.

—Clienta —corrigió la mujer—. Los llamamos clientes. Más tarde, habitantes, por supuesto.

La mujer me ignoró y les explicó a Marko y a Susanna que el objetivo de la residencia El Final era lograr una vida comunal casera en todos los sentidos. Los clientes, posteriormente habitantes, podían amueblar su habitación, con algunas limitaciones. Podían quedarse su propia ropa, aunque acabaran en el grupo más exigente de cuidados las veinticuatro horas. Qué alegría. Busqué apoyo y seguridad a mi alrededor, imaginándome que aparecería por el pasillo un rebaño de ancianos activos de camino al círculo literario o al club de bridge, pero no vi movimiento por ninguna parte. Dos ancianos dispersos, quizá de mi edad, estaban sentados en el sofá sin dar ninguna muestra de alegría.

—BUENOS DÍAS —dijo la mujer desagradable agarrándome los hombros con las dos manos—. ¡ULLA-RIITTA!

Su mirada profesional me atravesó el cerebro hasta el lóbulo frontal para evaluar mi estado mental. No dije nada, por lo que decidió que era un caso bastante típico, que requeriría un tratamiento de dos años a medida que me acercara rápidamente a la demencia.

—Así son la mayoría de nuestros clientes —les dijo a Marko y a Susanna.

Esa mercenaria mujer de negocios, que había fingido estar estudiando para ser profesional del sector de los cuidados mientras trabajaba, se había aliado vilmente con Marko y Susanna. Parecían enternecedoramente felices, ahora que alguien, por fin, los ayudaba con los problemas que suponía el cuidado de

su vieja madre, cuyo comportamiento estaban aclarando en ese momento.

—... compraventa de viviendas y otros impulsos...

—... sexo y alcohol...

—... cosas extrañas como hot yoga...

—... puede que esté profundamente deprimida...

—... y no quiere ir al médico.

Al mismo tiempo, empezamos la visita turística a la residencia El Final, como si ofrecieran algo extraordinariamente encantador. Caminé con despreocupación detrás de ellos mientras observaba lo que había a mi alrededor. Nunca había estado en un depósito de ancianos semejante.

—Al principio, puede vivir en su propia habitación y compartir cocina y zonas comunes con otros tres habitantes —explicó la anfitriona—. Hacemos un estudio de su condición y, en función de ello, personalizamos el tratamiento y el lugar de emplazamiento final.

Fuimos sin decir nada en un ascensor parlante hasta el segundo piso. Allí había unas horripilantes paredes coloridas; el tono podría describirse como turquesa manchado de marrón.

—Cada piso es de un color —explicó la mujer—. De este modo, perciben mejor su entorno. —Me echó un vistazo, asintió levemente con la cabeza e intentó esbozar una sonrisa cordial.

—¿Quiénes perciben? —pregunté—. ¿Yo?

—Todos nosotros —dijo la guía, y me dio unos golpecitos en la cabeza, como si tuviera dos años. Habría podido darle un puñetazo en la cara y dislocarle el hombro—. ¿O tiene cataratas? También gestionamos operaciones de cataratas en Estonia, de forma económica y sin colas.

Entonces se deslizó para abrir la puerta de la habitación que estaba a la derecha y pareció que nos desvelaba la tumba de los faraones con todos sus

tesoros.

—¡Qué maravilla, con velas y flores! —chilló Susanna, juntando las manos—. ¿Es algún tipo de cuarto de paz, al que se puede venir a meditar o algo?

—En cierto modo —dijo la mujer—. Es una habitación de cuidados paliativos.

La residencia El Final era un centro de cuidados para ancianos con servicio completo, en el que uno se podía hasta morir. Era un lugar magnífico.

—Este es nuestro proyecto estrella, que hemos conceptualizado con éxito.

El concepto ofrecía masajes, listas de música, opciones de iluminación, enemas, terapia de unicornios, ayuda para el testamento, última unción, analgésicos, estatuas de sal y pomadas. Marko y Susanna escuchaban con devoción, y yo pensé en cómo se mediría el éxito de la muerte de los ancianos. ¿Daban más puntos en su evaluación de calidad a las muertes rápidas o a las lentas? ¿Cómo se medía la satisfacción del cliente? Por supuesto, el mejor cliente era el que recibía todos los posibles tratamientos, porque todo tenía un precio. Solo el cura de la iglesia evangélico-luterana era un servicio gratuito para los miembros de la parroquia. Dicho de otro modo, para ello habían estado pagando el impuesto eclesiástico todos esos años. Yo estaba concentrada calculando lo que había pagado en mi vida de impuesto eclesiástico, para obtener a cambio la absolución de mis pecados y un lugar donde enterrarme, cuando mi mirada se fijó en la cama que había al fondo de la habitación. Acababan de retirar un cadáver reciente, ya que el colchón seguía teniendo la forma.

—Seguro que puedo probarlo un poco —murmuré, y me tiré sobre el lecho de muerte—. ¿Así es como sucedió?

Yacía sin moverme, con los brazos cruzados sobre el pecho, como había visto que hacían en las películas, y lancé un profundo suspiro: el último aliento. El pensamiento era tan aterrador como seductor. Aunque era una lástima morir ahora que había aprendido a soñar. Mi propia casa, varios amigos y quizá algún Valtonen esperándome en alguna parte. Alguien que besara como Kari Kirjosiipi una noche de verano hacía mucho tiempo en el Evergreen.

—Según la última estimación, la anciana ha sido transferida a cuidados paliativos.

La voz de la mujer desagradable vino desde la lejanía e interrumpió mis pensamientos sedientos de vida. Presentó las circunstancias relacionadas con la muerte que estipulaban cuidados en hospital pero para las que ellos, con una categoría de precio especial, podían ofrecer una habitación de cuidados paliativos en la residencia El Final. Estaba repleta de bombas de morfina, diuréticos, catéteres y bigotes de oxígeno para los clientes solventes en fase terminal. La muerte en la residencia ya no sonaba tanto como esa selección de los cuidados de tratamiento que la directora ejecutiva de atención al cliente nos había pintado hacía un momento.

—¿Seguimos? —les dijo la mujer a Marko y a Susanna, inclinándose a mi lado—. ¡LEVANTE, QUERIDA ULLA-MAIJA!

Una trabajadora que estaba en el pasillo declaró en voz baja que yo me mostraba más inestable de lo que había supuesto, y Marko me miró por encima del hombro como si hubiera ganado tres veces seguidas al Monopoly. Entonces procedieron a enseñarnos la habitación de algún anciano desgraciado, a la que ellos llamaban hogar. La pobre abuela elegida como modelo estaba de pie, avergonzada, en medio del cuarto, sobre una alfombra de trapo harapienta, cuando nuestra guía empezó a soltar los datos básicos necesarios.

—Doce metros cuadrados y lo mismo en el baño, acceso sin obstáculos a todas partes, barandillas de seguridad y asideros instalados en lugares estratégicos. Se permiten cortinas propias, instalación de persianas venecianas por un precio especial, televisión por cable no incluida en el precio. Cámaras de seguridad, sensores y vigilancia por láser por una cuota mensual.

La televisión de la habitante estaba encendida. Había una película finlandesa en blanco y negro: Ansa Ikonen y Tauno Palo se miraban fijamente en un rincón de un prado mientras tronaba la orquesta sinfónica. El objetivo de esto era despertar recuerdos felices en gente de mi edad. Le di la mano a la mujer, me presenté y le pregunté si estaba a gusto en su hogar.

—¿Mi hogar? Esto no es un hogar —dijo la anciana secamente—. Estoy aquí

en depósito.

—¿Al menos recibe un buen tratamiento? —me aventuré a continuar; estábamos en la misma situación.

—Aquí no recibes nada —dijo la ancianita, meneando la cabeza—. A ver si me muero. Ya es hora.

—MIRJA, ¿NO SE HA TOMADO LA MEDICACIÓN DE LA TARDE? —dijo la trabajadora de la residencia mientras agarraba a la anciana por los hombros y la llevaba a un lado.

—No me llamo Mirja. Soy Aune.

—SE LO VOY A DECIR A LA ENFERMERA. —La mujer se giró hacia Marko y Susanna y explicó—: Muchos tienen depresión y otros problemas mentales. Es parte del asunto.

—¿Asunto? Se refiere a la vejez, ¿verdad?

Solo Aune sonrió ante mi comentario.

—¿Hay muchos enfermeros aquí? —se apresuró a indagar Susanna.

—¡No hay nadie! —gritó la anciana relegada a un lado, y nuestro séquito se apresuró a salir de su hogareña celda.

La mujer de aspecto desagradable, Marko y Susanna conversaron pormenorizadamente sobre las distintas categorías de pago durante todo el viaje en ascensor y se dirigieron con rapidez hacia el despacho de la directora de clientes, seguramente para hacer los trámites, ya que estaban. No se dieron cuenta de que yo había girado hacia el otro pasillo para ver el gran secreto que se escondía detrás de la puerta.

Allí había un ambiente alegre y acogedor: de la radio salía música clásica y algunos ancianos estaban sentados alrededor de una mesa y en los sofás. En la cocina no había nadie, pero la máquina automática estaba llena de café recién hecho listo para ser servido. En la pared había números de teléfono de los bomberos y la ambulancia para los trabajadores, las instrucciones para usar el

botón de emergencia («La policía llegará en quince minutos») y una presentación en forma de cómic sobre los distintos tipos de estrangulamiento permitidos. Había ido a parar a la sección de demencia.

—Sirve café —gritó una abuela envuelta en una gran bufanda desde la mesa.

—Sí..., puedo hacerlo —dije, un poco indefensa.

Abrí las puertas del armario y encontré distintas tazas, así como un viejo paquete de galletas, puede que para los trabajadores de la residencia. Puse todo en una bandeja y lo llevé al cuarto de estar. Serví café y, cuando los habitantes me miraron con curiosidad, les dije mi nombre. No despertó mayores reacciones.

—Solo vengo de visita, soy voluntaria —continué, lo que también era verdad, en cierto modo.

—¡Chalada! —gritó la mujer de la bufanda—. No estamos aquí voluntariamente.

—¿Qué estamos celebrando? —preguntó una vieja con gafas con una dentadura mal ajustada.

La tercera se presentó como Liisa e informó de que era su cumpleaños. Ese día cumplía veinticinco años. Como no se me ocurrió otra cosa, puse a todo el grupo a cantarle el Cumpleaños feliz a Liisa, y así empezó el jolgorio. Todos querían cantar. La señora pequeña de pelo rizado que estaba encogida en un rincón de la habitación tenía una voz estridente y le encantaban las canciones folclóricas de las distintas provincias finlandesas. Pero la mujer de la bufanda no soportaba la canción que estaba entonando y le exigió a la de la voz estridente que finalizara su salmodia.

—¡No son salmos! —gritó la cantante, y pasó de la provincia de Uusimaa a Finlandia Occidental.

—Esta mujer es insoportable —siguió quejándose la abuela de la bufanda—. Esta es así desde que nació.

—¿Os conocéis? ¿Sois hermanas? —me sorprendí.

La de la bufanda empezó a mentir con desparpajo diciendo que la de la voz estridente era su hija. Tenía muchas historias sobre la insoportable de su hija, y las abuelas se rieron con lágrimas en los ojos mientras el paseo por el folclore de las provincias finlandesas había llegado ya a los susurros de la selva de Kainuu.

—Pero esta conocía a Sibelius —dijo Liisa, la cumpleañera, cuando dejó de reír, dándole un golpecito a una mujer gorda sentada en una silla de ruedas.

—Tengo las piernas más bonitas de Rauma —comentó suspirando la amiga de Sibelius.

—¿No es maravillosa la bufanda? Me la regaló Sibelius —interrumpió la mujer de la bufanda.

—Entonces, ¿eras tú quien conocía a Sibelius y no ella? —intenté aclarar.

—Yo, yo. ¡Pero Mannerheim era mejor en la cama!

Al oír esto, todas estallaron en carcajadas y la de la voz estridente dejó de cantar. Yo también me reí.

Finalmente, Liisa informó de que hoy cumplía treinta y siete años, y le volvimos a cantar el Cumpleaños feliz. La de la voz estridente se emocionó de tal forma que empezó a entonar canciones del folclore finlandés. La de la bufanda se irritó y volvió a declarar que la de la voz estridente era su hija, tan insoportable desde pequeña. La cumpleañera recordó a Sibelius, cuya amiga empezó a alabar sus piernas, hasta que la de la bufanda contó que Mannerheim era mejor que Sibelius en la cama. Y todos volvimos a reír.

Cuando esto se hubo repetido una tercera vez, apareció una persona nueva en la cocina de la sección de demencia que dijo ser Pentti. Era un trabajador temporal externo del servicio de comidas, en la fase de activación laboral de la prestación por desempleo. Pentti sirvió papilla gris en los platos y yo retiré las tazas de café. Por algún motivo, mi ayuda irritó a Pentti.

—¡Siéntate! —ordenó.

Sin que me diera tiempo a oponerme, Pentti me hizo sentar a la fuerza. Mis amigas avanzaban a toda velocidad por los bosques de Kainuu y las piernas de Rauma, acercándose peligrosamente a las habilidades amatorias de Mannerheim y las consiguientes risotadas. Un Pentti del servicio de comidas activado por la fuerza sirvió rápidamente papilla fría en los platos de todos, también a mí, y cuando rechacé la comida amablemente cogió la cuchara y me la metió en la boca.

—¿Qué diablos haces? —grité, levantándome de tal modo que la papilla salpicó sobre la bufanda regalo de Sibelius, lo que enfadó a su propietaria.

—¡No estropees mi bufanda! Sibelius es horriblemente pulcro, siempre con su traje blanco. Su traje de lino. No ensucies mi traje de lino.

—No es de lino —repliqué.

—Si uno no come, nadie come —dijo Pentti y me obligó a sentarme de nuevo.

Siguiendo mi ejemplo, Liisa, la de las gafas con dentadura demasiado grande, y la cantante de voz estridente ya habían rechazado también la comida. Querían bailar y buscaban música en la estantería. Pero a mí ningún Pentti ni ningún desempleado de larga duración de mediana edad me iba a obligar a nada. Me volví a levantar tenazmente y le di una patada a la silla sin querer. Liisa había encontrado la radio y subió el volumen.

Justo en ese momento, empezaban las noticias en latín.

—¡Ay, mi programa preferido! —exclamó la de la voz estridente—. El precio de las acciones. Pronto llega Fráncfort valor no comercial.

—Esto es un pasaje de la Biblia —señaló Liisa—. No soy creyente. Quiero un cotillón.

—Pero shi acabamosh de comer —resopló la de las gafas.

Corrí a la cocina detrás de Pentti y elevé la voz entre el jaleo; sonaba a la pataleta desesperada de una preadolescente llorosa. Pentti estaba pasmado

delante del microondas y presionó el botón de emergencia.

—No soy una paciente —le expliqué a Pentti con la voz aún temblando—. No soy... una clienta. Quiero decir, una habitante. Solo estoy de visita.

—Eso es lo que dicen todos —farfulló Pentti, mientras escribía un mensaje en el móvil.

—¿Qué haces? Yo no pertenezco a este lugar.

—Eso es lo que dicen todos. —Siguió escribiendo su mensaje.

Eché un vistazo al cuarto de estar: nadie había comido. La de la voz estridente se había puesto a cantar de nuevo y Liisa bailaba un cotillón con la de las gafas al ritmo de las noticias en latín. Las demás miraban con los ojos brillantes y reían. Me giré y me topé con un joven vestido de policía.

—¿Esto es lo que hay que tranquilizar? —le preguntó el policía a Pentti, del servicio de comidas.

—Sí.

—Disculpe, ha habido un error —empecé—. ¿Puede llamar a mi hija? Ella vendrá a buscarme.

En la urgencia del momento, recurrí a mi hija y le di el teléfono de Susanna al policía. ¿Cómo había llegado a esto? ¿Realmente me imaginaba que Susanna vendría a salvarme? De todas las personas del mundo, justo ella deseaba más que nadie que viviera en la sección de demencia. Era ella quien había venido para dejarme aquí, no para sacarme. El policía se retiró el teléfono de la oreja y empezó a sacarse las esposas del cinturón. En el cuarto de estar, continuaban los bailes.

—Este número no está operativo.

¿Acaso Susanna no había pagado el teléfono? No sería la primera vez. Intenté recordar el número de Marko. Busqué mi móvil: estaba en mi bolso, que estaba en el suelo del cuarto de estar, al lado de la mesa.

—Estamos intentando comer —le explicó Pentti al policía.

Cuando volví a la cocina, había aparecido allí una joven con coletas, trabajadora del hogar de demencia. Acababa de empezar su turno y se puso los zuecos de enfermera con toda tranquilidad mientras miraba a su alrededor. Su bata era de color azul claro, pero parecía un uniforme de limpieza, igual que el de la directora ejecutiva.

—Jaska, ¿qué pasa aquí? ¿Hay algún problema?

El policía era un viejo conocido de la enfermera, por supuesto. Jaska le explicó a la de las coletas que una de las habitantes se había comportado de forma amenazante con Pentti cuando este intentaba darle de comer. Lo negué todo. No había habido ningún problema hasta que llegó Pentti, que era quien había causado el revuelo. Estaba en una visita en la residencia obligada por mis hijos y, en cierto modo, ayudando un poco como voluntaria. Todo había transcurrido en paz y armonía mientras hablábamos de las piernas de Rauma, de Sibelius y de Mannerheim. La trabajadora no me miró. Echó un vistazo al cuarto de estar, vio la mezcolanza entre las bailarinas y se giró hacia Pentti.

—¿Es que no eres capaz de hacer que una pobre abuela se coma la papilla sin llamar a la policía? —Entonces le dijo al policía, a este Jaska, que se había vuelto a poner las esposas en el cinturón—: Siempre la misma movida con los de la activación laboral. Hacen más mal que bien.

Pedí perdón, pero nadie me estaba prestando atención. La trabajadora echó a Jaska y a Pentti y, al parecer, todavía consideró útil mi presencia. Empecé a darle las gracias efusivamente. Después de escuchar un rato, de pronto me gritó, con la cara roja:

—¿Qué cojones andas haciendo? ¡Vete a tomar la papilla!

Solo tras un largo y delicado proceso, conseguí salir de la sección de demencia. Tuve que rellenar dos test y hacer que la enfermera llamara a la directora ejecutiva de atención al cliente, en cuyo despacho Marko y Susanna firmaban acuerdos y papeles con toda la parsimonia del mundo; solo cuando la directora vino a la sección de demencia, la trabajadora recordó la contraseña y abrió el registro de pacientes, donde pudo comprobar que yo no era uno de

ellos. Naturalmente, tampoco se molestó en pedirme perdón.

—¿Cómo narices vas a distinguir a las abuelas enfermas de las sanas?

La directora ejecutiva me sacó de la sección de demencia sin decir una palabra. Me liberé de un tirón y, cuando llegamos a su despacho, empecé a gritarles mi vergüenza, rabia y cólera a Marko y a Susanna. Levanté la voz, golpeé el suelo con el pie y agité las manos.

—¡Joder, este lugar es el infierno en la tierra! ¡No vais a conseguir que venga aquí ni aunque nos paguéis un millón de euros al mes a mí y a la residencia! ¡Debería daros vergüenza, inútiles consentidos! ¡Cómo os atrevéis a imaginar que podéis internarme en una residencia para comerme la papilla de la activación para el empleo! ¡Hostias!

—MAMÁ, CARIÑO —empezó Susanna, pero ni siquiera la miré.

Explicué, echando espuma por la boca, que acababa de comprarme un piso en Töölö y no necesitaba estos servicios..., no todavía, al menos, añadí con cierta inseguridad, ya que tampoco podía saber lo que pasaría mañana.

—De eso se trata —dijo Marko con energía—. Hay que anticipar las cosas a fin de que no surja una situación para la que no estemos preparados.

—Puede empezar por alquilar, aunque por sus seres cercanos entiendo que...

—¡Joder, mis seres cercanos son mis herederos ávidos de mi dinero y no van a decidir sobre mi puta vida! —grité sin mirar a la directora—. Y estos egoístas quieren anticipar esta mierda, que ellos llaman «asunto». Que se muden ellos a vuestro pestilente vertedero. —Marko y Susanna no eran mis tutores legales, aunque se comportaban como si lo fueran, y yo tenía derecho a la autodeterminación sobre mi propia vida—. Aquí no me vais a traer viva, y muerta dudo que os preocupéis de mí.

—Pero a su edad... —empezó la mujer, sin darse cuenta de cómo brillaba el trapo rojo ante mis ojos.

—¿A mi edad, joder? A mi edad soy una persona sana de setenta y cuatro años

y, por primera vez, tengo poder de decisión y responsabilidad sobre mi propia vida. ¡Y os juro que pienso aprovecharlo! Así que haga el favor y pídame un taxi. ¡Ahora mismo, joder!

La confundida mujer cogió el teléfono y pidió un taxi antes de que Marko y Susanna tuvieran tiempo de reaccionar. La directora informó de que el taxi estaba en camino y le entregó a Marko los papeles del acuerdo ya rellenados «por si acaso», dado que, por lo general, los casos como el mío cambiaban de opinión ya de camino a casa.

—¿Reservamos cita para el estudio de su condición? —preguntó la mujer, sin percatarse de lo que acababa de suceder.

Nada podía socavar su fe en que iba a conseguir un pago completo por mí como clienta privada y que iba a cambiar Töölö por este miserable barracón. Si viviera veinte años más, lo cual no era imposible, y pagara una media de tres mil euros al mes por los cuidados, los servicios y las paredes, eso haría un total de... Joder, serían setecientos veinte mil euros.

—A mi edad puedo darle un uso mucho mejor a ese maldito dinero —informé, y me marché con gran teatralidad.

El abuelo en silla de ruedas seguía rodando entre los fotosensores. Le di un golpecito en el hombro como si fuera un ganador y me metí en un taxi negro que recordaba a un coche fúnebre.

Valtonen había sido declarado viable en el hospital: le hicieron un par de angioplastias y no fue necesario serrarle la caja torácica en dos. Al final, le dieron el alta con sus nuevas recomendaciones para vivir y su nueva medicación diaria. La parte buena era que, en consecuencia, Pike parecía estar un poco más sobria. Cada vez recibía más fotos suyas paseando por Kerava, lo cual suponía un considerable cambio en sus costumbres.

Mi vida transcurría de forma tranquila. Susanna y Marko estaban tan ofendidos por mi comportamiento en la residencia El Final que, a modo de protesta, interrumpieron sus comunicaciones diarias de comprobación. Sorprendentemente, echaba de menos sus llamadas cargadas de fingida empatía, que ya se habían convertido en una especie de rutina. Mi contacto adulto regular era Hellu, a la que llamaba con bastante frecuencia. Su dolorosa montaña rusa a veces era dura de seguir, pero tenía que mantenerme fuerte. Yo podía vivir, de momento.

—¿Lo ves? Me he hinchado —me indicó Hellu en la pantalla.

Le habían recetado cortisona para diferentes síntomas, y ya sabíamos que la cortisona hincha y pone roja a la gente. No se me ocurría nada bonito que decir, ya que Hellu tenía un aspecto horrible, y yo tenía una absurda obsesión con ser siempre sincera, lo que, a decir verdad, tampoco era ninguna virtud.

—¿Vamos a dar un paseo? —propuse para evitar una mentira.

Los paseos se convirtieron en nuestra costumbre, en sustitución a nuestras

tardes en la cafetería habitual. Los pasos de Hellu eran cada vez más pesados y cada vez estaba más encorvada, así que teníamos que detenernos a menudo para que recuperara un poco la respiración entrecortada. Caminábamos varias manzanas cogidas del brazo, las dos abuelas, y ella no podía más, aunque tenía una fuerza espasmódica en el agarre de la mano.

Todo esto me ponía muy triste. ¿Acaso mi ajetreado otoño se había convertido en una mirada al veranillo de san Miguel tras el cual acechaba un invierno más duro? ¡Qué infantil había sido al imaginarme que nuestra vida seguía llena de vida! El crecimiento de las raíces de mi pelo me recordaba mi encanecimiento, y no fui capaz de concertar otra cita en la peluquería. ¿Por qué engañarme a mí misma con mechas castañas? Era una anciana que iba a cumplir setenta y cinco años en verano, viuda, abuela, solo útil como guía para los moribundos. Desgaste en las articulaciones, rigidez en las extremidades, ojos llorosos, manchas en las manos por el hígado, dolores en todas las partes en las que aún sentía.

En el periódico vespertino había un osado titular sobre la vida sexual de las personas mayores; lo compré, pero el artículo era una valiente exposición de la privacidad de las personas entre cincuenta y sesenta y cinco años. Al parecer, a esa edad todavía se disfrutaba del sexo, una vez a la semana de media, y para algunos era, directamente, el mejor momento de su sexualidad.

Tenía que llevar mi vejez de forma grácil. No había nada más gracioso que un anciano que entendía mal su edad, un audaz eterno joven. Yo no quería eso. Pero ¿qué se esperaba que hiciera una viuda de mi edad? Si estuviera metida en política, ya no podría ser presidenta. ¿Qué otra cosa tenía estilo, era aceptable y beneficiaba a la sociedad? Se me ocurrieron muchas cosas aburridas: tejer calcetines para la beneficencia, hornear bollos para ventas benéficas y supervisar los eventos, organizar un curso de cocina para refugiados, dirigir un grupo de conversación en la iglesia, participar en el coro mixto de una residencia, leer cuentos en la biblioteca... ¿Así tenía que llenar mis días antes de morir?

¿Una abuela entrañable no era aquella que se sentaba en la mecedora a tejer cuadrados de patchwork? Podría tejer interminables cuadrados diferentes con los hilos sueltos de mi vida, y con los cuadrados podría hacer colchas que quedarían olvidadas en el sótano... La idea era demasiado simbólica.

Entonces recordé las fotografías y la investigación genealógica. Esas cosas eran adecuadas para una abuela. Investigaría las familias de mi madre y de mi padre hasta 1600 y encontraría cosas emocionantes. Bastardos reales y cosas de esas. Entonces organizaría una reunión familiar. Qué horror; quizá alguien más se encargaría de ello, alguno de mis nuevos familiares encontrados en los libros de la iglesia. Yo tenía todas las fotos de mi vida desorganizadas en cajas de cartón. Todavía no quería hacer mi carpeta Memento mori, pero con las fotos sí utilizaría el método de Hellu, como descanso de mi investigación genealógica.

«¿Recuerdas a nuestro compañero de clase, ese que se meó encima cuando tuvo que señalar en el mapa los montes Urales?», le pregunté a Hellu por WhatsApp.

Me respondió enseguida: «¡Pertti Korhonen!».

«¿Tienes sus datos?».

«Pertti está gasado. Su mujer bibe». Hellu cometía unos errores atroces en el móvil y no accedía a usar el corrector.

«Tengo que hablar con él».

Hellu se enterneció y me dio el número. Llamé a Pertti Korhonen, ya que no sabía si usaba WhatsApp o no. Pertti respondió enseguida: no estaba llamando al lugar equivocado ni lo molestaba, ya que estaba en casa, y pareció alegrarse cuando consiguió entender que no era una teleoperadora.

—Claro que me acuerdo de ti. Tenías un trineo rojo que te robó Seppo Valtonen.

—... y ahora que Olli está felizmente muerto, he pensado en hacer una investigación genealógica.

Pertti Korhonen se entusiasmó enormemente. Me explicó cuáles eran los mejores sitios web para hacer el árbol genealógico, qué bases de datos estaban digitalizadas y eran gratuitas y qué tipo de cosas podía aclarar yendo personalmente al archivo. Escuché sin tomar apuntes; todo aquello me sonaba

bastante simple y poco interesante.

—¿Qué has averiguado sobre tu familia? —pregunté, porque la conferencia de Pertti con todas sus particularidades se estaba volviendo un poco aburrida.

—Cosas muy emocionantes. En este momento, gracias a una rama he avanzado hasta la década de 1400 en Escocia y...

Esta clase era más larga y tortuosa que la anterior. No había pensado que con Pertti Korhonen se abriría un atlas mundial tan majestuoso. Ya había llegado en transporte marítimo a Estados Unidos y América del Sur, y me sermoneó con sus hallazgos arqueológicos en alguna de las islas del mar Caribe. No entendía qué tenía que ver eso con la investigación genealógica.

—El apellido de tu familia es Laitinen, ¿verdad?

—¡Oh, también recuerdas eso! —me alegré inocentemente, sin prever lo que vendría después.

Pertti y yo éramos parientes, por supuesto, como todos los finlandeses que hacen investigación genealógica. Me contó dos veces cómo el tío materno de mi tía era primo segundo de su abuelo; además, nuestro parentesco estaba sellado por medio del matrimonio, ya que la tía abuela de su madre era la cuñada del tío paterno de mi padre. Todo esto me resultaba tan ininteligible como insignificante, pero Pertti estaba muy entusiasmado con esta información, pues eso significaba que yo también tenía huesos y joyas de mis antepasados en las islas del Caribe.

—¿Qué, nos vamos al Caribe, primo?

—Sí. En realidad, no eres mi prima, sino que tu tía por parte de padre y el hermano de mi madre...

La investigación genealógica consistía, principalmente, en sentarse frente al ordenador. Solo conseguiría cansarme la vista. Si me lanzara a ello ávidamente, iría a la parroquia de Gran Muukkola a inspeccionar viejos libros de la iglesia, de cuya escritura no sacaría nada en claro. A decir verdad, no me interesaba en absoluto mi línea de genes matriarcales.

No me quedaba otro remedio que ponerme a tejer. Al principio, me resultaba difícil y conseguía únicamente churros redondos; cuando, al cabo de varios intentos, conseguí repetir el esquema, la totalidad empezó a formarse y podía hacerlo mientras veía series de asesinatos en Netflix. Hellu estaba muy satisfecha con mis labores.

—Las manualidades son un ejercicio magnífico para el cerebro —me explicó una cara más abultada que la anterior en la pantalla.

—¿Pero todas las actividades para abuelas tienen que ser ejercicio? ¿O algo para prevenir la vejez? —pregunté, irritada.

No quería acabar en rehabilitación. Tendría que seguir tejiendo.

—¿Y las fotos? ¿Las has organizado? —inquirió Hellu—. Yo las he tirado casi todas. Nadie lo hará cuando haya muerto.

Últimamente, Hellu había empezado a hablar con frecuencia de su muerte y, a veces, hasta lo disfrutaba. Como cometía el error de quejarme de mi propia vida, ella declaraba despreocupadamente, día tras día:

—Ay, pobre, no sabes cómo vivir. ¡Y yo hasta sé cómo voy a morir!

Después, intenté interesarme por las tragaperras y el bingo. Claro que era un poco de broma, pero tampoco podía saber si me gustaba jugar si nunca lo había probado. En la entrada del supermercado había una fila de máquinas de colores y en el suelo habían delimitado una zona en la que ponía «+18». La edad mínima bien podría haber sido setenta; los clientes habrían seguido siendo los mismos.

Me acerqué valientemente a la zona de adultos y empecé a meter monedas en el cacharro. Las luces parpadearon, las frutas giraron y yo no entendía cómo se podía jugar de forma lógica para poder ganar. Bloqueé un par de melones y pulsé los botones para parecer que sabía lo que hacía.

—¿Viene la anciana a jugar con frecuencia? —preguntó una dulce voz masculina detrás de mi hombro derecho.

Allí había un sonriente señor de mi edad, un transeúnte como yo, mantenido por los impuestos de la sociedad, calvo, con mala dentadura y un andador, que también quería apoyar las aficiones deportivas de la juventud y la Ópera Nacional de Finlandia.

—No —respondí de forma tan áspera que habría tenido que entender que debía irse lo más lejos posible.

—¿Acaso está la anciana sola? —continuó el hombre, sonriendo.

—Estoy sola —respondí.

Era un problema no haber aprendido a mentir a mi edad.

—Yo también estoy solo —dijo el hombre agriamente, acercando el andador.

Al mismo tiempo, la tragaperras me informó de que había ganado. Pulsé el botón de pago. La máquina empezó a hacer un ruido horrible y a emitir todo tipo de luces extrañas. Las monedas tintinearón en el cajón: había ganado algo gracias a los melones.

—Vaya. —El hombre del andador suspiró—. ¡La anciana podría darme a mí también algunos melones!

Las monedas no paraban de salir y saltaban por todas partes. La máquina hacía tal estruendo que los cagaprisas de mediana edad en las cajas automáticas y en la cinta interrumpían sus quehaceres y se giraban para mirar qué pasaba. Cuando vieron a dos ancianos en las parpadeantes máquinas tragaperras, continuaron con su vida.

—La abuela ha tenido suerte —comentaron dos adolescentes que merodeaban por allí.

—Aquí tenéis —les dije, dándoles un par de monedas.

Por fin, la tragaperras dejó de hacer ruido. El calloso puño del hombre del andador ya había echado mano de las monedas del cajón y volvía a meterlas rápidamente en la máquina.

—Hay que apostar por las ciruelas —dijo para sí mismo—. Son buenas a nuestra edad. Para el estómago.

—¡Estese quieto! ¡No quiero jugar más! —chillé frenéticamente.

La máquina tragaperras había sido un desastroso error.

—La anciana se lo puede tomar con calma. Ahora vienen más millones —cacareó el de la mala dentadura y me dio un brusco empujón echando el andador hacia un lado.

—Es mi dinero —dije enfadada.

El viejo había ido demasiado lejos, en general.

—Es el dinero de los impuestos —se atrevió a replicar—. Cogemos lo nuestro, juntos. ¡Los melones!

Me enfadé. Aparté al abuelo de un empujón, pero era más débil de lo que había imaginado y se cayó de una forma horrible. El andador también se desplomó de lado. El abuelo se retorció en el suelo, gritaba y blasfemaba, y los paquetes de salchichas, el tabaco, la bolsa de ciruelas, el paquete de condones y el pan de centeno que llevaba en el andador se desparramaron por el suelo. La tragaperras se puso otra vez a gritar y parpadear mientras las monedas tintineaban en la cubeta.

—Vamos a tranquilizarnos —me dijo un vigilante que se había acercado lentamente.

Su compañero levantó del suelo a mi coetáneo, que no paraba de insultar y chillar.

—Hostias, vaya show —comentó entusiasmada una de las adolescentes.

—¿LLAMAMOS A UNA AMBULANCIA? —me preguntó el vigilante de seguridad. Como no queríamos una ambulancia, el vigilante ofreció llamar a la policía, y, como eso tampoco nos interesaba, nos propuso un taxi—: ¿TIENEN CUPONES PARA EL TAXI?

—Oye, chaval, no nos vamos a ir a ninguna parte —dijo el de los dientes malos, como si fuéramos un matrimonio que hubiera superado las bodas de diamante—. Esta chica es una mina de oro, no hay nadie mejor. Gana continuamente.

—Eso parece —repuso el vigilante, con el espray de pimienta en la mano—. Creo que ya son suficientes aventuras por hoy.

Empecé a recoger las monedas en bolsas de verduras. Había una cantidad absurda de calderilla, un premio muy pesado. ¿En qué otro lugar se podían conseguir monedas de un euro? Ni siquiera los bancos querían dinero real en sus bóvedas. Por algún motivo, el viejo empezó una bronca con los vigilantes detrás de mí. No le gustaban su estilo, su presencia, sus armas, su color de piel, nada en absoluto. Cuando hube llenado una bolsa, la puse en el suelo a mi lado y empecé a llenar la segunda.

—¿ES SU MARIDO? —me preguntó el vigilante lentamente.

El otro se llevó a rastras al viejo, cuyas maldiciones resonaban a lo lejos.

—La verdad es que no, ¡maldito viejo! —dije enfadada, y, cuando me giré hacia la voz, vi que el anciano llevaba en la mano mi bolsa de monedas—. ¡Un ladrón es lo que es!

—Se le ha ido la pinza al viejo —dijeron las adolescentes con cuidado.

El vigilante levantó una ceja y le gritó a su compañero:

—¡Llévatelo!

El de los dientes malos se retorció y pataleaba, pero los vigilantes se mantuvieron tranquilos y consiguieron sacarlo de la tienda. Una vez fuera, continuaron aclarando el asunto de manera acalorada. Miré apurada a mi alrededor. El viejo tenía una gran parte de las monedas, pero yo tenía casi la misma cantidad en la bolsa de plástico.

—Ay, que me parto. ¿Ha vuelto a ganar? —preguntó una de las chicas.

Les di las monedas a las jóvenes y les devolví la fe en la humanidad. No

podían comprender que les estuviera pasando algo tan maravilloso, una puta bolsa de dinero así porque sí. Me abrazaron, se abrazaron entre sí y otra vez a mí y se hicieron montones de fotos conmigo. En la calle, un coche de policía se detuvo en la acera.

—Tengo una buena pensión —dije alegremente—. No necesito monedas.

—¿Podemos acompañarla a casa? —preguntó una de las chicas, ya que creía que un saco de pesadas monedas requería un servicio a cambio.

El hombre del andador estaba en el coche de policía, pero no había entregado la bolsa de monedas a las autoridades.

—Gracias, puedo ir por mí misma.

—¿Vive en una residencia? ¿LE TRAEMOS ALGO DE LA TIENDA? —propusieron las chicas, sin darse cuenta de que ya estábamos en la tienda.

Me hablaban de forma simple, y no creían que no necesitara nada ni quisiera que vinieran a casa a leerme el periódico. Pero quedó claro que, para ellas, yo era una abuela, una auténtica anciana, una experiencia exótica que merecía la pena contar en las redes sociales. El coche de policía se perdió entre el tráfico y los vigilantes volvieron a entrar. Lamentaban que el viejo se hubiera quedado mi bolsa de monedas. Si les daba mi nombre y mis datos, me la harían llegar más tarde.

—No es necesario —dije tensamente. Me empezaba a hartar este torrente de preocupación por todas partes—. Pueden quedarse las monedas. O dárselas a alguien de su edad.

Tuve que insistir bastante para que los vigilantes creyeran que podía llegar a casa por mis propios medios. Me fui apresuradamente y de mal humor, con pasos rápidos, para mostrarle al mundo la ciudadana lozana y activa que era. Cuando giré la esquina, aminoré el paso porque me estaba quedando sin aliento. Cuando me detuve, rompí a llorar.

Musgo y Gota se quedaron sin gato. Fjodor se había convertido en un trofeo rotativo, ya que, cuando se extendió la estancia de Valtonen en el hospital debido a todas las pruebas del mundo, Pike fue a buscarlo a Kerava y se lo llevó a su casa. Era una gran hazaña, pero una semana con el gato fue suficiente para Pike, y seguramente también para Fjodor.

—Se mea en mi sombrero y come como un cerdo.

Cuando Valtonen fue liberado del hospital para continuar con la prórroga de su vida, tuvo que elegir entre el gato y Pike. Así se selló la relación extramatrimonial de Valtonen con Pike y Fjodor se mudó a casa de Hellu. Valtonen estaba seguro de que esta pareja también era perfecta: Fjodor obtendría toda la atención que quería y Hellu se animaría. Pero no fue así.

Al mismo ritmo que Valtonen se recuperaba de su infarto al corazón, Hellu se debilitaba. La cortisona hacía que a veces se comportara de forma extraña: estaba agitada, llamaba a la gente para organizar todo tipo de cosas, era desconfiada y obstinada. Después de un par de peleas horribles, dejó la cortisona; todavía quedaban los cuidados paliativos, hasta que los médicos dijeron que la paciente iba a morir.

—Un poco como la limpieza final antes de estar lista —bromeó Hellu con cansancio.

La necesidad de montar un hospital casero que yo tan bien conocía conquistó el hogar de Hellu y Fjodor. Nadie había leído su Memento mori, al menos el

apartado de «Posible mascota», así que Fjodor quedó olvidado en medio de todos los analgésicos. Había otras cosas en que pensar. El gato correteaba por la casa, hasta que comenzó a quejarse en voz alta, adelgazó y empezó a mear por ahí. No sabíamos qué hacer. Los cuidadores a domicilio se negaban a alimentar animales y la limpieza de las huellas del gato no formaba parte del ámbito de los cuidados paliativos.

Me llevé a Fjodor a mi casa; era lo único que faltaba en mi vida de abuela. Musgo y Gota estaban tremendamente felices con mi decisión y les gustaba mi casa más que antes. Los autoricé como cuidadores del gato, e intrépidamente le traían comida a Fjodor y jugaban con él.

En retrospectiva, esas dos semanas se hicieron mucho más largas. Todo sucedía lentamente y, aunque no había pasado nada en realidad, los días parecían semanas. Una mañana, cuando estaba a punto de ir a casa de Hellu, cogí a Fjodor en un impulso. Lo metí en una bolsa grande, le expliqué todo sin subestimar su capacidad de comprensión y él no opuso resistencia, sino que estuvo sentado de forma extrañamente apacible en el fondo de la bolsa durante nuestro corto trayecto. Cuando entré en casa de Hellu con mis propias llaves, que ella me había dado, Fjodor corrió directamente a su habitación. Saltó sobre la cama, se hizo un ovillo a los pies de Hellu y empezó a ronronear ininterrumpidamente. Me di cuenta de que ya habían estado allí los cuidadores a domicilio, pues habían limpiado las huellas de la noche.

Miré a Fjodor sobresaltada y lo comprendí: Hellu se estaba muriendo. Ahora sucedería, hasta aquí habíamos llegado. El gato lo sabía mejor que nadie, como una unidad del hospital a domicilio que acababa de quedarse inactiva. Si Fjodor no hubiera estado allí, probablemente yo habría pensado que Hellu estaba durmiendo como cualquier mañana. Pero estaba en algún estado intermedio, trabajando. Su respiración era fina y pesada y poco a poco se iba volviendo cada vez más débil. Su cara rezumaba una calma inexpresiva, y no reaccionó cuando le hablé ni cuando la toqué. Sin embargo, entre Fjodor y Hellu había una fuerte conexión. El vibrante ronroneo del gato se hacía más fuerte a medida que la vida abandonaba a Hellu. Me quité el abrigo y me dispuse a seguir los extraños cuidados paliativos que Fjodor realizaba con decisión.

Hellu parecía serena. Muchas veces creí que ya no respiraba, pero, como el

gato seguía ronroneando, sabía que aún no había terminado todo. Entonces, de pronto, Fjodor dejó de ronronear. Se hizo un gran silencio. Miré a Hellu: tenía el mismo aspecto que hacía un momento. No le tomé el pulso ni comprobé la respiración. Fjodor caminó lentamente por el borde de la cama de Hellu, le olfateó la cara y saltó al suelo. El trabajo estaba hecho. El cansado cuidador se arrastró hacia la cocina. Me deslicé detrás del gato, le di agua y él se bebió todo el tazón con lengüetazos impetuosos antes de tumbarse a dormir debajo de la mesa. Me dejé caer en la silla y solté un profundo suspiro. Estaba extrañamente aliviada, aunque de forma diferente a cuando murió Olli. No había esperado ni deseado esta muerte, pero la ayuda profesional de Fjodor había sido algo bueno. Había hecho que el final de Hellu fuera bonito.

Enterramos a Hellu exactamente según su Memento mori. La ceremonia fue bonita y corta; después, Pike, Valtonen y yo fuimos a comer al Evergreen. Así lo había querido Hellu. Pero no sabíamos estar alegres, como ella había escrito en su cuaderno. Estábamos melancólicos y silenciosos. Oficialmente, echábamos de menos a Hellu, pero cada uno pensaba también en sí mismo: este podría haber sido el entierro de cualquiera de nosotros.

Tanto Fjodor como yo nos encontrábamos mal. Pasaron semanas, quizá más; mi noción del tiempo se debilitaba. No comíamos y se nos caía el pelo al suelo. Para mí, adelgazar no era peligroso, pero al final el gato empezó a tener un aspecto tan horrible que lo llevé al veterinario. El hospital de mascotas del este de Helsinki era un auténtico centro de ternura, algo que nunca había encontrado entre las personas. Fue sencillo pedir cita y, lo más significativo, el veterinario respetó la hora acordada. Me había imaginado que los médicos tenían algún motivo basado en sus aptitudes profesionales para que el paciente siempre tuviera que esperar en el pasillo con sus penas y sus miedos un par de horas antes de poder acudir a la consulta concertada. Los dentistas éramos de otra pasta. Nosotros no perdíamos el tiempo a la hora de perforar, empastar y arreglar una mandíbula cada vez. Quizá los veterinarios tuvieran la misma despreocupada relación con sus clientes, pensé, y me equivocaba.

En mitad de la habitación había una mesa iluminada de forma deslumbrante. Sin pensármelo dos veces, abrí el transportín del letárgico Fjodor y dije con fingido ánimo:

—¡Aquí hay gato encerrado!

Un hombre robusto que parecía un experimentado comadrón de becerros no prestó atención a mi gracia, que oía seis veces al día. Mostró una gran empatía hacia mi gato trofeo rotatorio. Sin mirarme a mí, se inclinó al lado de Fjodor como si fuera el último niño salvado de un terremoto. Los despeinados pelos del veterinario se movían mientras examinaba al paciente.

—¡Ay, criatura! ¡Pobrecillo! —gritó el hombretón acariciando a Fjodor, que soltaba pelos al aire—. ¡Te has quedado en un estado miserable!

—Sí —dije, porque no se me ocurrió otra cosa.

Me sentí culpable, aunque yo no tenía nada que ver con el destino de este animal. Estaba segura de que sus últimas fuerzas se habían desvanecido mientras acompañaba a Hellu, pero la idea era tan poco científica que no me atreví a compartirla con el veterinario. Para el gato también tenía que ser una horrible adversidad ver cómo las personas a su alrededor enfermaban y morían: primero, su dueño original; después, Hellu. Y el gato no podía saber por qué Valtonen y Pike también habían desaparecido de su vida ni dónde se habían metido. El veterinario giraba a Fjodor como si fuera el cadáver de un cerdo y él un carnicero. La ternura había desaparecido cuando empezó a girar al gato con firmeza y la víctima no opuso resistencia. Las manos del hombre eran enormes, tan grandes que me sonrojé.

—Tumores —murmuró, sin parar de girar al gato—. Caquexia, probablemente en fase terminal.

Claro que entendía lo que quería decir. Cuando un animal, no importa lo querido que fuera, enfermaba gravemente, no se le hacía una resonancia magnética, ni se le extraían muestras de sangre, tejido o deposiciones, ni se le instalaba una cámara robot en el recto. Al animal se le ahorran los frenazos de la muerte, esa lucha inútil tan típica entre los humanos. El veterinario empezó a llenar la jeringuilla.

—El pobrecillo está sufriendo mucho. No hay otra opción —me dijo mientras respiraba hacia dentro. Pequeñas gotas caían de la jeringuilla sobre la mesa, aunque la había puesto de pie, con la aguja brillando hacia el techo—. ¿Quiere despedirse de su ser amado?

¿Amado? ¿Esa criatura flacucha y sin pelo era mi amado? Miré al pobre Fjodor y, de pronto, me empezaron a correr las lágrimas por las mejillas. Intenté acariciar al gato, aunque sabía que lloraba por mí misma. ¿Cómo había llegado hasta aquí? Joder, ¿no tenía ningún ser querido en este mundo más allá del cadáver de un gato heredado por fastidio? ¿Dónde coño se habían metido todas las personas, hombres, mujeres y niños, esos a los que llamaba amigos,

esos a los que recordaría sonriendo, que llenarían mi álbum de fotos en la estantería y en el ordenador, esos que me animarían en momentos como este, esos con los que siempre habría compartido todo, y ese que me desearía con una pasión frenética? Fjodor no participó en mi pesar. Parecía un poco molesto de que prolongara su dolor de esa forma tan insensible.

Sentí la enorme mano del veterinario en el hombro. Temblé y me derrumbé; empecé a llorar en voz alta. Oí mis primitivos gritos y me avergoncé. ¿Cómo narices había llegado a esto? Fjodor había sido una molestia en mi rutina solo durante algunas semanas y ahora me llevaba al borde de un ataque de nervios. Lloraba por Hellu, tenía que ser eso. Mis hijos de mediana edad, que tenían un miedo mortal a la muerte, se imaginaban que, a mi edad, a esa maldita edad, una persona de pronto se acostumbraba a morir, como si el envejecimiento se hubiera hecho cargo de las peores cosas por sí mismo.

—¿Y bien? —dijo el veterinario cuando mi respiración entrecortada dio muestras de haberse moderado y ya no me sacudía de forma peligrosa.

Peligrosa porque el veterinario seguía teniendo en la mano la dosis letal del gato y a veces parecía que la aguja estuviera resbalando hacia mi hombro. El hombre me dio un pañuelo de papel, que tenía preparado en su mesa de trabajo. Me soné fuertemente y recibí tres pañuelos más. Me sequé los ojos y la cara con ellos, hasta que fui capaz de levantar la mirada hacia los ojos preocupados del veterinario. De pronto, empezó a sonreír.

—Cuando esto haya pasado, debería retocarse un poco el maquillaje.

Eché un vistazo al espejo y no pude por menos que reír. Parecía una niña de la guardería disfrazada cuidadosamente de camino a una fiesta de Halloween. Así era como se celebraba ahora el Día de Todos los Santos. Musgo y Gota llamaban a la fiesta de forma onomatopéyica: «jalo, vino». Pike y Valtonen habían celebrado esa fiesta todos los días en su vida anterior, ahora cada vez menos. Tampoco había oído nada de ellos desde que empezaron su candente relación de pareja con ayuda del nuevo marcapasos de Valtonen para el sprint final. ¿O era un stent lo que le habían puesto? Ya confundía las enfermedades y piezas de repuesto de mis amigos. O quizá me había convertido en la mujer que sobraba. ¿Sí? ¿Y cómo había sucedido? ¿Acaso no había sido siempre así?

—Le voy a poner la inyección. Eso dormirá a su ser amado rápidamente y sin dolor, y ya no tendrá que despertarse.

El veterinario sonaba como un cura hablando en voz baja y suave. Liberó a Fjodor de la vida terrenal con su fuerza sobrenatural e indultó las penas y enfermedades del gato. Solo faltaba la bendición, pero quizá lo estuviera haciendo en silencio para sí mismo, tan devoto había sido ese corto y silencioso momento, durante el cual el animal que lo había vivido todo llegó a los pies del dios de los gatos. Estaba confusa. No creía en absoluto en almas, dioses y cielos, pero ahí estaba, conteniendo el llanto, alumbrada por las lámparas led de ese enorme veterinario, y me imaginaba que estaba experimentando algo eterno. Quizá acababa de comprender que Hellu había muerto.

Estuvimos un momento de pie, uno al lado del otro, yo y un hombre desconocido cuyo trabajo era matar animales domésticos. Sin lugar a dudas, su elección profesional era mejor que la mía. Él no traía dolor y pena, en su despacho no gritaban los taladros ni estaba decorado con aspiradores de encías, los pacientes no se retorcían y gritaban y en el aire no flotaba ese olor a hueso cortado.

El veterinario puso su pesada mano sobre mi hombro, pero esta vez no me provocó un ataque de histeria. Me mantuve firme. No había por qué llorar: el ciclo de la vida era algo sencillo para las personas de ciencias. Los gatos morían, las personas de setenta y cuatro años morían... Eso era así. Los gatos, sin dolor, las personas, con dolor, cada uno según sus méritos. ¿Para qué necesitábamos gatos enfermos y gente de sobra que ya no podía trabajar?

—¿Quiere llevarse a su amado?

Miré a Fjodor, el único amado de mi larga vida. Allí yacía, muerto, aunque tenía el mismo aspecto que antes. ¿Por qué diantres me iba a llevar ese cadáver tieso? ¿Acaso el veterinario pensaba que iba a ir a un curso de taxidermia en la escuela para adultos y me iba a hacer una estatua para que vigilara mi piso?

—Mucha gente quiere enterrar a sus amados —explicó, aunque yo no había dicho nada.

Ni siquiera me había encargado de enterrar a Olli. Sus cenizas estaban en un tarro gris en el armario de la cocina, el modelo de urna más barato de la funeraria. Debía tener cuidado para no mezclarlo con la harina o el café. Aunque qué más daba. ¿Por qué diablos todas las personas, obviamente también los gatos, debían tener una tumba? Aunque fuera un recordatorio laico, como una piedra cuadrada con un nombre, ¿quién podía estar seguro de que debajo de la piedra estaban enterradas justamente las cenizas de esa persona o de que, por el contrario, no había nada en absoluto? Miré agotada al veterinario, quien, además de la liberación del espíritu, también tenía otras habilidades sobrenaturales.

—Bueno, no quiere enterrarlo. Nosotros podemos encargarnos del proceso a partir de ahora. —No le había resultado difícil leerme el pensamiento.

Miré por última vez a Fjodor y sonreí para mí misma. Justo en ese momento comprendí, demasiado tarde, que mi vida habría sido mucho más feliz si hubiera elegido un gato en lugar de a Olli. Fjodor era él, Olli era eso.

—Gracias. ¿Dónde puedo pagar?

Recibí la factura, le di la mano y las gracias al veterinario, acaricié una vez más el pelaje de Fjodor y me marché.

Me desanimé, me desmoralicé, casi me deprimí. Ya no tenía fuerzas para nada, y tenía miedo de convertirme en la momia que mis hijos llevaban viendo en mí desde el funeral de Olli. Hellu y Fjodor estaban bajo tierra, Pike y Valtonen estaban juntos, a Marko y Susanna les había dado la espalda por el episodio de la residencia, y había comprobado que la investigación genealógica, las labores de ganchillo y las trapaperras eran aficiones inútiles. Solo me quedaba el trabajo voluntario.

Pero había demasiadas mujeres mayores de setenta años como yo. Para el trabajo voluntario se buscaban hombres, preferiblemente jóvenes, como si se tratara de una llamada a filas. Hombres jóvenes para el programa de amistad de Best Buddies para chicos marginados, padrinos para niños sin padre, Old Man para jóvenes en proceso de independencia y Mister para juegos de pelota para chavales de origen inmigrante. Se necesitaban ancianos como guías para el Club de Señores y Abueletes para los niños. Por todas partes había una flagrante escasez de hombres. Los niños no tenían padre y los jóvenes no tenían trabajo, y los pocos hombres modelo sobrios eran requeridos como voluntarios para mantener en vereda a una parte de esa franja de edad. Las parroquias y los clubes de jubilados se llenaban de grupos de hombres: había un coro masculino, bridge para oficiales reservistas, apoyo para divorciados, sauna para viudos, trabajos de carpintería y golf virtual..., y para todos eran necesarios hombres guía, hombres organizadores, hombres para debatir y hombres tesoreros.

Empecé a organizar las fotos en casa, sin molestar a nadie. Revisar las cajas

de fotos era una tarea infame. Me entraron ganas de hacer como Hellu y tirar todas las fotos a color envejecidas y las reliquias en blanco y negro, pero no fui capaz. Una gran parte de esas fotos era también sobre la vida de Marko y Susanna, y quizá algún día ocurriría un milagro y se interesarían por su historia reciente. Cuando volví a poner los álbumes de fotos en la estantería, cayó al suelo un sobre en el que Olli había escrito a mano: «Proyecto de entierro».

No recordaba que Olli hubiera hablado nunca de su muerte antes de su infarto. Después ya no pudo hacerlo. Abrí el sobre con curiosidad.

Dentro había un papel en el que Olli había dibujado una lápida. No era una caja, sino una especie de recordatorio humilde. La verdad es que era muy bonito, recto en los bordes, pero con una losa dentada. Olli había escrito mi nombre en la piedra. Se había imaginado que yo moriría primero. «Granito rojo», ponía en el borde derecho.

—¡Es un mensaje del destino! —se regocijó Pike en FaceTime cuando le enseñé el dibujo de Olli.

—¿Y eso?

—¡Tienes que encargarte esa losa! Ahí tienes un excelente proyecto de abuela, ahora que el gato también ha muerto.

—¿Y dónde diablos voy a encargarme esto?

—¡Donde sea! En internet hay de todo, tiene que haber algún escultor de lápidas también. Búscalo en Google. A veces se anuncian en el periódico, cuando no llenan toda la página de las esquelas.

Buscando «lápida» aparecía todo tipo de información. «Las lápidas son un elemento importante en la tradición funeraria finlandesa», y, como las lápidas guardaban recuerdos de hacía décadas, eran caras. «La cantidad de respeto por los seres queridos no se mide por el precio de la lápida», declaraba un vendedor de lápidas que consideraba su oferta asequible pero digna del difunto. «Una lápida diseñada con el pensamiento y fabricada con la experiencia habla de una vida extraordinaria y de una cálida añoranza», leí en

otro anuncio.

La cálida añoranza era lo que me había llevado a hacer realidad la lápida de Olli. ¿O no? ¿Acaso esta improductividad e impotencia de los últimos tiempos se debía a que echaba de menos a Olli? Claro que no, ni de coña. Me costaba adaptarme a los cambios y al estilo de vida acorde con mi edad interior, encontrar una nueva identidad... a esa edad. Esto no era ninguna edad, era una mera fase intermedia en el vestíbulo del crematorio antes de la acción real. Tramitar la lápida era un paso razonable. No podía impedir acabar bajo la misma piedra que había planeado Olli.

—¡Genial, vuestra propia lápida! —chilló Susanna por teléfono, aunque la había llamado por la inclusión de los álbumes de fotos en la herencia.

Entonces se puso seria y quiso hablar de Fjodor. Le conté sin rodeos ni florituras cómo le habían administrado la inyección.

—Mamá, escucha... —empezó mi hija, y temí que empezara con un teatral número de empatía. Pero me equivocaba—. ¿Crees que... que a Jerkku también le podrían poner la inyección?

Me sorprendí. El perro no era en absoluto el centro de la vida de Susanna. Parecía que ahora había acabado aceptando que Jerkku suponía una gran molestia y poca alegría.

—Y he encontrado a un tipo que promete bastante. Un hombre. Pero es alérgico a los animales, así que he pensado...

—¿Un hombre? —pregunté, con inútil sorpresa.

—Sí, lo encontré en internet. Es normal en estos tiempos.

—Lo sé.

—Tiene dinero, es un poco mayor y está muy interesado en la historia. En general, lo sabe todo sobre la guerra. Es tremendamente interesante. También tiene un barco y una gran casa en el este de Helsinki. Lo pasamos genial.

—¿Pero no le gustan los perros?

—No, y yo estoy bastante harta de Jerkku.

—Pues adelante —le dije a Susanna.

Me pasó por la mente la mesa de Navidad, donde ese niño prodigio se sentaría con Susanna enfrente de mí. ¿Me levantaría las cejas galantemente?

—Pero piénsatelo. Un perro puede ser mejor que un hombre —siguió la grave voz de la experiencia.

Susanna soltó una risita infantil y me di cuenta de que hacía años que no la oía reír. Terminé la llamada de buen humor.

La cantera de lápidas de Espoo se llamaba «La Cantera de Espoo». Tenía un sitio web práctico sin poemas sobre los caprichos más salvajes. Los canteros profesionales hacían también auténticos trabajos de piedra para jardines y cimientos de estilo antiguo para edificios. En un impulso, cogí el teléfono.

—Buenos días —empecé—. Soy Ulla-Riitta Rauskio.

Una agradable voz masculina respondió a mi saludo. La voz no era joven, pero tampoco vieja: era una profunda voz de barítono, cálida y que despertaba todo tipo de confianza.

—Llamo por una lápida —expliqué, y me arrepentí inmediatamente.

¿Así se hacían estas cosas? ¿No había que contar primero quién había muerto? Pero el picapedrero tampoco me conocía. ¿Por qué iba a explicarle todos los detalles? ¿Acaso parecía que quería quejarme? ¿Era desagradable mi voz?

—Muy bien —respondió el hombre, y se quedó esperando. Como no dije nada, preguntó—: ¿Es para usted?

Me pilló totalmente por sorpresa y me eché a reír. No conseguía parar de reír: la idea de encargarme mi propia lápida me resultaba completamente absurda. ¿Realmente había gente que encargaba su propia lápida con antelación?

—Gracias, pero no. No tengo pensado morir todavía. En realidad, acabo de

empezar a vivir —contesté de una forma muy poco de abuela.

—¡La lápida se puede encargar en cualquier momento! —dijo el hombre alegremente—. ¿Para quién la quiere entonces?

—Para mi marido.

—La acompaño en el sentimiento. —El alegre barítono se puso serio.

—Oh, esto no es nada triste. —Reí alegremente, como una estrella de la ópera —. Murió en verano. La verdad, llevaba doce años enfermo, así que me sentí aliviada cuando por fin murió. Con todo el ajetreo, olvidamos la lápida. Tampoco tenemos lugar de entierro, es decir, él, o los dos, si acabamos en la misma tumba, quién sabe. No había previsto que, antes de enfermar, él ya había planeado su propia..., o mejor dicho, para mí, una bonita lápida, y solo ahora, cuando me puse a organizar fotos, me encontré con su boceto. Y eso.

No entiendo cómo este hombre de las lápidas de voz cálida consiguió que hablara tanto. Al fin y al cabo, él solo me había dado el pésame, porque la mayoría de las viudas lamentaban la muerte de su esposo. Y yo había reaccionado de esta manera. El corazón me latía de forma frenética, e incluso sin espejo supe que las mejillas se me habían enrojecido. ¿Era esto el flúter?

—¿Y si se pasa por aquí y me deja ver ese boceto? —dijo el hombre amigablemente.

El corazón me bombeó de forma más salvaje que antes; temí que el hombre de las lápidas lo oyera a través del teléfono, pero conseguí concertar una cita con el escultor para el siguiente martes. Me temblaba la mano cuando escribí la hora en el calendario. Me dijo que, en realidad, era médico, y por eso no estaba disponible cualquier día.

—Solo estoy aquí dos días a la semana —explicó, y me dio una dirección extraña—. ¿Podrá encontrarlo?

—¡El taxista lo encontrará! Disculpe, ¿cómo se llama?

—Kari Kirjosiipi.

30

Cuando el taxi llegó al patio de un bello edificio de las afueras de Espoo, se abrió la puerta de la La Cantera de Espoo y salió un esbelto hombre barbudo de pelo grisáceo. Lo miré mientras sonreía en la puerta de su taller, y ya no parecía un lector de noticias de televisión ni el anterior primer ministro. Pagué el taxi con manos temblorosas, puse mal el pin por error y, finalmente, le metí al taxista un billete de cincuenta euros en el puño. Mientras trataba de salir torpemente del taxi, mi falta de agilidad me hizo temer parecer vieja y gorda. Mierda, Kari Kirjosiipi me estaba mirando y yo no era capaz de salir del hundido asiento. Malditos coches con sus asientos del demonio.

Una fuerte mano agarró la mía y me sacó del vehículo. Estaba delante de Kari Kirjosiipi; no retiré la mano, sino que lo miré a los sonrientes ojos y dije:

—Ya nos hemos besado antes.

Mi intención era decir que ya nos habíamos visto antes, pero esto que dije también era verdad. Kari Kirjosiipi era verdad. Me había besado en el Evergreen y había salvado mi abrigo y mi bufanda en la Casa de la Música. Kari Kirjosiipi estaba de pie delante de mí y me agarraba con su mano de picapedrero.

Pike tenía razón: el boceto de la lápida de Olli era un mensaje del destino. Por el rabillo del ojo me di cuenta de que el cielo se llenaba de fuegos artificiales.

—Disculpe.

El taxista, un chaval joven, estaba de pie al lado de su coche con aspecto preocupado y mi tarjeta de crédito en la mano. Había intentado devolvérmela, pero, como Kari Kirjosiiipi y yo nos habíamos fundido en el beso más ardiente de la historia, tuvo que desabrocharse el cinturón y bajar del taxi.

—Aquí tiene —dijo, sin atreverse a mirar a otro sitio que no fuera la punta de sus zapatos.

Volvió a meterse en el coche y se fue de allí a toda velocidad. La grava salpicó cuando salió pitando del patio de La Cantera de Espoo.

No sé si cogí mi tarjeta. No recuerdo dónde la puse. No tenía ni idea de cuánto tiempo nos estuvimos besando en el patio de la cantera después de que se marchara el aturdido taxista. Ningún instinto animal me había llevado nunca con este frenesí hacia lo desconocido. ¿Por qué nadie me había hablado de la fuerza de los impulsos, de lo que era en general la pasión? Sabía que estaba actuando de forma irracional y, por eso, correcta. ¡No hay dudas, no hay intentos, no hay reflexión! Cada vez que las manos del picapedrero Kari Kirjosiiipi me tocaban, yo enloquecía, y hasta la mañana siguiente no encontré mi bolso en el patio de la cantera. Allí me había estado esperando como un perro fiel, solo un poco mojado, pero intacto, durante la tarde, noche y mañana más largas de mi vida.

Ese día de primavera era tan extraño que el sol calentó sin descanso, no desapareció en absoluto y abrasó con incandescente energía durante tres días seguidos. Como consecuencia, la capa de hielo se derritió con gran estrépito, pero fluía lentamente, porque el hielo se moldeaba bajo grandes presiones; al mismo tiempo, una lluvia de piedras salió a borbotones del espacio interplanetario, como en diciembre de 1813, cuando la gente, alarmada, interrumpió sus quehaceres para apresurarse a observar cómo el cielo se derrumbaba y derretía el hielo del lago Saimaa. La materia caliente penetró en la base de la corteza terrestre, la dura superficie de esmalte quedó hecha trizas sobre la segunda superficie y las grises piedras sedimentarias de la zona de colisión de la aleta de mordida se pulieron de tal forma que las cordilleras sedimentarias empezaron a derretirse, la hamaca se convirtió en jardín y la oscura roca volcánica se convirtió en una piedra verde. Las infrecuentes rocas plutónicas giraban y daban vueltas, igual que yo en medio de esta cavidad gigante, como si corriera ágilmente una maratón. Una tormenta repentina

desgarró la pulpa dura como la piedra, que resistía una fuerza de mordisco de más de mil newtons, y esa complicada carga liberó, finalmente, hasta los fluidos de los canales de la dentina cuando se apagó la hiposalivación de décadas. Cuando un taladro de turbina espontáneo excavó a gran velocidad el disco de diamante del suelo parpadeando de forma acelerada, una enorme columna de aire emergió del irrigador, arrancando de un tirón las plataformas continentales, de tal modo que las incontrolables masas de agua anegaron el barro terroso, como sondas, pinzas, placas cósmicas y amalgamas. Los físicos abandonaron las explicaciones para comprender el universo y la odontología dejó de existir. Era una metamorfosis, en la que el sarro se unía a la lápida cristalizándose en todos los colores como una fantástica espectrolita. Un poco más tarde, en el cielo aparecieron ardientes focos de magma, tortitas latiendo rítmicamente y una supernova perceptible por el ser humano que brillaba más fuertemente que cien soles, hasta que, al fin, se extendió en una gran bruma, ya que la estrella moribunda había explotado. Cuando empezamos a hablar, se abrió ante mí el río más largo y caudaloso del mundo, cuyas aguas eran claras y cálidas y cuya corriente me absorbió a su paso, porque no sabía nadar. ¿Seguro que era yo este ser flotante e ingrátido?

31

DÓNDE HAS ESTADO, MAMÁ, CARIÑO? —me dijo Susanna con voz temblorosa.

Susanna realmente sonaba como si hubiera estado muy preocupada por mí. ¿Acaso oía en su afán de protección mi propia voz años atrás?

—¿NO HABÍAMOS ACORDADO que nos informarías cuando fueras a algún sitio? ¿ES QUE NO ENTIENDES lo preocupados que hemos estado? Marko incluso llamó a la policía.

Mi hijo había ido a mi casa, con la policía y el encargado de la comunidad de vecinos, y había declarado que su madre había desaparecido. Se había preparado psicológicamente para encontrarme muerta en el suelo. Pero la vivienda estaba vacía. El grupo de hombres encontró muy pocas pistas sobre dónde había pasado tres días sin informar a mis hijos. Cómo iban a imaginarse que me había cogido un taxi hasta La Cantera de Espoo para hacer un extraño encargo de una lápida y, de paso, me había despendolado por primera vez en mi vida. Había perdido la noción del tiempo.

Pero ¿cómo podía explicárselo a mis hijos adultos, que lo último que querían era oír el despertar sexual de una anciana, especialmente cuando esa anciana era su madre? Era un pensamiento horrible que había que combatir en general.

—Estaba con mis amigas... En Tallin. Fue un viaje espontáneo. Pero explosivo.

—¡CARIÑO! ¿Por qué no cogías el teléfono? Al menos podrías haber mandado un mensaje. ESO SABES HACERLO.

—Se me acabó la batería. —Oí la insulsez de la adolescencia en mi voz.

—¿Y no lo podías cargar?

—Me dejé el cargador en casa. —Ahora sonaba como una niña de cinco años haciéndose la tonta.

Lo siguiente sería culpar a mis amigas, aunque, en realidad, todo era culpa suya.

—No nos puedes hacer esto. Siempre tienes que mandar un mensaje diciendo dónde vas. ¿Sabes que Marko también alertó a todos los hospitales de Uusimaa?

En cierto modo, Marko y Susanna habían actuado de forma correcta, aunque estúpida. Si hubiera tenido un ataque, encontrarme un par de días más tarde no habría cambiado nada. Habían acudido a los hospitales y a la policía para su propia tranquilidad. Ahora estaban frustrados porque, a pesar de su sensata actuación, yo estaba viva, con pleno control de mi vida, y ni siquiera estaba enfadada con ellos.

—Todas tienen un teléfono diferente al mío y el cargador no me servía —expliqué—. Además, no recordaba vuestros números. No podía enviaros un mensaje desde el móvil de Kari.

Si hubiera conseguido los números de mis hijos, no sabía lo que les habría escrito. ¿«Todo va bien, el sexo es maravilloso, un saludo de mamá»?

—¿Kari? ¿Quién es Kari? ¿Valtonen?

¿Cómo podía ser tan tonta? ¿No podía haber dicho Pike en lugar de Kari? Mi pequeña mentira sobre el viaje a Tallin ya no servía. Me habían pillado con las manos en la masa de los trabajos de excavación y otras proezas del picapedrero.

—Mamá, por el amor de Dios, ¿DÓNDE has estado?

Ya no era «Mamá, cariño». Ahora había hecho enfadar a mi hija de verdad.

—He encargado una lápida para tu padre. ¿TE ACUERDAS?

—¿En Tallin?

Me retracté de Tallin y me concentré en la lápida; la verdad y la mentira fueron de la mano. Kari Kirjosiipi ya había empezado el trabajo y el resultado sería el objeto más bello que habría habido nunca en el cementerio.

—Mamá..., ¿qué estás diciendo?

Claro que mi hija no podía entender de qué le estaba hablando. En ese sentido, ella era el mismo tipo de pobre mujer que yo había sido en mi propia vida hacía tres días. No sabía que existía Kari Kirjosiipi, que los hombres sabían hablar, escuchar, transmitir, compartir y entusiasmarse, que una relación de pareja no tenía que ser una obligación social para evadir la soledad.

—¿Sabes lo que significa cuando las corrientes de fango que vuelan en el aire arrancan árboles, edificios y piedras y lo entierran todo a su paso?

Empezaba a sospechar que, para los menores de setenta años, estas fuerzas de la naturaleza eran una utopía, algo sencillamente imposible, ya que, si un hombre en plena edad de trabajar, en mitad de la temporada más importante de la producción, pudiera experimentar algo así, toda la sociedad se derrumbaría. Solo nosotros, los radicales libres de setenta y cuatro años, podíamos permitirnos una felicidad así.

—Por cierto, Kari tiene sesenta y nueve años —le dije a Susanna.

Eso fue demasiado para ella. Habría podido soportar mi sospechosa desaparición y el hecho de que estuviera ilocalizable en las entrañas de la fábrica de lápidas, pero la idea de que su madre, que estaba a las puertas de la muerte, se hubiera enamorado hasta las trancas de un hombre más joven hizo que acabara la llamada.

—Tengo que hablar con Marko —dijo Susanna sin fuerzas.

Mi pobre hija. Hacía solo un mes me habían agobiado sus miedos, que la habían llevado a acciones aún más radicales para poner mi vida en orden. Las cámaras de seguridad y los papeles de la custodia eran medios de control modestos, y, cuanto más rechazaba su preocupación, con más decisión promovían su propia pesadilla, que solo terminaría cuando mi cuerpo yaciera frío en la cámara de cuidados paliativos de la residencia El Final a la luz de las velas de sal. Antes de eso, tendría que hacerme pruebas y más pruebas de alzhéimer, diligentes evaluaciones de capacidad de actuación y necesidad de servicios, sufrir la cocina experimental de la terapeuta ocupacional y las molestas visitas privadas a la consulta del médico, donde escucharían mi cuerpo, me darían golpecitos y me radiografiarían bajo los ojos de mis preocupados hijos, hasta que, finalmente, me diera por vencida y aceptara ser una anciana desvalida que necesitaba vigilancia constante, una persona sin valor, en fase terminal, lista para su final.

Pero nunca en mi vida me había sentido mejor que ahora, poco antes de mi septuagésimo quinto cumpleaños, que pensaba celebrar con el gran amor de mi vida, Kari Kirjosiipi.

Ya no pensaba en nadie más que en mí. Y en Kari Kirjosiipi. Sabía que yo era lo mejor que le había pasado a Kari Kirjosiipi en la vida. Éramos inseparables, éramos la misma alma —si es que existían las almas—, éramos dos placas continentales superpuestas.

Este amor no conocería el matrimonio y nunca formaríamos juntos un hogar. ¿Cuántas lápidas de su almacén cabrían en mi piso de Töölö? Ninguna, afortunadamente. Solo nos hacíamos bien el uno al otro; aquí no habría adversidades que superar, ni discusiones por sacar la basura, planchar las camisas o no limpiar las ventanas. Mis hijos de mediana edad no se imaginaban que mi edad fuera la edad del disfrute. A mi edad, la vida ya no era nada más que el presente y diversas alegrías. El gran amor de mi vida solo había durado tres días, pero había significado mucho, porque yo ahora solo tenía un tiempo verbal. El pasado quería olvidarlo; el futuro no me preocupaba. Había cumplido mis obligaciones y ahora me dedicaba a disfrutar, así que podía vivir de las rentas y estar tranquila. No necesitaba ahorrar dinero para los viajes internacionales de mis nietos ni para fondos de inversión. Vivía para mí misma, únicamente para mí misma. Además de Kari

Kirjosiipi, solo había algunas personas a las que quería tener cerca.

—¡Señor Kirjopesu! ¡Hace tiempo que pedimos los batidos con salchichas y patatas!

—Joder, Ullis, te has llevado el premio gordo con este picapedrero. Madre, qué manos tan grandes tiene.

—Si tiene rigidez en los dedos por la mañana, te puedo dar mi viagra. Yo ya no la necesito.

—He pensado en esos magníficos candelabros de Aarikka... ¿Crees que podrían ser míos a cambio de un par de bollos caseros?

Mis hijos eran los únicos que no aceptaban que mi vida continuaba. Su cuidadoso plan para llevarme a la tumba había fracasado estrepitosamente. Lo más sensato habría sido decírselo ya en el funeral de Olli, pero no había sido sensata. Había dejado que fueran demasiado lejos porque pensaba que necesitaban tiempo.

Pero nadie tenía tiempo, y nosotros, que envejecíamos a jornada completa, menos que nadie. El tiempo se nos iba de las manos, se nos escurría entre los dedos y solo los más afortunados conseguían una prórroga, como Valtonen, y por eso había que aferrarse a cada momento.

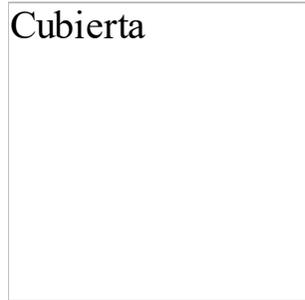
Vivía en mi propio reino en el centro de Helsinki, iba andando a ver a mis amigos, si no estaban en el hospital de Meilahti o en el cementerio de Hietaniemi, adonde también podía desplazarme por mis propios medios. Y, siempre que quería, caminaba hacia la parada de autobús, que me llevaba al final del universo, a Espoo, a la cantera de Kari Kirjosiipi. Así vivíamos las viudas nuestra vida hasta el final, como si fuera el último día, porque sabíamos que esto podía terminar en cualquier momento, joder.

Notas de la traductora

[\[1\]](#) Es tradicional que cada Nochevieja en Finlandia se emita por televisión la película cómica alemana Dinner for one (1963).

Una divertida novela llena de ternura y humor negro sobre cómo la amistad y el amor cambian cuando te haces mayor.

Cubierta



Durante más de una década Ulla, de setenta y cuatro años, ha cuidado de su marido impedido, un hombre mezquino y casi alcohólico. En el funeral, un único pensamiento ocupa su cabeza: ¡Por fin!

Desde ese momento retoma el contacto con viejos amigos y vive cada día como si fuera el último. Sus hijos, ya adultos, tratan de poner límite a su recién descubierto desenfreno, pero no están preparados para el desafío que está a punto de aparecer de la mano de un caballero de cierta edad...

Reseñas:

«Minna Lindgren escribe sobre hacerse mayor de forma más graciosa, más sensata y más ingeniosa que cualquier otro escritor contemporáneo.»

Aamulehti

«Un libro divertidísimo. Me hizo reír prácticamente en cada página, casi siempre a carcajadas. Lindgren describe la vida diaria de las personas mayores con humor negro... ¡Totalmente recomendado!»

Web Kirjavinkit

«Con su maravilloso estilo, Lindgren combina un análisis crítico de nuestra sociedad con una historia divertidísima. Su ágil lenguaje y la inteligente trama arrastran sin remedio al lector.»

Blog Kirjasta kirjaan

«Una novela lleva de humor revoltoso y situaciones hilarantes... Lindgren exagera, a veces mucho, así que no puedes hacer otra cosa que reírte de la realidad que ha creado. Menuda farsa esta vida.»

Helsingin Sanomat

«Lindgren sabe encontrar los detalles cómicos de nuestras vidas y contarlos de forma amena y entretenida.»

Suomen kuvalehti

«Esta novela rechaza el estereotipo de la abuela remilgada directamente desde su inicio, en el que un grupo de septuagenarios se divierten en una enloquecida fiesta en un bar con generosas cantidades de alcohol. La vida romántica de los jubilados consiste en disfrutar al máximo y vivir cada día como si fuera el

último.»

Web Päivän lehti

Sobre la autora

Minna Lindgren es periodista y columnista freelance, conocida en Finlandia por su personal estilo de escritura y su irreverente enfoque de temas tan variados como la ópera o la muerte. Además de novelas, ha escrito libros de no ficción sobre cultura y música clásica. En 2009 recibió el Premio Bonnier de Periodismo. Lindgren alcanzó un gran éxito internacional con la publicación de la Trilogía de Helsinki, formada por *Tres abuelas y un cocinero muerto* (2015), *Tres abuelas y un joyero de ida y vuelta* (2015) y *Tres abuelas y un plan de sabotaje* (2016), todas publicadas en Suma de Letras.

Título original: *Vihainen leski*

© 2018, Minna Lindgren

Edición original publicada por la editorial Teos

Edición en español publicada gracias a un acuerdo con Minna Lindgren y la agencia literaria Elina Ahlback, Helsinki, Finlandia

© 2019, Laura Pascual, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-294-4

Diseño e ilustración: © Jenni Saari

Adaptación de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Conversión ebook: Arca Edinet S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

[Viuda, al fin](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Notas de la traductora](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)